

ULPIANO PEREZ QUIÑONES

OBISPO DE IBARRA

CONFERENCIAS

ACERCA DE LA

Liturgia de la Semana Santa

Pronunciadas por el autor en la Catedral de Ibarra

EN LA CUARESIMA DE 1909



IBARRA

Tip. "EL COMERCIO"

27

ULPIANO PEREZ QUIÑONES

OBISPO DE IBARRA

Envío del autor

CONFERENCIAS

ACERCA DE LA

Liturgia de la Semana Santa

Pronunciadas por el autor en la Catedral de Ibarra

EN LA CUARESMA DE 1909



IBARRA

Tip. "EL COMERCIO"



0000190 - D

A mis Diocesanos

Los párrocos, los predicadores y los catequistas cuiden de explicar oportunamente al pueblo el significado de los ritos y ceremonias de la Iglesia; para que los fieles asistan á las funciones sagradas con mayor reverencia y devoción.

(*Concilio Latino-americano. Art. 435*)

Por vosotros y solo para vosotros publico hoy estas Conferencias acerca de la Liturgia de la Semana Santa. Pronunciadas en los días que precedieron á la del año de 1909; díjoseme que muchos habían asistido con mayor piedad á las funciones sagradas, porque con la anterior explicación se les hacían éstas más atractivas é interesantes. Dada la virtud sobrenatural, la unción santificadora de la sagrada liturgia, no dudo que cuantos á sus actos asisten deben recibir benéficos resultados para su alma. Muchos santos han encontrado en la liturgia de la Iglesia inagotables veneros de gracias; á muchas almas han mejorado las ceremonias sagradas

presenciadas con piedad, con fe, y con inteligencia.

Pues lo que á mis actuales diocesanos de la ciudad episcopal atrajo al bien, lo que pudo santificarlos, lo que era capaz de mejorarlos; ¿ no había yo de procurar que extienda su benéfica acción á los demás de mis amadísimos fieles ? *Ego autem libentissime impendam, et superimpendar ipse pro animabus vestris: licet plus vos diligens, minus diligar* (II. Cor. XII — 15).

Este es el único móvil para hacer la presente publicación.

Ibarra, 11 de Enero de 1910.

✠ *Olivero,*
OBISPO DE IBARRA.



CONFERENCIAS

SOBRE LA LITURGIA DE LA

SEMANA SANTA

PRIMERA CONFERENCIA

Mirada general sobre la Semana Mayor

CONTENIDO

EXORDIO — Importancia de la liturgia en estos días. — PROPOSICIÓN — Reflexiones generales sobre este asunto. — EXPOSICIÓN: Observaciones: 1ª Objeto de esta liturgia. — 2ª Duelo de la Iglesia; sus motivos, caracteres y ayuno. — 3ª Fín exclusivo de la liturgia de la Semana Santa; ciertos detalles sobre esto. Conclusión.

Muy amados fieles:

Las ceremonias del Culto católico, si en todo tiempo merecen considerarse por el profundo sentido que entrañan y por las sublimes enseñanzas que nos dan; en ninguno son tan interesantes como en estos días llamados *santos* por excelencia. *Tiempo aceptable*, dijera el Apóstol, *días de salvación* (1): ; días en que todo corazón se concentra, que toda mente se eleva!

Los actos de la liturgia en esta semana son lecciones objetivas de la gran ciencia de los Santos; son como representaciones misteriosamente escénicas de lo que el Santo por excelencia tuvo de más santo, su pasión y muerte.

[1] II Cor. VI. 2.

Hay pues que conocer el significado de estos actos, no sólo por lo que ellos ilustran la mente, sino también por lo que mejoran el corazón, perfumándolo de sentimientos piadosos y de encumbrados afectos.

Ver estos actos sin penetrar su significación, puede acaso entretener la imaginación y satisfacer una curiosidad más ó menos laudable; pero después de todo, el resultado podría ser que se juzgue de tales prácticas como rutinas de pura costumbre, y aún de vacía y ridícula fantasmagoría. No así al penetrar en su profundo simbolismo, y al remotarse á su venerable y tradicional origen: entonces no se puede menos de admirarlos con respeto; se acude á ellos con piedad inteligente y sólida; se sale del templo después de presenciarlos, con el corazón refrescado, la mente robustecida, el alma toda aligerada, dispuesta á la virtud, más anhelosa del cielo.



Antes de entrar en la explicación detallada de las ceremonias de la Semana Mayor, oíd algunas reflexiones generales previas, indispensables para penetrar en el espíritu de la liturgia de estos días.



PRIMERA. A tres objetos se dirige toda la liturgia de la Iglesia durante la Santa Cuaresma, cuyo fin es la preparación digna de la Pascua: conmemorar solemnemente y apropiadamente la pasión del Salvador; preparar á la penitencia á los extraviados pecadores; y disponer á los catecúmenos y neo-conversos para la recepción solemne del bautismo. Hoy en día, este último objeto ha desaparecido por completo; el segundo subsiste en parte, y como modificado, pues no es ya la penitencia pública y la ritual reconciliación de los arrepentidos lo que se intenta en la Cuaresma, sino la penitencia interior y la recepción privada del Sacramento de la Penitencia; pero el primer objetivo, la conmemoración solemne de la Pasión, subsiste aún, y subsiste en todo su vigor: á esto se concentra con

toda su eficacia el rito católico de estos solemnes días.

En los primitivos tiempos de la Iglesia, la Pascua, en que se inmoló Cristo (2), la Pascua que quedó como lazo de unión y monumento sempiterno (3) que reúne la antigua con la nueva ley; esta grande festividad señalada con la sangre del cordero sin mancilla, reunió en uno los fines enunciados, pues venían como naturalmente reunidos con los lazos que tienen entre sí las causas y los efectos. *La Pasión de Cristo y su muerte*; esto es, la realización de la pascua; la *penitencia* que equivale á quitar la causa de esa pasión, el pecado; el *bautismo*, el más preciado fruto de la pasión, la aplicación de la misma. En otros términos: la Cuaresma conmemora la muerte de Cristo, sus causas y sus efectos.

Pero aunque hayan desaparecido de la práctica disciplinar de la Iglesia en estos días, la penitencia pública y el bautismo de los catecúmenos, con sus ritualidades preparatorias; no ha desaparecido de la S. Liturgia la huella de estas prácticas. Por lo contrario, muchos pormenores de las misteriosas ceremonias que presenciarnos en la Semana Santa tienen su verdadera y sólida explicación tan solo en aquellas primitivas ritualidades. — ¡ Oh ! la ciencia litúrgica, guiada por el Espíritu Santo, esposo místico de la Iglesia, es como ésta, una, y aún en su magestuoso desarrollo no se manifiesta nueva, dejando lo antiguo ! Es esta una observación indispensable y que arrojará mucha luz sobre el camino que vamos á recorrer.

SEGUNDA. Desde la Domínica pasada, quinta de la Cuaresma, y llamada de Pasión, la Iglesia entra en un duelo profundo para la conmemoración aniversaria de la muerte de Jesucristo, su esposo divino. Como en el hogar de duelo se cubren con negros crespones sus habitaciones, su mobiliario, su personal mismo; como la viuda

[2] I Cor. V - 7.

[3] Exod. XII - 14.

se vela con tupido manto; así la Iglesia desde la semana de Pasión, cubre sus altares, oculta sus efigies, vela la imagen del Salvador crucificado y la de sus siervos y cortesanos, los santos; despoja sus altares de las flores y de todo símbolo de alegría, y hasta los instrumentos músicos callan, dejando que el canto oral, en tristes acéntos, sea la única música plañidera en su duelo.

¿Porqué ocultar la imagen del Crucificado, siendo él el objeto de toda consideración en estos días? Ved los motivos que para ello tiene la Iglesia. Como en la Cuaresma toda nos va conduciendo, como por la mano al drama sangriento del Calvario, la sacra Liturgia en los relatos evangélicos que diariamente presenta al pueblo cristiano, va poniendo en estos días aquellos que por su significado, ó por su cronología se aproximan más á la Pasión. El Domingo quinto concluye el evangelio con estas palabras: "*se ocultó, porque querían aprehenderlo, y salió del templo*", (4) y desde este día, en casi todos los evangelios se hace mención de que Jesús estuvo oculto los días que precedieron á la Pasión; porque aún no había llegado su hora (5). Demás pues del duelo, esto quiere representarnos la Iglesia.

Quiere, de otra parte, rememorar las desolaciones, el desamparo por los que pasó el Señor en la Pasión, y aquel ocultamiento de la divinidad que tanto contribuyó entonces á sus humiliaciones. ¡Jesús estuvo á oscuras en esos momentos: las negras aguas del dolor lo habían sumergido!

Quiere la Iglesia ocultar el cuerpo crucificado de su esposo para exitar á la penitencia; como la amante Magdalena parece que quiere decir á los hombres: no sé dónde está mi amado; el que lo ha robado, que me lo devuelva (6). Parece que quisiera sustraerlo á las miradas de los pecadores, para ahorrarle al menos los oprobios de hoy, pues que

[4] Ev. Joan. VIII.

[5] Joan. II - 4.

[6] Joan. XX - 13.

ya todo el día estuvo expuesto ante el pueblo que lo contradijo y crucificó (7).

En fin: resérvase la Iglesia para el Viernes Santo la hermosa y significativa ceremonia de descubrir la cruz y hacerla adorar solemnemente; tiene preparado para el funeral de su esposo este homenaje póstumo: pues bien, para hacer más ostensible ese honor, para que las miradas de todos, y todos los corazones acudan á ese momento solemne hacia el Crucificado, de antemano lo tiene velado: ¡que se verifique cada año el dicho del Salvador: "cuando fuere exaltado en la Cruz, atraeré todo hacia mí!" (8)

Hay otro significado no menos terrible que profundo, es este: al fin de los tiempos aparecerá Jesús como juez con el signo de la Cruz por insignia de su tribunal (9). Aquel signo vendrá patente delante de los hombres, pero en el vendrá velada la misericordia; esa cruz ocultará la conmiseración y solo ostentará la justicia; ¡la justicia, hijos míos, que viene representada con venda en los ojos y balanza en mano!

Notemos empero, que los velos del duelo de la Iglesia no son negros como en los lutos humanos; no son como las tinieblas; no participan de la desesperante negación de luz, como los dolores netamente humanos. El color morado que en su fondo tiene algo de la ceniza, imagen de la penitencia, es un color apropiado á la tristeza por su oscuridad; pero por los colores que entran en su composición, despierta ideas de esperanza, de confiado temor en Dios, de consuelos elevados. Por esto la Iglesia viste á sus ministros con paramentos violados, y sus velos y los arcos de sus altares repiten el mismo color. ¡Diríase que al través de las oscuridades de su dolor se divisa el rosáceo resplandor de la sangre de Cristo, el ce-rúleo fondo del cielo, que aquella nos abrió!

Al duelo y á la penitencia manifestados en el templo, por los ornamentos y tapices, añádese en esta solem-

(7) Rom. X - 21.

(8) Joan. XII - 32.

(9) Math. XXIV-30

ne semana otro género de duelo, el del ayuno severo.

No solo han de llorar los sacerdotes entre el vestíbulo y el altar (10), sino que los fieles todos han de llevar dentro de sí, la consternación, mediante el ayuno, en estos días más severo que nunca.

Espanta leer en la Historia Eclesiástica, cómo se observaba el ayuno y la abstinencia en estos días durante los primeros tiempos, en los que la fe andaba de consuno con las bien constituidas complejiones físicas de los primitivos fieles. Esta Historia nos habla de ayunos y vigiliias extensos y rigurosísimos, en los cuales había días de abstinencia completa de todo alimento y días de no tomarse sino un vaso de agua al caer la tarde. San Epifanio (11) nos cuenta de un ayuno practicado por los fervorosos cristianos de su tiempo, que consistía en abstenerse de todo alimento desde el lunes santo hasta la mañana del Domingo de Pascua. Y parece cosa fuera de toda duda que la costumbre de ayunar no tomando sino algo por la tarde, á la caída del sol, y esto consistente en alimentos secos se mantuvo en los primeros siglos con grande empeño: hasta el siglo XII lo practicaban los griegos; los latinos lo habían mitigado algo antes, introduciendo el uso de la comida á medio día, y admitiendo entre las viandas, legumbres, pescado y frutas. Preciso es, sin embargo hacer notar, aún para honra de los primitivos fieles, que jamás fué obligatoria esta clase de rigurosísimos ayunos: era la floescencia del fervor. Toda sociedad naciente tiene tiempos heróicos y legendarios, que manifiestan á la posteridad, de cuánto es capaz la raza de los que á dicha sociedad pertenecen, y señalan los horizontes por donde nació esa luz que tan fulgida iluminó al salir, como para estimular á mantenerla preclara á los que la miran al meridiano. ¡*Rememoramini. pristinos dies in quibus illuminati estis* (12). ¡ Y hoy ? ¡ ah !, carísimos en

[10] Joel II - 17.

[11] *Expositio fidei*. IX. Her. XXII.

[12] Hebr. X - 32.

el Señor: confesemos, que más que las generaciones físicas, han degenerado las morales: pocos días, pocas horas de abstinencia, por causa religiosa, se tiene como carga insoportable; mientras que las privaciones impuestas por el capricho del mundo ó la arbitrariedad de los hombres, se acepta con cierta inconsciente docilidad!

TERCERA. La última quincena del santo tiempo de Cuaresma, no solo es ya dirigida para honrar la Pasión, sino que *exclusivamente* se contrae á ello. La voz de la desolada tórtola (13) hace oír sus más plañideras notas, y entonces todo otro aconde calla. En la Semana Santa sobre todo, el dolor se impone: todo el culto se contrae á la Pasión de Cristo. ¡ Llegó el momento en que la Iglesia realiza la profética expresión: *llora sobre su amado, como llorar se suele en la muerte del unigénito, UT DOLERI SOLET IN MORTE PRIMOGENITI!* (14). Ella palpita en estos días bajo la misma impresión que inspiró al Apóstol esta hermosa frase: *no me crea poseedor de otro conocimiento que el de Jesucristo, y éste crucificado*! (15) De aquí el que en estos santos días solo Jesucristo es objeto de la acuciosa atención de la Santa Iglesia.

¡ Con justísima razón, la liturgia, lenguaje inspirado de la Iglesia, se ha de contraer toda á seguir las huellas de su amado! ¡ Oh! si; en tiempos más lógicos, si este término ha de significar cuánto debe, en tiempos más lógicos, y consecuentes, toda la semana Santa era feriado, esto es, exenta de trabajos serviles, con el fin de que también el pueblo se contrajera exclusivamente á la consideración de los grandes misterios de la Redención. Consecuentes con esta práctica del pueblo fiel, los emperadores bizantinos Graciano y Teodosio sancionaron (año 380) el querer del pueblo, estableciendo que los tribunales de Justicia

[13] Cant. II - 12.

[14] Zac. XII - 10.

[15] Galat. VI - 14.

callaran en esos angustos días. Su ejemplo fue seguido por muchos legisladores, y se hizo práctica casi general, que en muchas partes, como entre nosotros, se conserva aún.

Nada más natural; nada más significativo; ¡Qué calle la Justicia humana y quede atónita ante la Justicia divina ultrajada por los tribunales inicuos que condenaron á muerte al Justo!

¡Que se reconcentren en tan solemnes días, los jueces mismos que han de juzgar la tierra! ¡Ante la Cruz de Cristo, justiciera balanza que pesó la deuda de la reparación humana (16), paralíce la balanza de la tierra!; miren los jueces esa otra medida justipreciadora suspendida desde el cielo sobre el Gólgota; que en ella se está contrapesando la sangre divina y la culpa humana, se está aplicando la severa justicia al crimen del hombre: *¡Erudimini, qui judicatis terram!* (17)

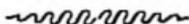
• •

Venid, pues, cristianos en estos días al templo; venid siquiera sea con la frívola curiosidad del expectador. Bien pudiera acontecer que ante las sublimes lecciones de la liturgia, salgáis vosotros de la Iglesia como descendieron del Calvario algunos curiosos ateridos de impresión, detestando sus culpas y confesando la divinidad de Jesucristo: *¡deveras, diríais, en verdad: Cristo es el Hijo de Dios,* (18) y la Iglesia católica, su legítima esposa!

[16] "*Statera facta Corporis*". Himn. Vexilla, que canta la Iglesia estos días.

[17] Ps. II - 10.

[18] Luc. XXIII - 48.



SEGUNDA CONFERENCIA

El Domingo de Ramos.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN. Hechos que hoy conmemora la S. Liturgia; triunfo real pero efímero. — PROPOSICIÓN. La festividad de hoy: su liturgia primitiva. — EXPOSICIÓN. 1ª PARTE. Bendición de los ramos. Aspecto del templo. Complicada ceremonia de la bendición de ramos. — Reminiscencias del antiguo testamento. Reparto de palmas. — 2ª PARTE. Procesión. El desfile — significados de éste. — En la puerta principal. Doble triunfo! — 3ª PARTE. La Misa. — El canto de la pasión; las oraciones; los ramos en la mano. — CONCLUSIÓN. Adhesión y protesta á Jesucristo Rey.

Fieles muy amados en Jesucristo:

La Semana Mayor, así llamada por su objeto la que se inicia con el Domingo de Ramos, comienza por hacer una representación cuasi dramática de la triunfal entrada de Jesucristo á Jerusalén.

Histórica y lógicamente este hecho constituye una introducción sublime á la Pasión del Salvador. Con la resurrección del Lázaro, que Jesús operó en Betania, habíase colmado la medida: de pruebas de su divina misión, por parte de Jesús; de motivos de odio y de venganza, por parte de los judíos. Cristo clama entonces: conviene ya que sea glorificado el hijo del hombre. Los fariseos contestan en un arrebatado de despecho: si no le hacemos desaparecer, todos le seguirán; hasta hoy nada hemos conseguido con perseguirlo: el mundo entero va en pos de él *eredamus eum de terra viventium, et nomen eius non memoretur amplius.* (1)

Esa hora tantas veces mentada por Jesús: *nondum*

[1] Jerem. XI-19.

venit hora mea, había por fin llegado. Parte el Salvador de Betania; va con él una muchedumbre de los admiradores que le atrajo la resurrección de Lázaro; llega á las cercanías de Betfage en el monte Olivete, desde donde envía á dos de sus discípulos á esta aldea que divisaban frente y cerca de ellos; al ver desde la altura á esa su amada Jerusalén, llora sobre ciudad.

Los discípulos habían encontrado efectivamente, como el Señor indicara en Betfage una asna con su pollino. El dueño de éstos, al saber que el Maestro los ha menester, se los entrega. Enjaezan al pollino con sus propios ropages, y hacen montar en él al Señor.

Las turbas de Jerusalén, engrosadas con la enorme multitud de peregrinos que acuden á ella por la pascua, al darse cuenta del arribo de Jesús, salen al encuentro, tapizan con sus mantos la vía, arrancan ramos de palmera, olivo y otros árboles y los llevan en la mano en señal de regocijo, y entran á la ciudad al son de: ¡Hosana al Hijo de David!; ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosana!, Hosana!

Hubo momentos de gozo delirante en la ciudad de David: un triunfo inusitado, una explosión de entusiasmo popular. ¡Qué realización más plena de las palabras de Zacarías: "*Salta de gozo, hija de Sión; entrégate á los transportes de alegría, hija de Jerusalén: he aquí que tu Rey viene á tí; es el Justo y el Salvador: como pobre avanza hacia tí caballero en una asna y su pollino*"(2).

¡Triunfo, efímero, sí; pero real. Efímero, porque á pocos días esa turba voltaria que hoy le aclama Rey, gritará con el mismo tesón: *no tenemos más rey que al César; sea crucificado*.(3) Efímero en alto grado, pues dentro de tres días no más, la misma plebe gritará denuestos contra ese rey, y los festones de hoy, aún no marchitos adornarán la calle de la amargura. Pero triunfo real también, á la extensión de la palabra: todo el pueblo lo

(2) Zach. II - 10.

[3] Jóann. XIX - 15.

clama sinceramente; todos le reconocen Hijo de David; todos le proclaman de la estirpe regia, por tanto el Mesías prometido. Triunfo real, sí: de la boca de los niños brota la alabanza perfecta, y esa alabanza de los hijos de los hebreos es repetida por las muchedumbres y á presencia de príncipes y sacerdotes.

Con sus mantos tapiza el pueblo judío, las calles para el rey triunfante y con sus palmas orientales le forman arcos de triunfo, doseles ambulantes. ¡Qué sublime introducción para las escenas de anodamiento que van á seguirse! ¡Qué exordio tan sorprendente para la Pasión de Cristo!

En los primeros tiempos de la Iglesia, cuando aún estaba fresco el reguero de lágrimas y de flores, entre Betania y Jerusalén, gustaban los fervorosos cristianos de ir, en la conmemoración de esta solemnidad, al mismo sitio de donde había salido Jesús, al monte Olivete; ahí se leía solemnemente el pasaje del Evangelio en que se refiere la historia de este día; y desde Betfage, como poniendo las plantas sobre las huellas aún impresas de aquel cortejo, iba el pueblo con ramos de árboles en la mano; á los niños, aún á los de pechos, se les hacía tomar los olivos y las palmas. El sacerdote preste, ó el obispo representaban á Cristo; los demás clérigos ó monges, á los discípulos. Cantaban el Hosanna, descendían por el torrente de Cedrón, y entrando á la ciudad, iban procesionalmente á la Basílica de la Resurrección.

En el siglo IV ya nos refiere con pormenores esta escena una viajera de aquel tiempo [4], que había presenciado emocionada este espectáculo.

En tiempos posteriores, los RR. PP. guardianes del Santuario de los Olivos, con su Superior á la cabeza iban

(20) Silvia, acerca de la cual hacemos nuestra la siguiente Nota de Meyerberg en su "Práctica del Púlpito, pág. 281: La famosa, *Peregrinatio* no es ~~de~~ de Burdeos, sino de la española Etheria, la cual no era de Aquitania, como lo demostró Forotín, al cual se han adherido los críticos.



muy de madrugada á Betfage y hacían este desfile, siempre con los ramos, siempre con el canto, y en este tiempo, hasta con el asnillo.

Por este espíritu difusivo propio de la Iglesia católica, lo hecho en Jerusalén, y en los mismos sitios en que lo verificó el Señor, se fué imitando en los demás lugares.

En el siglo IV lo vemos extendido en las iglesias del Oriente, en los más apartados Monasterios de Monges de Siria y Egipto, quienes para este día debían recogerse en los monasterios, después de las largas ausencias que les permitían los Abades para que se retiraran á los desiertos y selvas, de donde traían los ramos para esta solemnidad.

En el Siglo VIII, [5] lo vemos establecido en Europa.

Lugares hubo en donde, así como iba predicándose la fe, iban representándose estas escenas cuasi dramáticas, que tan profundamente graban en las almas de los neófitos las lecciones de Cristo.

En la edad media, introdujose la costumbre de llevar en esta procesión, como en triunfo el libro de los Santos Evangelios. Llegados á un punto, se detenía la procesión y se cantaba el Evangelio de la entrada de Jesús á Jerusalén solemnemente. Descubríase entonces la Cruz; la adoraba el pueblo, y luego cada uno depositaba al pie de ella, un fragmento de ramo recién bendecido. Este detalle originó la Ceremonia de la Adoración de la Cruz, que por razones de congruencia, fué trasladada al Viernes Santo.

En Inglaterra y en la Normandía se practicaba llevar el Stmo. Sacramento; uso introducido para condenar la heregía de Berengario, que negaba la presencia real del Señor en la Santa Hostia. Queríase atribuir á esta, el recuerdo del triunfo de Jesús en este día. (6)

Con el correr de los tiempos, y mediante la regla-

[5] S. Cirilo de Escilopolis, vida de S. Eutimio.

(6) Dom Queranger L'anne liturgique Passión etc.

mentación y unificación de los ritos que ha hecho la liturgia romana: todas estas expresivas ceremonias y ritos conmemorativos han asumido la forma con que hoy los ejecuta la Iglesia en el mundo entero, y que vosotros lo presenciáis cada año.

La ceremonia tiene tres partes: la bendición de las palmas, la procesión, y la misa.

Todo es en este día singularmente interesante.

Los templos, aún en lo material, se presentan de modo inusitado: toman el raro aspecto de una selva enlutada. El altar, con su crucifijo cubierto, con sus grandes candelabros austeros, con su antependio morado y su severo adorno de haces de verde fronda en las gradillas. Las naves pobladas del perfumoso romero, de ondúlantes palmas amarillentas, de cipres oscuro, de fresco laurel, de gallardas ramas de pino y arrayán.

Esta mañana amanece el templo con aspecto de rústico: no son las suntuosas colgaduras de seda, no las brillantes y profusas luces, no la bajilla dorada del altar, lo que ha de solemnizar esta función; el luto violáceo del santuario y el eterno verdor de la naturaleza; el perfume del sagrado incienso y el oloroso tomillo del prado: ¡qué augustos contrastes!

Había el Señor mandado en el antiguo testamento que para iniciar la fiesta de los Tabernáculos acudiría el pueblo con gajos de palmera y ramos de árboles frondosos y de sauces de los torrentes: y os regocijaréis, decía, delante del Señor Dios vuestro (7). Al ocurrírsele al pueblo de Jerusalén en masa, y como inconscientemente el homenaje de salir al encuentro de Jesús en esta misma actitud, como que realizaba, por primera y última vez, con toda la realidad posible, aquello que la Ley había dispuesto figurativa y simbólicamente.

[7] Levit. XXIII - 40.

Sea como quiera, nuestros templos reciben anualmente este peregrino y semi-rústico espectáculo. Los ramos van á ser benditos. Oh! á esto acude el pueblo!; iba á decir: á esto acude la Naturaleza!; El salvaje arbusto, el habitante de los montes, el recóndito poblador de las cañadas, hoy han entrado por primera vez á la Iglesia, y han entrado en demanda de una especie de bautismo!

La Iglesia despliega para esta bendición una pompa singular. Podría decirse que le dedica una misa especial y aparte, en la que se oyen los acentos del Introito (8) de las otras misas, y la colecta (9); el subdiácono contribuye con una epístola (10), el diácono con un evangelio (11), el sacerdote entona un prefacio con todas sus solemnes inflexiones y se llega á prorrumpir en el augusto Trisagio del *Sanctus*, preludio infaltable de la acción del sacrificio. Entre estas majestuosas piezas de la liturgia, que son como exhaladas desde el altar, alternan los cantores, con ¡ayes!, como de presentimientos lúgubres, que alternan con los hosannas de triunfo; Mientras el pueblo, las masas, como dijéramos hoy, aclaman al hijo de David, los Príncipes de la Sinagoga tramán su perdición. ¡El triunfo en las calles, la envidia en los conciliábulos! Este es el contraste aludido por las palabras recitadas por los ministros del Señor en el Santuario, y las cantadas por los músicos en el coro.

De los recuerdos traídos del antiguo testamento para este acto de la bendición de los ramos hay dos que merecen nuestra consideración. En la lección del Subdiácono, quien siempre representa la ley antigua, al lado izquierdo llamado de la Epístola, se trae á colación el pasa-

[8] Se inicia el oficio litúrgico con la Antífona "*Hosanna filio David*", que pudiera llamarse Introito de la bendición.

[9] Después de entonar el *Dominus vobiscum* viene una oración, en todo análoga á la colecta de la misa.

[10] La lección del Exodo, de que se habla más adelante.

[11] El Evangelio de la entrada de Jesús á Jerusalón, cual lo hemos referido al principio de esta Conferencia.

je de los hijos de Israel que en su salida de Egipto, acamparon en Elím, donde habían doce fuentes de agua y setenta palmeras, y luego se internaron en el desierto de Sin, donde por la murmuración del pueblo, Dios ofreció que les enviaría el maná. Cuando la Iglesia está en vísperas de conmemorar la Redención humana, ¿qué bien dicen estos recuerdos! Oyelos el pueblo cristiano, con las palmas en la mano, y no puede menos que recordar que él también, como el pueblo judío, sale por la conversión sincera, del Egipto de sus pecados, atraviesa en su regeneración por las fuentes del bautismo, las cuales hánse difundido al mundo mediante los doce Apóstoles que salieron á enseñar y bautizar, y helo aquí á ese pueblo que en breve recibirá el maná verdadero de la Eucaristía, en la comunión pascual, empuñando las palmas para acompañar á Cristo en su Pasión.

Después el sacerdote entona una oración impetratoria de la bendición divina sobre los ramos y hace una oportunísima memoria de que, así como en el diluvio el salir Noé del Arca figuró á la Iglesia, y esa arca fué precedida del ramo de oliva que la paloma llevó en su pico, así hoy la Iglesia de Jesucristo también lleva ramos, como emblema de que aspira á las buenas obras de santificación indispensables para penetrar triunfantes con Cristo al cielo. ¡Qué delicada reminiscencia!: el mundo inundado en crímenes; la Iglesia, como la paloma de la paz, con ramos de oliva! ¿En qué momentos?: cuando la tempestad de dolores se iba á descargar sobre Cristo; pocos días antes de que la sangre del Redentor, humeante sobre la colina del Calvario, formara un arco-iris de reconciliación entre el cielo y la tierra, y Dios volviera á prometer que no enviaría sobre ella el nuevo diluvio de la Pasión y muerte de Cristo, su Hijo muy amado.

Añádase á esto, en la majestuosa bendición de los ramos, una serie de expresivas oraciones, con las que van alternándose las ceremonias, de rociar las palmas con agua bendita, perfumarlas con el incienso santificado, y por último su reparto litúrgico, oficial, solemne.

¡Qué hermoso es entonces ver el humilde desfile del clero y pueblo; de magistrados, de reyes y príncipes en algunas partes, que van acercándose al santuario para recibir del sacerdote su palma! Es que para seguir á Cristo en sus triunfos es necesario acercarse á él, á su altar, á sus ministros! Materialmente puede decirse acerca de los fieles al verlos recibir los ramos de manos del representante de Cristo (12) lo que San Pablo decía á los primeros cristianos de Roma: "*el pueblo ha sido ingertado en el tronco de la oliva para que dé frutos de salvación! Tente firme en el árbol por medio de la fe, y no te engrías. . . Si te glorías, sábetete que no sustentas tú á la raíz, sino la raíz á tí!*"

Obviamente se deduce del aparato, con que la Iglesia santifica los ramos, y del honor con que los reparte, que estos merecen grande veneración por parte del pueblo cristiano. Cuéntase que el rey Carlos II de Francia (877) salía á los combates con una palma bendita que le regaló el Papa Juan VIII; y que con ella reportó muchos triunfos. De los enemigos invisibles, de los espíritus del mal nos libran á todos, y fundamentos piadosos tiene la práctica de conservar con honor estos ramos en las casas, de quemarlos en las tempestades para alejar las centellas, y de protegerse bajo ellos en los peligros. La Santa Iglesia no consiente que ramos así santificados desaparezcan luego, comidos por la corrupción ordinaria; ella ha ordenado que se los conserve respetuosamente y que para iniciar la cuaresma del año siguiente sean los ramos benditos hoy, los que se conviertan en cenizas para el Miércoles de ellas. ¡Que las palmas del triunfo marquen mañana la frente de los mortales, con el sello de la caducidad de las glorias de la tierra!

* * *

Una vez repartidas las palmas, organizase la vistosa procesión. Como al mandato de Dios surgió la pomposa

(12] Rom. XI - 17.

fronda de la nada, á la señal dada por el Diácono que clama: *Procedamos en paz*; las palmas, los olivos, los pinos, laureles, olivas y romeros se enfilan en la nave de la Iglesia. El santo incienso precede perfumando la vía. La Cruz adornada también con lazos de sedoso ramo abre el desfile, y todos los fieles, llevando en sus manos las bendecidas ramas, proceden al son de cánticos litúrgicos magestuosos.

¿Qué canta la esposa mientras este viaje triunfal de su esposo? . . . Ah! ¿qué otra cosa puede decirle sino lo que los niños hebreos en su triunfo de Jerusalén? . . . Y le canta como ellos, y le recuerda esos triunfos y le aclama rey: ¡Hosanna al que viene en el nombre del Señor! hijo de David! Hosanna en lo alto de los cielos! ¡Gózase, en una palabra, de que Jesucristo es rey, Dios y hombre verdadero, y que su triunfo está vinculado á la Cruz.

¡A la Cruz, sí! . . . Y he aquí porqué llegada la procesión de palmas en su retorno, á la puerta de la Iglesia, la encuentra cerrada. ¡Va á verificarse una interesante escena!

Mas, antes de describirla, consideremos el significado de la procesión de las palmas. Doble es este significado: 1º la conmemoración histórica, una como repetición de la entrada de Cristo á Jerusalén el domingo por la mañana ó acaso el sábado por la tarde. El hecho ha sido recordado al pueblo por el evangelio que se canta en la bendición que precedió. Está, pues, verificándose la repetición: ¡repetición de la última vez que Cristo se presentó en el mundo con pompa, majestad y afectos!; ¡la última ostentación de su realeza divina antes de engolfarse en los abismos de la humillación, del dolor y de la muerte!

2º Representa el desfile del triunfo de Jesucristo mediante la Cruz, ó sea la triunfal entrada de Jesucristo en el Cielo; entrada en la cual, la cruz es como la llave de las puertas eternas y la humanidad, representada en esta procesión por el clero y el pueblo, es el séquito ó falange de victoriosos.

Esto se simboliza á maravilla con la escena litúrgica que pasamos á describir ya.

Llegado el desfile á la puerta exterior de la Iglesia, se la encuentra cerrada. Oyense cánticos adentro; otros cantores están afuera, y se corresponden, como en un diálogo en que se alternan en alabanzas al Hijo de Dios. El Subdiácono, que lleva á la cabeza de la procesión la Cruz velada, golpea con el astil de la misma por tres veces, la puerta, la cual se abre, mientras en cánticos de regocijo es saludada la Cruz triunfadora, que entra erguida en el templo, aclamada como trofeo de victoria. La iglesia material representa en este momento el cielo habitado por ángeles á donde Cristo, por su Cruz, entra gozoso, con los suyos. ¡El sacrificio cruento de Jesucristo nos ha abierto las puertas del reino de los cielos que nos tenía cerrado el pecado original!

Dos procesiones en una: una terrena y otra celeste; dos ideas similares representadas por un sólo desfile!: la causa y el efecto, se encuentran en esta ceremonia. La pasión y el triunfo se sobreponen, se compenetran y reunidos entran en el templo católico, simbolizados por la ceremonia que describimos. La Jerusalén celestial y la terrena se han hecho encontradizas en cada templo y en una sola escena, Jesucristo entra triunfante á una y á otra, á ésta como en recuerdo de su entrada de palmas, á aquella, como representación de su entrada gloriosa después de la redención. De aquí que los cánticos que juntos entonan el coro interno y el externo al abrirse las puertas y reunirse, son gritos de gozo, exclamaciones de dicha, salutations, oraciones al Rey que entra en su corte. El templo vuelve á llenarse de pueblo y cada cual ocupa su lugar en el santuario y en las naves.

Pero desde este instante la Cruz triunfadora que venció las puertas de la muerte, y que penetra en el templo, rodeada de palmas, aclamada con hosannas, escoltada por el clero; desde este momento, decimos, la Cruz es el objeto de toda la atención litúrgica, y á ensalzarla,

rendirle el homenaje que le debemos, se contrae la misa que á continuación sigue.

Dejamos á un lado cuanto no lleva algo de especial en esta Misa; veamos tan solo sus peculiares solemnidades.

Después de la Epístola, preséntanse en el Presbiterio tres diáconos revestidos de albas, terciada la estola al pecho, llevan en sus manos, ramos, como insignia infaltable de la gran solemnidad, y empiezan á desarrollar con su canto alternado, una como acción dramática de la Pasión del Señor.

Vienen los ministros del altar, de duelo: ni el incienso precede su camino, como otras veces, ni las antorchas de los ciriales les dan brillo; vienen con la augusta sencillez del dolor profundo, vienen como las desoladas personas que corrían por la ciudad de Jerusalén cuando la Pasión de Cristo. No saludan al pueblo con el tradicional "Dominus vobiscum", como se hace de ordinario antes de anunciar el evangelio, no; empieza la pasión según S. Mateo. Todos la oyen en pie: las palmas parecen servir de báculo al desfallecimiento que causa la impresión del acerbo relato. Uno después de otro, el cronista, las turbas y Jesucristo van expresando sus conceptos al unísono con el majestuoso canto de la Pasión.

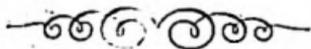
Majestuoso, sí; ¡ah! si los fieles se penetran de la sublime expresión de estas melodías!..... El Cronista pregona ante el mundo la verdad de lo acaecido para redimirlo. El populacho, los jueces, los sacerdotes alzan al cielo su voz y piden la muerte del justo. Jesús por el contrario, ó calla, ó si habla conmueve grave y eficazmente con sus palabras de vida eterna. ¡Qué diálogo es este tan admirable?: nada tiene de parecido en lo restante de la liturgia del año.

Quien sigue atentamente el sentido de este interesante *melo-drama*, si así podemos llamar, va apropiándose de la historia evangélica: rastrea su ilación, aflígese,

quiere seguir á Cristo, y termina por enternecerse hondamente cuando, al referirnos el cronista que Jesús crucificado, dando un gran gemido, espiró!..... enmudecen cantores é instrumentos, y todos caen de rodillas..... ¡ Solo el ondular de las palmas en el ámbito del silencioso templo hace comprender cómo en la muerte de Jesús no murió con él, la naturaleza toda!

Las oraciones de la Misa en este día, mezclan las humillaciones de Cristo con sus triunfos; reconociendo que estos fueron merecidos por aquellas.

Los circunstantes tienen en sus manos las palmas durante las partes más patéticas de la Misa: es, dicen los liturgistas, un género noble de protesta, contra los abatimientos de la Pasión; es una prestación de pleito homenaje al Rey perseguido. Ah!, católicos, á Cristo humillado, á Cristo condenado á muerte, á Cristo pospuesto á los malhechores: ¡ palmas! Los humanos las recogen en sus glorias y se las deshacen entre las manos bien pronto marchitadas, con la velocidad con que se evaporan los glorias de este mundo! Para Jesucristo Rey inmortal de los siglos, palmas y laureles en su Pasión. ¡ Para la gloria inmortal é invisible aún no ha brotado plantas suficientemente significativas la maldecida tierra!



TERCERA CONFERENCIA

LA RESEÑA

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN: Majestad regia de la Iglesia Católica. EXPOSICIÓN. 1º CÓMO HA LLEGADO LA CEREMONIA DE LA RESEÑA Á NUESTRAS CATEDRALES, historia. 2º DESCRIPCIÓN DE LA RESEÑA del Miércoles Santo — espíritu del oficio divino este día. Cómo se hace la reseña — el desfile; la bandera; las ceremonias en el altar; el batir de la bandera y el himno VEXILLA, en sus diferentes estrofas gradualmente; conclusión de las Vísperas. 3º ¿CUÁL ES EL SIGNIFICADO DE LA RESEÑA? Consideración sobre el contexto de la liturgia. — Apoteosis de la Cruz; significado de cada detalle separadamente. CONCLUSIÓN. ¡ Reinó Dios desde el madero !

Añadísimos cristianos:

La Iglesia católica es aquella reina de que nos habla Salomón, vestida de túnica recamada de oro, con variadas fimbrias en su manto, *in vestitu deaurato, circumdata vxrietate*. (1) Es de verla en la esplendidez de su reinado pasearse majestuosamente por el universo mundo ostentando su inconsútil túnica tegida con los áureos hilos de la unión de autoridad, de dogma y de ritos y sacramentos (2) *unus Dominus, una fides, unum baptisma*; al paso que no se desdeña de orlar su amplio manto, con el que alcanza á cubrir á la humanidad de todos los tiempos y lugares, con los multicoloros cambiantes de las legítimas tradiciones é inveteradas costumbres de los pueblos donde se ha instalado.

La reseña de que hoy nos vamos á ocupar es una manifestación de esto último que acabo de expresar, es un ri-

[1] Jerem. XI - 19.
[2] I Cor. V - 7.



to de la Semana Santa no conoció en la generalidad del mundo; es una ceremonia peculiar de las iglesias descendientes de las de Sevilla, como las nuestras: un detalle de esas variantes del bordado manto de la Iglesia, aumentará su vestido por la aparatosa Sevilla con su majestuosa y artística fantasía educada entre el lujo morisco y con la caballerosidad goda.

Pablo III al fundar la Iglesia de Lima, erigiéndola en Obispado el año 1541 la, puso como sufragánea de la de Sevilla en España y le mandó que conservara las costumbres, insignias y privilegios de esta Iglesia madre.

Después de pocos años, en 1545, el mismo Pontífice erigía la Catedral de San Francisco de Quito, constituyéndola en Obispado, sujeto por derecho metropolitico al de Lima. Quedaba pues nuestra Capital de sufragánea de aquella, y con derecho á todos los usos privilegios é insignias de su Metropolitana, y por lo mismo á las que ésta heredó de la Iglesia hispaleuse ó sevillana.

Elevada á la categoría de Metropolitana la Catedral de Quito, por bula de Pío IX de 13 de Enero de 1848, esta Iglesia continuaba las tradiciones de su madre, la de la ciudad de los Reyes; y por lo mismo se sustituía en eso de conservar las costumbres hispaleses. Cuando le 29 de Diciembre de 1862 el mismo Pontífice Pío IX creaba este obispado de Ibarra, desmembrándolo de el de Quito, y dejándolo sometido como sufragáneo á su metrópoli madre, le señalaba igualmente como norma las establecidas en los demás Cabildos de la República, declarando que el de Ibarra *gozará de todos y cada uno de aquellos derechos, honores, gracias, favores y privilegios de las demás iglesias catedrales sus progenitoras.* (3)

De esta manera la orla recamada por la fastuosa hija del Alcázar y la Giralda y sobrepuesta como adorno al manto de la Iglesia, con las añadiduras que á la liturgia

[3] Bula de erección de Ibarra, *Hernández* — *Marino*. II - 265.



de estos días introdujo la iglesia sevillana, se han venido trasmitiendo como parte del no poco valioso legado de bienes que heredamos de España.

Ved, de paso, el admirable espíritu de conservación, de tradicionalismo, de perpetuidad que distingue á la Iglesia. Obra inmortal de Dios; como Este, aunque se adapte en algo á la mutabilidad de los hombres, en sí es majestuosamente estable, y quiere que las Iglesias filiales conserven la fisonomía de la madre; que los hogares emancipados al desmenibrarse del tronco progenitor, vayan introduciendo los usos y costumbres de la casa solariega; que las ramas de este arbol cosmopolita, al extenderse de un confín al otro de la tierra, lleven la savia, la textura, la fisonomía, diremos así, del tronco de donde nacieron.



La reseña de nuestras catedrales, esa augusta ceremonia que solo se presencia en Sevilla y en las tierras que en su organización eclesiástica dependieron de aquella; este vistoso rito que año tras año atrae al pueblo, y especialmente á los extranjeros á nuestras Iglesias catedrales, ocupará hoy nuestra atención.

Describámosla tal cual se verifica durante las vísperas del Miércoles santo, por ser la que con mayor pompa se desarrolla.

Reúnese el clero de la Catedral con sus respectivos vestidos de coro, cuales usa en las funciones fúnebres: el Obispo, con la capa magna oscura, los canónigos con sus vestuarios negros de uso español con amplia capa y cogulla con vueltas de terciopelo negro, los capellanes de coro con pluviales morados. Acompañan á estos, el clero, los seminaristas y acólitos y proceden á ocupar sus asientos propios en el coro y en el presbiterio, donde recitan las Vísperas del día, cuyo último salmo es cantado.

El oficio litúrgico que reza este día la Iglesia, con inclusión de la misa, contráese á manifestar, á ponderar,

á ensalzar la eficacia del árbol de la Cruz; del mismo modo que el del Lunes santo nos da á conocer las raíces de este árbol divino, que son los sentimientos interiores de Cristo paciente; y el Martes santo, los frutos gloriosos de este fecundo árbol.

¡ La eficacia del árbol redentor !: he aquí el pensamiento generador, la idea matriz del culto de hoy en la Iglesia universal. Para ello, en el Santo Sacrificio se nos ha leído las admirables lecciones de Isaías, en las que este profeta, no sin razón llamado el quinto evangelista nos presenta con tonos verdaderamente orientales, entre metáforas y alusiones al gran Libertador de los pueblos, lavándolos con su propia sangre, vengándolos con su propio anonadamiento: *“¿Quién es aquel que viene de Edom, sube de los viñedos de Bosra con las vestiduras tintas del sumo de la vid? ¡ Qué hermoso está con sus vestiduras empapadas en sangre que le colorean el rostro!, marcha con poderosa fortaleza!— Quien es? Y el interrogado contesta: soy quien habla palabras de justicia y peleo para dar la libertad. ¡ Y porqué se ha enrojecido tu vestidura, y tu túnica aparece como la de los que pisotean en el lagar?—... En efecto, responde, he machacado yo sólo el vino: he conculcado con furor á mis enemigos; con tanta ira he bailoteado sobre sus cervices que su sangre ha saltado sobre mí y ha empapado mis vestiduras”*. Hasta aquí Isaías; pero los intérpretes continúan el interrogatorio y preguntan: ¿cuándo se verificó este furor del Señor?; y contra quienes? A lo cual la Iglesia contesta: en la Pasión de Cristo, y en contra de sus enemigos; pero con la circunstancia de que El mismo se puso en lugar de los pecadores, cargó con los pecados de todos, y el furor mentado, y la ira terriblemente descrita se estrellaron contra sí mismo: *oblatus est, quia ipse voluit*. De aquí que el evangelista del antiguo testamento al describirnos á lo vivo la Pasión de Jesús en el pasaje citado, concluye exclamando: *¡ llegó el año de la redención !. . . . Recordaré perpetuamente las misericordias del Señor, y publicaré las alabanzas que se me-*

rece entre todos los que hemos recibido sus bondades! (4)

En consonancia con este sublime pensamiento, parece que la Iglesia hispalense desarrolló la escena que nos va ocupando, y así después de los salmos de Vísperas, clamando: "*Espera Israel en el Señor desde hoy y por los siglos*", empieza en las Catedrales, un desfile majestuoso, mitad fúnebre, mitad bélico

Precede, con más razón que en las procesiones ordinarias, le Cruz alta entre los ciriales; luego los concurrentes y clero con sendos cirios, y en seguida los Reverendos Canónigos en orden de su dignidad. Marchan estos al centro de la procesión, con la negra cauda larga de ocho á diez metros, desplegada en toda su extensión, y cubierta la cabeza con el bonete, el cual todavía va escondido bajo el capuz calado de la cogulla. A cada prebendado acompañan, levantando las caidas de la capa magna, dos clérigos menores con antorchas en la mano uno por lado, y un acólito ó monago cuida de la extremidad de la cauda. Así proceden por la nave lateral derecha uno en pos de otro, con continente grave, las manos cruzadas sobre el pecho y al son de una marcha fúnebre ejecutada lenta y majestuosamente por los músicos.

Con anticipación, el Maestro de Ceremonias acompañado del turifirario, acólitos y ceroferario, ha colocado devotamente, sea en el altar mayor, sea en uno de los de las Capillas laterales el *lignum Crucis*, entre candelabros encendidos, y delante de él reclinada en el suelo, con la extremidad superior apoyada en el ara del mismo altar, la gran bandera negra dividida en cuatro cuarteles por la cruz roja, el lábaro misterioso, emblemático del reinado de Cristo, enlutado por la pasión y enrojecido, nada menos que en forma de Cruz, por su sangre triunfadora—
¿Quis est iste qui venit de Edom tinctis vestibus de Bosra?

La primera dignidad del Capítulo, el Chantre donde

(4) Isai. LXIII.

lo hay, toma sobre sus hombros la bandera, extendiéndola para que luzca debidamente su sacrosanta insignia, y con ella á cuestas, sigue el camino de sus cohermanos los demás capitulares.

Por último el prelado, ó en su defecto el más digno del Coro, acércase reverente, también él cubierto la cabeza con el capuz y la caula desplegada cuan larga es ella, y hechas la genuflexiones debidas al sagradoadero de la Cruz, lo inciensa prosternado, lo toma con veneración suma en sus propias manos, no sin cubrirse de antemano con el humeral morado, en muestra del gran respeto con que trata la sagrada reliquia, y cierra la procesión bajo paño, cuyas varillas son llevadas por sacerdotes vestidos de pluvial morado, ó por otras personas de distinción. Así recorre el cortejo, lento, majestuoso, funebremente solemne las naves del templo: los acordes entrecortados de la acompasada marcha música, el roce de las caudas de seda pausadamente arrastra las por el pavimento del templo, los mesurados pasos de los desfilantes y el rezo de salmos con que el preste va tributando su homenaje de adoración á la Cruz redentora: repercuten mientras tanto en los ámbitos de la Catedral con inusitada imponencia. Imposible para los espectadores no sobrecojerse ante tan serio espectáculo: eso de ver deslizarse silenciosas y graves aquellas austeras figuras enlutadas, de cubierta cabeza y luenga canda; eso de mirar dentro de la Iglesia uno como entierro militar, al son de marchas, con el pabellón enhiesto; eso de encontrarse las espaciosas naves ocupadas por un convoy, fúnebre y sagrado á la vez; eso de contemplar á los Ministros del santuario reunidos, absortos, sobrecogidos, anonadados, entregados todos en masa, todos penetrados, abrumados de la majestad de la ceremonia que están desarrollando, y contraídos á honrar la Cruz, que es trofeo, que es insignia, y caldazo de su Dios : todo esto tiene á los asistentes como asustados, espantados en devota expectativa.

Una vez llegados los canónigos al Santuario colócanse en líneas paralelas delante del presbiterio; forman

alas para el paso del *Lignum crucis* llevado por el preste; adelántase este y asciende hasta el altar, desde donde bendice al pueblo con la reliquia sacrosanta; y luego entona la capitula de las Vísperas que se interrumpieron al fin de los Salmos.

Toma en seguida la gran bandera negra en sus manos, y se entona el magnífico himno litúrgico compuesto en el siglo cuarto por Venancio Fortunato: "*Vexilla regis prodeunt*". Este maravilloso himno ha dado el carácter y hasta su nombre á la ceremonia presente.

Al ser levantada en alto la bandera, el coro entona con cadencia algo marcial la siguiente estrofa:

“ Las banderas del Rey se enarbolan;
De la Cruz resplandece el misterio,
Do sufrió de la muerte el imperio,
Quien la vida, muriendo nos dió.

Mientras tanto el preste toca con la extremidad superior del asta, el ara del altar, por varias veces, y luego los costado extremos del mismo, primero el del lado de la Epístola, después el del Evangelio.

Inmediatamente, colocado ahí mismo, en pié, con el rostro hacia el altar, como estaba, sigue tremolando lentamente el lábaro misterioso sobre el altar, de un lado al otro, al principio con pausa suma y luego apresurando, más ó menos al compás con que los cantores ejecutan esta segunda estrofa del himno:

Donde abierto el costado divino,
Con la punta de espada acerada,
Manó sangre con agua mezclada,
Que las manchas del crimen lavó.

Entre tanto la corporación capitular ha permanecido en pie, formando alas que se miran, delante del presbiterio, en el sitio llamado *Capilla real* en las Catedrales españolas. Deja el preste el altar y tornándose hacia el pueblo, avanza al borde de las gradas del santuario, mientras los cantores recitan con menor pompa que las anteriores, esta tercera estrofa del himno:

Ya cumplidos están los cantares,
 Las proféticas voces fervientes,
 Con que dijo David á las gentes:
 Desde un leño el Señor reinará.

Entonces caen de rodillas los capitulares, y con ellos los circunstantes todos. Solo el preste, con el angusto estandarte en alto, permanece en pie, en ese lugar prominente del templo, dominándolo todo, y pónese á flamear de uno á otro lado la fúnebre insignia, que se extiende sobre los circunstantes, ondula sus pliegues sobre el pueblo cristiano y llena la anchura de la nave principal, á modo de una águila que hiende su vuelo en los espacios, los domina y los abraza con su regia posesión. La Capilla de músicos ha iniciado entonces, y continúa con pausa y pompa mayores la cuarta lindísima estrofa, que va con sus cadencias como señalando el compás con que ondulará el lábaro:

¡Cuán hermoso y fulgente es el árbol
 De la púrpura regia vestido,
 Que fue el digno madero escogido
 Para cuerpo tan santo tocar!

Concluída la estrofa, suspéndese el batir de la bandera. El preste descende al pavimento de la Iglesia, y vuelve de nuevo su rostro hacia el altar, entre el cual y el preste se hallan los canónigos, mientras con recitación más llana el coro dice:

¡Feliz árbol, en cuyas dos ramas
 El rescate del mundo descansa;
 Que del cuerpo divino balanza,
 Al infierno su presa arrancó!

Conclúyese el canto de esta estrofa. Va á seguir una en que se saluda á la Cruz, con entusiasmo hijo de ardiente adoración al instrumento redentor. Si siempre se reza de rodillas la siguiente estrofa; en estos momentos destinados á ensalzar el triunfo omnímodo de la Cruz, los ministros del Señor caen anonadados, frente por tierra; prostérnanse en el pavimento del templo, en la más profunda de las postraciones, en la postura de la más íntima

de las humillaciones, en la actitud de la suprema, de la última y eminente latría.

¡Salve!, oh Cruz, nuestra sola esperanza;
Y, pues hoy la Pasión se venera
Haz que el justo más gracias adquiera
Y perdón el que en culpa cayó!

Sobre ese grupo de cadáveres derrocados por la adoración, sobre ese cúmulo de vencidos por la gloria del Señor, sobre ese haz de sudarios negros, despojos elocuentes de la Majestad de Dios que oprime con su poder y con su amor, sobre ese residuo de la humanidad adoradora triturado por la mole de infinito peso con que los firmamentos nos aplastan, cuando nos vemos tan pequeños delante de Dios grande, inmenso, infinito; ondula victorioso el lábaro redentor, y su cruz roja pasa y repasa con magnífica dignidad sobre ese campo de sus triunfos. Unas veces parece que se enseñorea sobre ellos como un general en el campo de batalla sobre los yertos despojos de los vencidos: los mira y recuenta, los pisotea, los tritura, y pasa; otras veces semeja el flexible cimbreño de una palmera con que se refresca el desierto; el aleteo de una ave de rapiña que defiende á su presa, otras; el tierno vaiven con que una mano amiga estorva que los elementos de corrupción se apoderen de un cadáver amadísimo, otras.

Durante toda la ceremonia, la campana mayor tañe lúgubre y pausadamente. ¿Son plegarias esos toques ó son dobles?: todo ello son; pues dentro del templo se está orando por los que causaron la muerte á Jesús, y se está conmemorando su muerte. ¡Dobles por la muerte de la vida!: *quando mortua vita fuit.*

Todo esto contempla el pueblo de rodillas, penetrado de religioso encogimiento. Al terminarse el canto de la estrofa antedicha, cesa el batir de la bandera, y vuelven á ponerse en pie los prebendados. Entre tanto el coro concluye:

¡ Trino Dios, de salud fuente inmensa,
 Todo espíritu ensalza tu gloria
 Y al que das de la Cruz la Victoria,
 Da también inmortal galardón. Amen.

Y, una vez descubiertas las cabezas, entónase, como en acción de gracias del éxito obtenido en la frágil jornada que acaban de representar, el siempre expresivo cántico del Magníficat, y se concluyen en la forma acostumbrada estas Vísperas, únicas en su género.

De manera análoga, bien que sincopadas por ser de menor solemnidad, se han verificado las del Sábado y Domingo de Pasión y las del Sábado y Domingo de Ramos; pues ellas tienen como parte integrante el mismo himno *Vexilla*, que parece ha inspirado esta ceremonia

¿ Cual es el significado de la Reseña ?

Vamos á manifestarlo, según la medida de los pocos datos que sobre ello han llegado hasta nosotros.

Después de cuánto hemos observado acerca del espíritu de la liturgia de este día, y teniendo en cuenta el sentido del himno solemne que origina en cierto sentido esta ceremonia; no cabe duda que la Reseña es una como fúnebre apoteosis de la Cruz redentora, considerada como signo de la libertad del mundo, bien que instrumento tristísimo de la pasión y muerte del Redentor. ¡ Amplísimo tema, complejo argumento ! Y, ¡ tener que desarrollarlo en un simbolismo en cierta manera mudo !

Debe abrazar la interpretación del argumento á la humanidad toda, y á los tiempos todos; pues por todos murió Cristo, (5) y á todos lavó su sangre. El triunfo del sagrado lábaro dividió en dos grandes partes á la humanidad y á los tiempos: la parte que sería redimida en espera de los méritos de la Cruz, y la que lo sería por los frutos ya producidos. La exaltación de la Cruz en el calvario señaló la plenitud de los tiempos.

[5] Cor. V. 15.

Pues bien, el salir los canónigos, uno en pos de otro revestidos del vestuario negro que los cubre de pies á cabeza, significa que la humanidad estaba ennegrecida por el pecado; que las tinieblas de la concupiscencia, la oscuridad del error, el luto de la muerte la tenían completamente envuelta. El salir el preste igualmente cubierto, representa que el Verbo tomó la naturaleza humana por redimirnos, y que por amor al hombre apareció El también en forma de pecador.

La humanidad antes de Cristo tuvo como piedras miliarias, las distintas edades ó épocas que al Mesías le iban acercando, y en los profetas, algo como vigías que iban señalando el camino por donde asomaría el Prometido de las naciones. El ser cinco las reseñas, dice un autor, denota que fueron cinco las edades que en el mundo precedieron á la muerte del Salvador: desde Adán hasta Noé, la primera; hasta Abraham, la segunda; desde Abraham hasta Moisés la tercera; la cuarta desde éste hasta David; y la quinta desde el real profeta hasta Jesucristo. El desfile con las caudas tendidas pinta á su vez el paso lento, durante la antigua ley, de los profetas por entre la humanidad: así van entre las hileras de los concurrentes y espectadores, los prebendados: su larguísima cauda negra, que como las profecías se arrastra oscura en pos del que la lleva, indican cómo los oráculos proféticos quedaron entre la humanidad después de que pasaron sus autores, y unieron los tiempos, las generaciones, las tradiciones, hasta el advenimiento de Cristo.

El ser negro el estandarte, y roja su divisa, significa que el instrumento de la Redención, no obtendría sus triunfos á manera de los conquistadores de la tierra, su reino no es de este mundo; sino mediante una batalla librada contra sí mismo, empapándose en su propia sangre, rodeándose de tinieblas. Eso de que se coloque con anticipación la bandera sobre el ara delante del Altar, simboliza que el Verbo eterno, primero se sacrificó en el seno del Padre, por la oferta que hizo de su sangre. ¡Cordero

que se sacrificó antes de la constitución del mundo!: (6) allá *ab æterno* ya estuvo derrocado en el ara del sacrificio; allá, en los consejos de la Trinidad, ya estaba enrojecido en su propia sangre; allá, antes que hubiese humanidad real, ya estaba en los decretos del Eterno envuelto en las tinieblas posibles, de la caída, y de la reparación.

Exivit a Patre, et venit in mundum, (7) salió el Cordeillo de los prados felices del Padre y descendió á los bajos del mundo; por esto en la reseña, se toma del altar la bandera de Cristo, y se baja á donde está el pueblo, y con ella á cuestras se recorre la senda, por todos los demás recorrida, la misma señalada por los que figuran á los profetas, poniendo, diremos así, las plantas ahí donde ellos las pusieron, cumpliéndolo todo: *¡completa sunt quæ concinit, David fidele carmine!* (8)

El llegar por fin al altar, tocarlo, golpear la piedra sagrada una y otra vez, como con la vara mágica tocó Moisés la piedra de Horeb, representa que de la roca del Calvario, de ese altar por antonomasia, al golpe con que se hendió esa roca, brotaron todos los bienes de la Cruz; ahí fue su triunfo.

Y luego aquel tocar los costados, el de la epístola que representa el antiguo testamento, el del evangelio, que representa el nuevo; el de la izquierda que denota el pueblo gentil, y el de la derecha, el hebreo ó elegido; el lado de los predestinados en el juicio, y el de los réprobos: denota que á todos llamó Cristo; que por todos murió; que á nadie falta su gracia; que los brazos redentores de la cruz se abren para buenos y malos; que su triunfo es igualmente sobre todos, equisimo.

Sigue pues el batirse triunfador del estandarte sobre el mismo altar; pues ya, sobre el mismo Gólgota ese árbol divino agitado por la misericordia desparramó sus frutos.

Y sigue aún el triunfador lábaro tremoleando sobre el

(6) Joan. XVII—24.

(7) Joan. XVII. 18.

(8) Himno *Vezilla*.

pueblo, como Jesucristo ostentó su poder con milagros y señales sobre el pueblo judío, y triunfó sobre la Sinagoga, y la riudió.

Por lo cual haya la divina enseña, vuélvese hacia el otro lado, como Cristo se dirigió hacia el gentilismo, dando las espaldas al pueblo hebreo, que no lo recibió: *aufertur a vobis signum Dei et dabitur gènti facienti fructum*. Campo es este donde el triunfo de la Santa Cruz es absoluto: ríndense todos, todos hasta el polvo. Las profecías totalmente cumplidas; esto demuestran los prebendados derribados en el pavimento, pecho por tierra.

Batiendo el estandarte triunfador sobre los generales vencidos y prisioneros, al son de dianas, se celebraban en la gentilidad los triunfos militares. De esta práctica ha tomado la Iglesia, la que ejecuta para simbolizar el triunfo de la Cruz sobre profetas, pueblos y naciones; según esto, aquí los canónigos, por ser las personas más connotadas del clero, representan las potencias vencidas, y, en conjunto son el despojo de Cristo. ¡Ah qué amable triunfador: sí, sí; Cristo debe reinar en los corazones sacerdotales; rendidos por el amor de Jesús deben ser éstos; nuestras almas son el botín que él se ha ganado, con su sangre!

¡Hermosas enseñanzas deja, por tanto, esta ceremonia! Ya lo había dicho Jesús: cuando yo sea exaltado en la Cruz, todo lo atraeré á mí (3). Nunca como en esta ocasión cabe decir lo que S. León Magno decía interpretando las palabras de Cristo que acabo de citar; si este pontífice hubiera presenciado una de las reseñas, entonces habría dicho con mayor entusiasmo: "*¡Oh! poder admirable de la Cruz!; ¡oh inefable gloria la de la Pasión, donde se dieron cita el tribunal de Dios, el juzgamiento del mundo y la potestad del Crucificado!..... ¡Todo lo atrajiste hacia Tí, Señor, de manera que aquello que estuvo oculto bajo velos en el templo judaico, hiciste sea celebrado en los templos del mundo entero, en*

(3) Joan. XII—32.



descubiertas y claras ceremonias. Hoy, pues, vemos bajo el lábaro de la Cruz una nueva generación de levitas esclarecidos, y un sacerdocio de más ungidos ministros; por que tu Cruz es fuente de toda bendición y causa de todas las gracias; pues ella da á los creyentes fuerza en medio de su debilidad, glorias entre los oprobios, vida en la muerte misma ; porque Tú eres el verdadero Cordero de Dios que quita los pecados del mundo; y de tal manera Tú eres la realización de los misterios todos, que así como eres el sacrificio que reunió en sí á todos los demás sacrificios; así mismo estás proclamando un solo reino entre todas las gentes!". (4)

En medio de esta fúnebre ceremonia, hemos visto, pues, hijos amadísimos, la hermosa y consoladora realización del profético dicho: *¡Reinó Dios desde un madero!*

[4] S. León Mag. Serm. 8 de la Pasión post. mediam. Brev. Rom. 14 de Septbre.



CUARTA CONFERENCIA

LAS TINIEBLAS

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN: Porqué se llaman tinieblas estos oficios: datos históricos. Ojeada general sobre esta ceremonia. EXPOSICIÓN del oficio de tinieblas: su principio. Las del Jueves Santo: los salmos del primer Nocturno; las lamentaciones, su conclusión. — Los Salmos y lecciones del segundo Nocturno. — Los Salmos del tercero. — Mirada general sobre las tinieblas del Viernes y Sábado Santo. — Laudes, en estos tres días: su cántico final. — La extinción de las luces. — Las tinieblas completas: el versículo enfático. — El Miserere final: sentimientos que entraña: la oración última. CONCLUSIÓN: La oscuridad y el silencio. Aparece la luz; simbolismo y deducción práctica.

Amadísimos fieles en Jesucristo:

Las partes del oficio divino, que durante todo el año se denominan Maitines y Laudes, en los tres últimos días de la Semana Mayor revisten un carácter muy singular: fúnebremente pomposo, este oficio, solemnemente triste, majestuosamente sencillo, ha tomado el nombre de *Tinieblas*, y constituye el funeral sentidísimo con que la Iglesia universal llora la muerte de su esposo Jesús. Trenos y elegías, suspiros, llantos, recuerdos: todo esto forma aquella mística endecha sepulcral que se entona sobre los yertos despojos del hombre Dios.

Tinieblas es el nombre de este oficio sagrado, nombre que explica á la vez lo físico y lo moral, lo material y lo formal que él contiene. En efecto, suprimidas desde muy remota antigüedad las vigiliias nocturnas, en las que el pueblo fiel se congregaba durante la noche para prepararse á las festividades religiosas, dispúsose que las de estos días se iniciaran al caer el sol, de tal manera que con-

cluyeran cuando la luz natural había desaparecido, para denotar, sin duda, lo lóbrego del objeto conmemorado y el ocultamiento de la divinidad en Cristo, los días de su Pasión y muerte.

Para expeler le oscuridad del templo, de una manera triste, conservando el carácter de duelo, evitando que el alumbrado fuera en esta vez motivo de adorno y alegría, discurrióse en los primeros tiempos alumbrar el recinto con una gran pirámide que se colocaba delante del santuario, entre clero y fieles, en cuyo ápice se ponía un cirio, el cual, como de ordinario representaba á Jesucristo, luz del mundo, resplandor de la gloria del Padre: quien á El sigue no anda en tinieblas. Al cirio superior se añadieron luego otros en las aristas de la colosal pirámide, y plugo á la tradición, confirmada luego por auténticas interpretaciones, que la Iglesia ha hecho suyas, ver en estas candelas adyacentes, un símbolo de los Apóstoles y de las santas mujeres que acompañaron al Salvador en la Pasión. Luego después esa pirámide luminosa, que en un principio fue ideada para aclarar las naves se convirtió en el candelabro triangular de quince luces, que vemos hoy en nuestras iglesias durante el oficio vespertino del triduo sacro. (1)

Consecuente la liturgia con este significado simbólico estableció que lentamente, durante el oficio divino fueran extinguiéndose las luces del candelabro triangular, en recuerdo de que así fueron durante la Pasión abandonando á Cristo los Apóstoles y discípulos. Solo la luz del vértice no se extingue, aún después de haberse apagado las del altar y aún las lámparas y antorchas del cuerpo de la iglesia; aquella se oculta — como veremos á su

(1) Este uso del Candelabro triangular se introdujo en Roma, en la Basílica de S. Juan de Letrán, después del siglo VIII, y parece fue aportado por la liturgia franca. Antes, el uso fue de extinguir las luces de la Iglesia una tras otra, pero solo en los máximos del Viernes Santo, para representar la muerte del Salvador ese día; en los del Sábado no había luz alguna, permanecían apagadas, apenas se consentía una antorcha para el lector *propter legendum*.

tiempo, — al modo como la divinidad de Jesús se ocultó tan solo en los tres días de su muerte.

Queda, pues, el templo en pavorosa oscuridad por algunos momentos.

Mientras tanto el sol se ha ocultado por completo: el mundo, fuera del templo está también, en plena noche.

Se entonan cánticos á la muerte del Salvador en Cruz: los sacerdotes en el santuario, los fieles en las naves, los cantores en su tribuna, sienten la oscuridad en el alma: la muerte de Cristo, el pecado que le causó, ¡qué noches tan negras para el pecador! La Iglesia, cual viuda desolada cubre de crespones el túmulo de su amado, envuélvese en negro manto de viudez, llora; el llanto le oscurece la vista: todo es para ella luto mientras no aparezca su esposo.

Ved porqué os he dicho que los oficios vespertinos de estos solemnes días son *tinieblas* física y moralmente; tinieblas á la extensión de la palabra.

Para este oficio fúnebre la Iglesia ha suprimido cuanto tiene de festivo y regocijado en sus formas. Reunido el clero silenciosamente en el santuario, no hay convocatorias, himnos, invocaciones á la Stma. Trinidad, que por sí suscitan ideas del goce celestial, no: iníciase el sagrado funeral, como con un grito de pasmo, repentinamente arrancando al corazón. ¡Ah! los grandes dolores!: no solo sorprenden una vez; sus acometidas al alma le ocasionan sorpresas tras sorpresas. ¡Siempre la tribulación asalta, porque su presencia roba intempestivamente la alegría del alma! Esto interpreta á maravilla la Iglesia con su manera de iniciar sus oficios en estos días de duelo.

Consideremos ahora someramente lo que es peculiar de cada uno de estos tres días en el oficio de Maitines que nos ocupa.

Las tinieblas que se cantan el Miércoles Santo por la noche, pertenecen ya al día siguiente, son el preludio litúrgico del Jueves Santo, exordio de ese gran día en el que se celebró la última pascua judaica, y la primera de la nueva ley, en la que juntamente se inician la Pasión real de Cristo mortal y la Pasión mística de la Eucaristía. La liturgia entraña conceptos que responden á todos estos ideales; veámoslo.

Hay entre los salmos de David algunos compuestos por este real profeta, cuando se vió perseguido por el propio hijo Absalón. Imaginad las sentidas frases de este profeta divinamente inspirado al verse blanco del propio amadísimo hijo: ¡qué lloro no le arrancaríá el parricidio proyectado contra él!; ¡qué ayes no partirían de su corazón de padre rey al verse con tanta ingratitud correspondido! David es figura del Mesías, y si siempre lo es, más todavía en estas circunstancias: también Jesucristo es perseguido por su propio hijo el pueblo de Israel, y perseguido á sol y sombra, como suele decirse; también Jesús recibe ingratitudes en pago de tanto beneficio. La Santa Iglesia no pudo por ménos que constituir la primera parte del oficio de este día con tres sentidísimos salmos arrancados del arpa humedecida con lágrimas del Profeta perseguido, á los cuales añade los trenos, los trenos por exelencia, de Jeremías, el plañidero sagrado. En estos el profeta parece verse sentado sobre una de las colinas desde donde se mira el panorama de Jerusalén destruida, cuyos habitantes han sido llevados cautivos á Babilonia. Ante esa ciudad en ruinas, ante ese templo saqueado, ante esa reina pisoteada; Jeremías canta, y su cantar es la más sentida elegía; Jeremías llora, y su llanto es un desahogo en el que brotan en tropel los sentimientos confundidos de la patria avergonzada y de la religión perseguida.

La ruina de Jerusalén cantada por Jeremías no fue sino como esbozo de lo que vendría á la ciudad ingrata si llegaba á verificar el deicidio sobre Cristo; como en realidad se verificó con la destrucción total que las huestes

de los romanos, bajo Tito y Vespasiano, ejecutaron después del crimen del Calvario. En la destrucción llorada por Jeremías, la ciudad perdió su esplendor y riqueza, su dignidad y magnificencia; pero al menos conservó su nombre. En la destrucción que siguió á la muerte de Jesús, con sus muros, fue derribada su gloria, su porvenir hasta su nombre desapareció; los romanos le llamaron *Aelia capitolina* ¡y? No tenemos hoy la ocasión de recordar lo que fue el saqueo, la humillación, el incendio, la prostitución de esa ciudad Reina de las naciones ¡ A los setenta años de la destrucción cantada por el profeta de los trenos, surge de nuevo la ciudad, y la gloria de su nuevo templo supera á la gloria del edificado por Salomón! Han transcurrido veinte siglos; y ¿ dónde está la gloria y el templo de la dominadora del mundo?

Jesucristo muy poco antes de su Pasión había también él, como Jeremías, llorado sobre la ciudad; y había concluído exhortando á su amada patria á que se contuviera en la pendiente por la que iba rodando hasta el nefando deicidio: ¡Jerusalén, Jerusalén, le decía, conviértete al Señor tu Dios!

Pues bien, la Iglesia reuniendo como en un haz los salmos del dolor sumo y los trenos de la desolación máxima forma el primer acto, si á sí podemos llamar, de este cántico funeral, el primer nocturno del oficio de tinieblas: ¡el dolor por la Pasión; lo enorme de este crimen!

¡ Ah!, queridos cristianos, si os fuera dado acompañar á la Iglesia, y seguir sus palabras, y posesionaros de sus sentimientos! . . . ¡El canto de las lamentaciones! . . . ¡Qué melodía aquella!, ¡ay! qué melodía tan devota la de ese llanto en música, en música que talvez la iniciaron los mismos israelitas como canción elegiaca sobre las ruinas de sus hogares! ¡Qué belleza la de esas acrósticas estrofas, señaladas por las letras hebreas, cuando cantadas en la lírica melodía del canto llano, parecen ayes brotados de las ruinas y llevados en alas del viento desolador, sobre los muros, al través del llano, á la colina, á la mon-

taña, á la ciudad vecina, al cielo! Y oír cómo esta Jerusalén eterna parece responder, con acentos de conmiseración á su homónima de la tierra: ¡Jerusalén, Jerusalén, conviértete al Señor tu Dios!

Ah! no son estériles los lirismos de la Iglesia: después del recuerdo, después de la queja y del llanto, viene la gran lección, y esta lección la oímos patética cada año, repetida una, otra y otra vez, al concluirse cada una de las tres lecciones en que se cantan los lúgubres trenos: ¡el pecado causó la muerte del Salvador! ¡La destrucción de su cuerpo, sus humillaciones etc. fueron la verdadera ruina del Templo de Jerusalén; pues que se convierta el pecador para resarcir tamaña destrucción!

Podía empero tanto dolor, tanta tristeza, tanta humillación de Cristo causar hondo abatimiento en los cristianos sus discípulos. Este fué el peligro al que sucumbieron los mismos apóstoles. Todos padeceréis escándalo por mí: los había dicho Jesús; y en realidad fugaron, en realidad hasta lo negó el más esforzado al parecer. Para cotrarrestar este sentimiento la Iglesia santa apela al arbitrio de enseñarnos cómo esa que á los ojos del mundo es humillación, es exaltación á la vista de Dios, y dispone para ello que los salmos y las lecciones que en séguida se cantan, sin dejar de ser lúgubres, sean elevaciones sublimes donde se ve el valor de la tribulación, su fuerza redentora, el auxilio que Dios da á los que le imploran en la desgracia, y los frutos que la persecución á Cristo y sus discípulos han producido en favor de la Iglesia de Dios. Los salmos 71, 72 y 73 están llenos de estos consoladores conceptos, lo mismo que las lecciones de S. Agustín que los siguen, los completan y explican: esto constituyen el 2º acto, el nocturno segundo de este oficio.

Pero no bastan los consuelos transitorios y los resultados temporales: requiérese una sanción proporcionada

contra los que han descargado sobre Jesús su furor. A esta sanción refiérense los salmos de David que componen el tercer Nocturno: la ira de Dios sobre los perseguidores de su hijo [Ps. 74]; las victorias de éste, en virtud de las cuales se selló la paz eterna con Sión [Ps 75]; el recuento de las maravillas que el Señor opera para indemnizar de sus sufrimientos á los suyos [Ps. 76].

Completan este nocturno las lecciones con que San Pablo enseñó á los de Corintio á usar debidamente de la S. Eucaristía. Es este último rasgo del oficio un memento imprescindible, y oportunísimo sobre el misterio del Jueves Santo: la institución del Santísimo Sacramento. Con este toque de profunda ternura; con el testamento de amor; con el memorial de las finezas de Cristo; con una mirada á la pasión y muerte mística, concluyen los Maitines del Jueves Santo, llamado la *Feria quinta de la Cena del Señor*.

De análoga manera están confeccionados los maitines del Viernes y Sábado Santo. (2) Los primeros dedicados á cantar y llorar la muerte de Cristo en Cruz; los segundos, la sepultura de su sagrado cuerpo y el descenso de su alma divina al Seno de Abraham.

De un solo detalle de estos últimos, no me resigno á dejar privada vuestra piedad, ya que no nos es dado ir considerando paso á paso cuanto estos oficios encierran de edificante. El Sábado Santo, en vez de las lamentaciones de los otros días, se completa el primer nocturno con la Oración que Jeremías dirigió al Señor cuando vió conducir al pueblo de Israel al cautiverio. ¡Nada más expresivo que esta explosión de desconsuelo! ¡Qué cuadros de desolación los que se pintan ahí para que el Señor se apiade de su pueblo! Pero no era ¡ay!, el destierro

[2] Desde el siglo VIII, como hemos dicho anteriormente, no se usaba el rito de apagar las velas, sino para los maitines del Sábado Santo, y el uso del candelero triangular, uso franco, no se introdujo en Roma sino después de 830.

Batífol. Historia del Brev. Rom. p. 112.

del pueblo la causa verdadera del profundo pesar del profeta: él veía ya, desde entonces, que mil veces más desolada quedaría Jerusalén el día en que en ella moriría el Salvador de Israel; y así la Iglesia interpela á la ciudad deicida, antes de entonar la Oración de Jeremías, con estas patéticas expresiones: “*¡ Levántate Jerusalén, despójate de tus vestiduras de gozo; cúbrete de ceniza y cilicio. Porque se ha visto morir dentro de tus muros al Salvador de Israel. Deja correr tus lágrimas como un torrente de día y de noche; no des reposo á tu pupila, llora y llora sin cesar. Porque en tu propio seno se ha dado muerte al Salvador !*”.



No me detendré tampoco en analizar la última parte de las tinieblas, llamada *laudes*, por no ser posible reducir á los límites de una simple conferencia cuanto ellos encierran durante este solemne triduo. Empero á donde sí me habéis de acompañar con la consideración es al cántico final de esta hora canónica. Como de costumbre, los laudes de este triduo terminan con el Cántico de Zacarías llamado el *Benedictus*, hermoso por mil conceptos; pero más que de ordinario en esta vez hermosísimo en su conclusión por el sublime contraste entre lo que expresan sus palabras, todas referentes á Cristo, y lo que vemos pasa en el templo mientras se las canta: “*Nos visitó el divino Oriente que se eleva á lo alto de los cielos para alumbrar á los que están sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte, y dirigir nuestros pasos en la vía de la salvación.*” (3)



¿ Qué ocurre mientras tanto en el templo ? Desde el primer salmo de los maitines, en vez de terminar como de ordinario con el festivo *Gloria Patri*, á la conclusión de aquellos se han ido extinguiendo uno á uno

(3) Luc. I — 12.

los cirios del candelabro triangular; de manera que al llegar al Benedictus no subsisten encendidos sino el del vértice del triángulo y los seis del altar. Con los últimos versos de este cántico van apagándose sucesivamente las luces del altar, así que, ¡ved qué contraste!, mientras aludiendo á Cristo se entona el último verso y se menta al Oriente que está en alto alumbrando á los que yacen en tinieblas no queda en el templo todo más que una luz, y ésta la representativa de Cristo.

¡De Cristo!, carísimos fieles, que es la luz verdadera que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo! (4) Pero estamos conmemorando el eclipse de esa luz en la Pasión y muerte; estamos viéndolo hecho varón de dolores y leproso; (5) no es hombre siquiera, es un gusano de la tierra; (6) estamos considerando el abandono de los suyos: esto quiere decir la extinción de los cirios, hasta de los del altar. Llega pues el momento en que también esa luz se oculta, desaparece: por esto se toma el cirio del ápice del candelabro y se la lleva al altar, y ahí, en ese altar figura de la roca del calvario donde se sacrificó Cristo, se oculta esa luz, de tal manera que desaparece de las miradas todas, y el templo queda en absolutas, totales tinieblas!



Entonces, y solo entonces, cuando la oscuridad ha invadido todo, cuando el santuario ha perdido su brillo, cuando el luto es completo, con las negruras del más insondable abismo; el coro entona en funestísima melodía: *¡Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem!*, Cristo ha llevado por nosotros su obediencia hasta la muerte! ¡Qué lastimero suspiro; y sobre lastimero, qué terrible!; por nosotros, sí: hecho obediente hasta la muerte; ¡no hay mayor caridad que dar la vida por los suyos!; ah!, pero así mismo ¡hay crueldad mayor que

[4] Jonn. I — 5.
[5] Isai. LIII — 3.
[5] Ibid. — 2.

poner la causa para que un amigo nuestro vaya hasta la muerte por nuestra causa?

Y esta sentidísima expresión queda como tema ó estrivillo que se repite desde entonces al terminar las horas canónicas todas de este triduo; añadiendo en el oficio del Viernes santo, á las antedichas palabras la expresión: *¡y muerte de Cruz!*, para acentuar lo que en ese día de manera especial se mira en el misterio de la Redención; y á todas estas palabras, añádese en los oficios del Sábado Santo, este nuevo consolador concepto: *por lo cual Dios lo ha exaltado y le dió un nombre que está sobre todo nombre*".

Sumidos en la profunda oscuridad que reina aún en el templo, oscuridad física por la ausencia de toda luz, y oscuridad moral por las horripilantes expresiones que acaban de proferirse en prolongada lentísima entonación; la Iglesia quiere aprovecharse de esta impresión causada por la mezcla del amor sumo de Cristo y de nuestra osada ingratitud para fomentar en nosotros los sentimientos tan saludables de contricción: ¡el mejor, el más apetecido fruto que en nuestras almas ha de producir la Pasión y muerte del Señor! Por esto ahí, en medio de las tinieblas, entónase el Salmo de la contricción, el Miserere, y se lo recita, más bien que cantarlo, en són bajo y pausado, propio para inocular en las almas los profundos sentimientos de que estuvo poseído al pronunciar por primera vez el Rey penitente.

¡Qué majestuosos instantes aquellos en las Iglesias católicas: ¡la oscuridad y la contricción! En muchas partes durante este Miserere, los fieles se disciplinan, como expresión de sincera penitencia.

Mientras los acentos de la recitación continúan exhaltando las sublimes palabras de penitencia, la luz del vértice del triángulo se oculta, como ocultó estuvo la de la



divinidad en el Calvario, como estuvo tres días oculta la persona de Cristo durante su sepultura! Concluye el salmo y, como en señal de desfallecimiento ante dolor tanto, en voz baja se reza la oración final en la que se pide al Señor que mire sobre la familia de cristianos que acaba de conmemorar su Pasión, puesto que por ella se entregó Cristo.

Desde el versículo "Christus factus est" etc. que ha dado la nota dominante de la liturgia de estos días las voces han descendido: el salmo es recitado en media voz, la oración apenas es rezada, y su conclusión, en secreto. El dolor, ha ido agotando las fuerzas, la voz muere ahogada en la garganta de la Iglesia, viuda, huérfana. ¡Entonces, á la completa oscuridad se une el silencio profundo!!



Mas en este instante se hace un estrepitoso ruido en el santuario, del santuario se difunde el fragor por el templo todo; y hé aquí que vuelve á brillar la luz que estaba oculta en el altar, se la presenta, se la coloca un rato sobre el ara santa. Sí, es la misma que momentos antes lucía en la cúspide del triángulo: no ha padecido mengua su claridad. Ocultóse, pero no se extinguió; nuestros ojos no gozaron de su luz, pero ésta no dejó de brillar. Hermoso símbolo de la divinidad de Jesucristo: ocultóse, el mundo dejó de ser iluminado por él; pero vino el fragor del terremoto el rato de su resurrección, y la luz indefectible volvió á aparecer. ¡No, no! no se extinguió la divinidad; ocultóse; al ocultarse, el mundo padeció tinieblas, no ella.

De la misma manera pasa en el alma con el pecado: oscuridad horripilante es éste. ¡Qué grato es volver á ser iluminados por la gracia! ¡Que se alumbren, cristianos, nuestros corazones, en estos días de salud!; ¡que no tornemos á las tinieblas del pecado; por éste, solo por el pecado; solo por redimirnos del pecado: *Cristo llevó su obediencia hasta la muerte, y ¡muerte de Cruz!*

QUINTA CONFERENCIA

EL JUEVES SANTO

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN: Objeto de la liturgia de este gran día y ojeada histórica sobre la misma. EXPOSICIÓN. I La Misa. Solicitud maternal con que se presenta la Iglesia en la festividad de hoy; aspecto general de esta. — “El gloria”; significado del silencio de las campanas. — La comunión del clero y fieles en esta ocasión. II El Monumento. — su doble significado. Motivos de visitarlo. Traslación del Smo. del altar al Sepulcro. III Despojo de los altares. — detalles de esta ceremonia; significado de la misma. — Suspensión del Sacrificio: reflexiones. CONCLUSIÓN. Una costumbre de Roma: pasaje evangélico.

Hijos míos, amadísimos en Cristo:

El Jueves Santo es un gran día en la Iglesia católica. Su principal objetivo es conmemorar la institución del Santísimo Sacramento, y, como histórica, lógica y teológicamente considerando, á este estupendo misterio cortejan mil otros hechos, dogmas, recuerdos y ceremonias; resulta que la liturgia de este día sea de las más fecundas del año eclesiástico en enseñanzas y en estímulos para la virtud.

Para tratar del Jueves Santo con toda la amplitud que reclaman sus múltiples ritos, y la profundidad de los misterios en él conmemorados no nos bastarían varias conferencias, siquiera fuesen estas de considerable extensión; vamos empero á limitar la materia tratando en la presente, de las ceremonias de este día, que están en uso actualmente en la generalidad de las Iglesias del mundo,

dejando para otra conferencia las que solo se practican en las catedrales ó iglesias mayores.

La celebración de la Cena del Señor en su recuerdo, aniversario, la pompa litúrgica de este día, diremos; constituye una de aquellas solemnidades que se han fundado por sí mismas.

Imposible era que la Iglesia no recordara llena de santa emoción de aquellas escenas en que el Señor mostró amarla hasta el extremo (1) y de las cuales El mismo dijo: siempre que las repitiereis, hacedlo en memoria mía. (2)

¿Cómo dudar siquiera de que la naciente Iglesia al congregarse en la oración y en la fracción del pan (3), según se llamó al santo sacrificio en tiempo de los apóstoles; al ir reproduciendo las más grandes acciones de su divino fundador, no se esmeraría en acumular pompa y en ostentar entusiasmo cuando ocurrieron el primero, el segundo, el tercer aniversario de este acontecimiento magno? El modo cómo de este asunto nos hablan las divinas letras, y los recuerdos que la Historia y la Arqueología han consagrado á los primeros *ágapes* cristianos; convencen de que el memorial de la Pasión de Cristo jamás se repetía con mayor empeño que en los días aniversarios de su institución.

Fuera de Roma, en Africa, el siglo IV ya habían desaparecido los primitivos *ágapes*, era empero tanto el empeño de conservar la tradición de celebrar este día los divinos misterios en conformidad con la primera Cena eucarística, que consta ser la única vez en el año, que en gracia de los fieles débiles de salud, llegó á permitirse que comulgaran sin estar ayunos; pues quísose á todo trance mantener la práctica de que la comunión de este

(1) Joann. XIII. 1.

(2) Canon Missae.

(3) Act. Apost. I. 14.

día, fuese en las horas vespertinas, como la primera que repartió el Señor. (4) Más tarde, con el anhelo de que no omitieran por ningún pretexto la comunión en este gran día, y en el empeño de facilitarla á todos, se añadió una misa matutina, á fin de que en ella comulgaran los que no podían estarse en ayunas hasta la solemne función de la tarde, que siempre se conservó como la principal, como el rito oficial de este día. (5)

En Jerusalén encontramos otros, bien que análogos ritos, según nos lo refiere el año 385 la peregrina Silvia, de que ya os he hablado. Aquí se hallaban establecidos por ese tiempo tres solemnes actos de culto el día de la Cena del Señor: el matinal, el vespertino, y el serótino ó nocturno. En el *matinal*, que empezaba al primer canto del gallo, se cantaban salmos, se leían pasajes del antiguo testamento y se recitaban oraciones, todo dirigido á prepararse á la gran solemnidad: era sustancialmente un oficio de Maitines y Laudes, las primitivas *Tinieblas*, de que hemos hablado en la pasada conferencia. El *vesper-tino* era el más solemne, era en el que propiamente se representaba la Cena dominica. Como ésta, el acto se verificaba en las horas postmeridianas. Reuníase devotamente el pueblo entre las dos de la tarde en la Basílica llamada *ad Martyrium* y duraba la función hasta las cuatro más ó menos de la tarde. (6) Salía la gente á tomar en sus casas alguna colación, pues hasta este momento permanecía en ayunas para comulgar, como el Señor y los Apóstoles, por la tarde; y á las siete de la noche volvían los fieles á reunirse en la Basílica de Santa Úrsula en el Olivete, cerca del huerto de Getsemani. Era en-

[4] El Concilio de Cartago, el año 397, dió esta canon c. XXII: "Ut sacramenta altaris non nisi a jejuniis hominibus celebrentur, excepto uno die Anniversario quo Cena Domini celebratur".

(5) S. Agustín escribiendo ad Jannar. dice: "Debiendo hoy celebrarse la comunión post canam, se ha establecido una función especial para los que se ven precisados á tomar esta cena por la mañana esto es para los que no ayunan. Epis. 118.

(6) "Octava autem hora, [2. p. m.] juxta consuetudinem ad Martyrium colliget se omnis populus: propterea autem temporius qua coeteris diebus, quia citius missa [la despedida] fieri necesse est. Itaque ergo, collecto omni populo aguntur quae agenda sunt; fit ipso die oblatio ad Martyrium et factur missa hora forsitam decima [4. p. m.]" Peregr. Silvia. Duchesno.

REPUBLICA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

tonces el oficio *nocturno*, con el cual primero en ese lugar, y luego yendo en procesión hacia el sitio de la Oración del huerto y al del prendimiento de Jesús y á los demás lugares donde empezó la Pasión, pasaban la noche en rezos, súplicas y pláticas piadosas, hasta el amanecer del día viernes. Confundíase, pues, este oficio con el matutino siguiente; esto es, con el oficio nocturno del día de Parasceves ó Viernes Santo.

En Roma, á mediados del IV siglo, ya se habían establecido variados ritos en la solemnidad de la Feria V de la Cena del Señor. Para llenar debidamente los planes de la Iglesia, (7) se introdujo este día la *reconciliación* de los penitentes, con ritos múltiples y solemnes; se practicaba la *abjuración* de las heregías; costumbres que vemos caer en desuso hacia fines del siglo VIII. Pero desde el VII, ya observamos la introducción en la liturgia de este día, de la consagración de los santos óleos y del lavatorio de pies.

Parece que para satisfacer á estos distintos objetos, se introdujo en aquellos tiempos la práctica de celebrar aún tres misas en este día: una para verificar la reconciliación de los penitentes, otra para la consagración de los óleos santos, y la tercera contraída á conmemorar la institución eucarística. (8) Desde el siglo IX encontramos unificada la función matutina de este día: una sola Misa solemnísimá, y en ella ciertos vestigios de las otras prácticas antiguas, y en las Catedrales, la solemne consagración de óleos. (9)

Lo que hoy practica la Iglesia, según la liturgia ro-

(7) Conferencia 1ª pg. 2. Observación primera.

(8) Casi todos los liturgistas están conformes en decir que fue práctica litúrgica la de las tres misas de hoy: Dom. Guéranger. *Passion et Semaine Santa.*— le Jeudi.— Cabrol, la Priero Antiquo. Meyenberg, *Practica del Pulpito* N.º 303. b. *Gnapari Tractatus de Eucaristia I.* Con todo, hay quienes sostienen que estas prácticas no fueron sinérgicas, sino de tiempos distintos; modificaciones de los usos y aspectos de la liturgia; pero que la misa no fue diferente.

(9) En la misa actual del Jueves Santo se encuentran las huellas tan solo de esos diferentes cultos. La oración es dirigida á la reconciliación de los penitentes: en ella se hace reminiscencia de la distinta suerte que corrieron en la Pasión, el ladrón penitente y el renegado Judas. La Epístola, que es la de S. Pablo á los Co-

mana, fue lo practicado desde aquel tiempo, casi sin variaciones. Vamos pues á considerarlo, examinando los tres actos de la función matutina: la Misa conmemorativa de la Cena última del Señor; la procesión al monumento; y la desnudación de los altares.

Si en otro lugar hemos visto á la Iglesia cual reina de vestidura recamada, llena de cortesana majestad; (10) en esta solemnidad se nos presenta como madre afectuosísima, con todo el cariño, el ingenioso afecto, la ternura obsequiosa de una opulenta madre. Va ésta á conmemorar con un festín, el último que celebró Jesucristo antes de padecer y de morir. ¡Banquete de despedida!: ha de tener esplendor, riqueza, derroche de viandas y licores, como muestra del afecto que lo inspira; pero ha de tener también tristeza oculta, lágrimas tragadas, inmensa amargura disimulada; pues se trata de despedida, y nada menos que para la muerte: ¡no volveré á tomar de este sumo de la vid, antes que me separe de vosotros! (11)

¡Qué reunión de sentimientos!: una fiesta!, un regocijo grande!, una satisfacción inmensa!, el logro de los deseos de toda la vida! Pero, ¿cuándo? Cuando la traición está á las puertas; cuando la Pasión tiene extendidas sus garras; cuando la muerte lo tiene aprehendido irremisiblemente! ¡Oh! qué contraste, hijos míos! Y así, llena de contrastes es la liturgia de la Misa de este día: esplendor festivo, por la Institución de la Sagrada Eucaristía; y duelo disimulado, por la proximidad de la Pasión del Salvador!

En efecto: las horas menores del oficio divino se las recita ocultamente, en voz baja y con las fórmulas de duelo adoptadas desde las tinieblas; en el altar, las imágenes permanecen veladas, el Crucifijo mismo oculto, aunque en esta función no ya con velo oscuro, sino, como en la S. Eucaristía, tras un blanco cendal; hay flores, pe-

rincios, hace recuerdo de la institución del Stmo. Sacramento con sus detalles. El Evangelio, es el relato del lavatorio de los pies.

[10] Conferencia III.

[11] Math. XXVI — 29.

ro en breve callan las campanas; los ornamentos son blancos, pero los instrumentos músicos deben suprimirse.

Es en realidad un sublime cuadro lleno de luz y sombras esta Misa. Empieza con el esplendor de las más grandes solemnidades, y muy pronto, al entonar el Sacerdote "*Gloria in Exelsis*", con inusitado alborozo resueñan las campanillas en el altar; la música festiva hace explosiones de armonía en el órgano; las Campanas todas echadas á vuelo, estremecen los campanarios todos é hinchen la atmósfera de mundos de sonidos. ¡Los aires se conmueven por unos momentos; y luego todo enmudece!; succédese el silencio absoluto!

Nada anuncia ya fuera del templo que el sacrificio continúa. Entre el regocijo del festín, se ha inoculado el virus de la traición. Las campanas callan: son imagen de los Apóstoles que hacen oír la voz de Dios por el mundo todo; pues, como callaron los Apóstoles durante la Pasión de Cristo, así enmudecen ellas; son la festiva lengua de la Iglesia, pues ésta, embargada por las encontradas emociones del dolor y del gozo, queda reducida á majestuoso silencio: ¡silencio único en el año!; ¡silencio que durará mientras no se vuelva á encontrar á Jesucristo resarcido ya de las injurias de que ha sido víctima! Al elevar el sacerdote este día de la Eucaristía divina, el cuerpo adorable, la sangre redentora; no son ya saludadas las sagradas especies por los festivos y melodiosos metales: el ronco traqueteo de la carraca sacude la atención de los circunstantes dentro del templo, llenándoles de uno como frío sobrecogimiento ¡hay cierto estupor en los elementos! El sacerdote celebrante acaba de decir: "*la víspera de su Pasión, es decir, HOY (12) tomó el Señor el pan en sus benditas manos, lo bendijo, lo dió á sus discípulos diciéndoles: ESTE ES MI CUERPO!* ¿Cabía más expresivo homenaje ante tan patético recuerdo? ¡El silencio!

[12] Canon de la Misa de la Feria Fin Coena Domini.

El Jueves Santo es día de la comunión. Según la tradición apostólica, antes de recibir el pueblo el pan eucarístico, el diácono trasmítele, tomando del altar, la paz; dála al subdiácono, y éste la reparte entre los fieles. ¡Ah! el ósculo de paz!; pero hoy, el ósculo suscita un recuerdo protervo; ¿quién ha de pensar en ósculo de paz delante de Cristo este día, sin que se le venga á las mientes el traditor beso del discípulo sacrilego? ¡Un día como hoy; el ósculo fue señal de felonía! ¡Hoy se cometió el primer sacrilegio, y se lo disfrazó con un beso! En detestación de este ósculo: *¿con un beso entregas al Hijo del hombre?* (13); en este día, se lo omite completamente en la Misa.

En recuerdo empero de que en este día se unificó el sacrificio, quedando abolidos los de la antigua ley; en conmemoración de que Cristo, al unificar el sacrificio y hacerse El víctima y sacerdote juntamente, quiso darse El con sus propias manos á todos y á cada uno de sus discípulos (14); en representación de que con la Cena deseada, y con el sacrificio incruento, se creó esa noche el nuevo sacerdocio: el Jueves Santo no hay en cada iglesia sino una sola misa, y en esa sola misa comulgan clero y fieles. ¡Qué raro y qué sublime!: hoy van los presbíteros á comulgar, revestidos de su blanca estola. ¡Hoy todos al festín de la madre!; nadie se reserve para banquetear á solas: es el día de la gran Cena. ¡Nunca tanto como el Jueves Santo es la S. Eucaristía lazo de caritativa unión! La comunión del clero es un recuerdo bellísimo de la comunión primera que hubo en el mundo. Ah! sí: esto no debía faltar el día en que se conmemora el banquete final de Jesús con sus discípulos. ¡Oh! no, El mismo quiso que se la conmemorara así, puesto que solemnizó su pascua con la magnífica alocución sacerdo-

[13] Luc. XXII — 48.

[14] S. Congr. Rit. 22 Diciembre, 177. N.º 2487. S. Math. XXVI — 28.

tal que dirigió á sus Apóstoles (15); y luego, con la admirable escena de lavarles los pies [16].

Para que no pasase desapercibido entre el banquete de este día, aquel último episodio de la Cena, la Iglesia quiere que se acerquen á comulgar, después del clero, los mendigos que recibirán el baño de los pies más tarde. Y en fin quiere además, que el pueblo comulgue en la misma misa. En todos los lugares, en todos los tiempos, donde se ha conservado la liturgia católica; la comunión del Jueves Santo ha sido acto de importancia suma.

* * *

Pero es tiempo de que consideremos otra circunstancia de la solemnidad de hoy. El sacerdote ha consagrado dos grandes hostias: una para consumirla en la misa de hoy, y otra para conservarla para el día de mañana, en el cual, como se suspende el sacrificio, debe consumirse Cristo, en representación de su muerte y sepultura. Hacia el fin de la misa, prepárase una procesión para conducir á Jesús sacramentado á una capilla ó altar lateral, llamado el *sepulcro ó monumento*.

El sacerdote celebrante coloca la sagrada hostia restante en un caliz. El caliz como se lo denomina al consagrarlo, es el *sepulcro nuevo* (17). Cubrésele con la pala, que por su material, de lino, representa el sudario en que fue envuelto el cuerpo del Señor, y por su forma, cuadrada, la piedra que cerró el monumento; y sobre esta, invertida se pone la patena, representativa en este caso del sello con que los fariseos aseguraron la puerta del Sepulcro. Y todo esto se envuelve en un velo de seda, al cual se lo ciñe con una faja ó cinta para asegurar debidamente su contenido, por los movimientos que experimenta durante las ceremonias que siguen.

* * *

El monumento del Jueves Santo, esa capilla ador-

(15) Joan. XIII — 16 et seq.

(16) Joan. XIII — 3.

(17) Benedicto XIV en su sacrificio Mís. L. I. C. 4 confirma este significado del

nada de flores, luces y tapetes de fiesta está destinado á recibir en este gran día del Santísimo Sacramento al divino Jesús, que deja su altar y el trono de sus gloriosas exposiciones. ¿Qué representa esa capilla tan respetada, tan visitada, tan adornada? ¿Porqué entre tanto duelo de la semana santa, se reserva la Iglesia católica ese lugar de fulgente gloria?

Dos significados le reconocen los liturgistas al monumento del Jueves Santo: es un lugar de honor que recuerda el Cenáculo donde se instituyó el Santísimo Sacramento; y es el sepúlcrulo de Cristo, en cuanto depósito de su divinidad, su sepulcro glorioso. (18)

¿Qué sitio tan lleno de misterios!: allá se traslada la Iglesia con sus galas; allá afluyen los fieles con sus adoraciones. ¡Ahí los recuerdos al memorial de las maravillas del Señor; ahí mismo las huellas de su anonadamiento supremo! ¿Qué analogías tan estrechas, en efecto, existen entre el cenáculo y el sepulcro! ¿No se sepultó en ambos la divinidad? ¿No destellan ambos las luces de la grandeza del Dios hombre? ¿uno y otro no son monumentos de su amor? En el sepúlcrulo del huerto ocultó su sagrado cuerpo por tres días, en el del tabernáculo, lo oculta siempre; pero en uno y otro puede esculpirse la frase "*sepulchrum ejus gloriosum*"! (19) En el primero, su cuerpo, de pasible se convierte en glorificado; en el segundo, de glorificado que es, se presenta inerte: ambos empero son propiciatorio de su omnipotencia amorosa.

De aquí que la Iglesia no tolera que en los monumentos de este día haya luto, ni emblemas del dolor; no quiere que allí haya otras imágenes, que las de los ángeles adoradores, para no distraer la atención de los fieles, que debe estar absorta delante del Sacramento Augusto.

¡Cuán puesta en razón es por tanto la práctica de

Caliz, y así los rubricistas de nota, como Durando I o 8.

(18) Así lo declaró la misma S. Congr. de Ritos N^o 3939. — El 15 de Diciembre de 1806.

(19) Ieni. XI — 10.

visitar á Jesús Sacramentado durante el tiempo que resiste El en los monumentos! Ya que no fue dado á todos la dicha de asistir á la instituci3n de la Sagrada Eucaristía; ya que no todos pudimos concurrir á la Cena primera; ya que fueron poquísimos los elegidos para presenciaraquella escena estupenda en la que el Señor nos amó hasta el fin: su pueblo elegido é invitado, acuda al menos á verlo en su sepulcro; concorra á estos otros cenáculos donde está el que honró al cenáculo de Jerusalén. Cuantos hemos tenido la fortuna de ser agraciados por la efusi3n de amor y de gracias que se inició en el Cenáculo, vamos á verlo en su monumento; vamos á esa visita expiatoria, que es protesta contra los abandonos que experimentó en la Pasión. Hoy más que nunca pide adoradores el santo tabernáculo: sus luces, sus flores, sus adornos clamando están á voces por almas, espíritus, corazones: ¿qué significaría aquellos sin estos?

Los autores místicos encuentran un significado especial á esta visita de los monumentos del Jueves Santo: dicen que esto recuerda los viajes á que obligaron á Jesucristo en su Pasión: de uno á otro tribunal; de un juez á otro. Las calles de Jerusalén lo vieron recorrer, angustiado, befiado; recibieron las gotas de su sudor y de su sangre; presenciaron el sacrílego ir y venir á que le sometieron sus enemigos. Convenientísimo era pues, que el pueblo fiel, le desagraciara por estos irrisorios viajes, y protestara con su piedad contra el desacato con que fue tratado el Maestro: ¡ah! si todos pudiéramos acudir hoy donde Jesús sacramentado; y á todos los lugares donde lo está! Muchos amigos tiene Cristo en la fracci3n del pan, dice la Imitaci3n de Cristo, y qué pocos seguidores de su Pasión; muchos comen su pan, poquísimos beben el vino de sus sufrimientos!

Aquí empero me asalta la consideraci3n de los pobres monumentos de las iglesias del campo. ¡ay! esa pobreza extrema!; ¡ay! qué abandono aquel! Pero, no, no: almas hay en todas partes, y las almas son para Jesús lo que las piedras preciosas para los ricos:

mientras más preciosas, menos oro requieren para ser estimadas. Sin riquezas, sin profusión de luces, ni abundancia de adornos, en los campos tiene Jesús sacrametado, almas, y limpiísimas, más fervorosas muchas veces que las de las ciudades; de corazón más caliente que los fanales del rico templo urbano, de más fragantes virtudes que los ramilletes que en lujoso búcaro rodean el monumento de las catedrales. ¡Oh!; creédmelo: más se complace el Señor de los monumentos con corazones devotos que con muchos y elegantes visitantes disipados!



Al terminarse la gran Misa, el sacerdote conduce el Cuerpo del Señor, así encerrado en el caliz, en medio del más grande esplendor de una procesión, bajo blanco palio y cortejado por el clero y fieles, desde el altar mayor, al del monumento. Ahí, se le tributan al Señor las adoraciones acostumbradas con la incensación; el diácono coloca el Santísimo en la urna sepulcral, cuya llave debe conservarla el sacerdote oficiante, y no otra persona alguna; y el cortejo vuelve en silencio al coro para recitar las Vísperas.

¡El Señor ha abandonado el altar, por única vez en el año; pues lo ordinario es tenerlo en el altar principal! Simboliza esto la salida de Jesucristo después de la Cena; al monte Olivete, y los viajes que con escarnio le hicieron hacer en las primeras horas de la Pasión. El altar queda abandonado, como dejó Cristo á Jerusalén su ciudad, sola, para iniciar la Pasión y después durante su sepultura.

En conformidad con este significado, apenas se concluye el rezo de las Vísperas, procédese á la significativa ceremonia de desnudar los altares. Esta ceremonia la ejecuta el celebrante acompañado de los diáconos, revestidos tan solo de estola morada sobre el alba, y con asistencia de todo el clero que ha intervenido en las anteriores funciones. Se van quitando los manteles, antependios, candeleros y flores del altar, luego sus tapetes y demás

adornos. Lo que se hace en el altar mayor se extiende á los demás altares y capillas. Al tabernáculo donde suele conservarse el Santísimo Sacramento, se lo abre dejándole sus puertas completamente entornadas y sus cortinillas descorridas, puesto que si han de conservarse formas consagradas para los enfermos, como en las iglesias parroquiales, el pixis que las contiene debe haberse depositado en la misma urna del monumento. Apáganse las lámparas, así las que arden ordinariamente delante del Santísimo, como todas las demás de la Iglesia. El agua bendita de las piletas se ha retirado también. ¡ El templo queda desnudo, frío, desmantelado!

Los ministros del Altísimo ejecutan el acto de desnudar los altares después de recitar la Antífona: "*Se han dividido mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes*" (20), á la cual sigue el coro en alternada recitación con el Salmo XXI que habla de los anonadamientos más profundos de la Pasión de Cristo. Las palabras están en este caso interpretando los hechos: como el altar figura á Cristo, y el templo es representación de su cuerpo adorable; el desnudar los altares es un recuerdo de la desnudación osada con que injuriaron al Señor en su Pasión. Varias veces le quitaron el ropaje: para azotarle ante Pilatos, para escarnecerle ante Herodes, para ostentarle ante el pueblo, y por fin para crucificarlo. Si los profetas hablaron como de cosa presente de este balcón, la Iglesia no lo olvida, y repitiendo las profecías, desnuda el altar. ¡ Única vez en el año!: los templos católicos después de la función del Jueves Santo están clamando que la abominación de la desolación está en el lugar Santo!

Esta ceremonia tiene otro aspecto todavía: indica que desde hoy queda suspendido el sacrificio: los días siguientes, hasta la resurrección, no debe haber misas; esos destartados altares lo están indicando. En recuerdo del

(20) Ps. XXI. v. 1.

gran sacrificio cruento del Viernes Santo; para manifestar la emoción profunda de que está poseída la esposa de Cristo al conmemorar su Pasión y muerte; como continuación de la práctica primitiva de los apóstoles, que probablemente no ofrecieron el sacrificio eucarístico en los días de la muerte y sepultura del Señor; en consonancia con la doctrina teológica que enseña que si un sacerdote hubiera consagrado durante el triduo en que Cristo Señor nuestro estuvo muerto, en las Sagradas especies se hubiera también reproducido su cuerpo muerto, es decir, el divino cadáver separado del ánima divina: desde los tiempos apostólicos no se ha permitido el sacrificio incruento después de la misa solemne del Jueves Santo. No queremos decir con esto último que si ahora un sacerdote consagrara la materia eucarística, durante el triduo sacro de la Semana Mayor, en las sagradas especies se pusieran el cuerpo y el alma de Cristo separados, no: hoy está ya Jesucristo glorioso en el cielo, y glorioso se traslada siempre al divino Sacramento; sino que en mira de la muerte de aquellos tres días, y como recuerdo de aquel estado de disolución, la Iglesia santa ha establecido que no se consagre, que no se conmemore con el sacrificio incruento, el cruento del Calvario, y esto hasta la aurora del Domingo, bien que hoy por anticipación se ha introducido la misa excepcional, única, del Sábado Santo, de la que trataremos en otro lugar.

¡Se han levantado los manteles de la mesa eucarística: el hogar está en duelo! La comunión misma de los fieles no será permitida, sino como viático á los enfermos, hasta la misa del Sábado Santo. ¡El pan de las fruiciones no se repartirá en el huérfano hogar; el vino de las alegrías no será escanciado mientras dure la ausencia del padre queridísimo! *¡Cómo se ha oscurecido el oro del templo y se ha mudado su color óptimo! ¡Dispersas ¡ay! están las piedras del santuario por los ángulos de las plazas! Aquellos que comían con regalo han pereci-*

do de hambre! Los párvulos piden pan, y no hay quien se lo reparta! (21)

En Roma, en las principales Basílicas, y en la de S. Pedro con mayor concurrencia que en las demás, después de desnudar los altares, el clero todo, empezando por los altos dignatarios, cardenales, obispos, canónigos, hasta los últimos acólitos, con sendos hisopos de hiervas aromáticas, lavan el altar principal con aguas igualmente perfumadas. Esta costumbre antiquísima y que se conserva todavía aún en algunos rituales de las familias religiosas, es uno como homenaje póstumo al cadáver de Cristo. Así lo enjugaron, así lo embalsamaron y perfumaron antes de sepultarlo! ¡ Ah! la Iglesia ¿no había de desempeñarse como solícita esposa el día en que se la representa como viuda?

A Jesucristo, poco antes de su muerte, le prepararon una cena en casa de Simón el leproso. Estando, pues, á la mesa María tomó una libra de nardo líquido muy precioso, y ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos, y quebrando el vaso de alabastro, lo derramó sobre la cabeza del Salvador, que estaba recostado, quedando así llena la casa del olor del unguento.

Dijo entonces uno de los discípulos, Judas Izcariote, que era quien lo debía entregar: ¿ á qué fin se ha echado á perdér este unguento?, ¿ porqué no se ha vendido en trescientos denarios y se han repartido á los pobres? Y también los discípulos se indignaron y haciendo eco al avaro, decían: para qué este desperdicio?, y refunfuñaban contra esa piadosa mujer. Viendo esto Jesús les dice: no aflijáis á esa pobre, dejadla; lo hace para el día de mi sepultura; no la miréis mal, porque ha hecho conmigo una buena obra. Pobres tenéis todos los días, podéis socorrerles cuando quisiereis, pero á mí no

me tendréis siempre. Ella sí ha hecho cuanto ha podido; porque al hacer esto se ha anticipado á ungir mi cuerpo para el día de la sepultura. ¡ En verdad os digo que dondequiera que fuere publicada esta noticia por todo el mundo, se le contará á ella en bien, en memoria de lo que acaba de hacer.

Hoy, católicos, se ha verificado esta cena; á ella se ha seguido este embalsamamiento del cuerpo de Cristo. La Iglesia es esta mujer cariñosa y piadosísima; que después de la Cena eucarística, lava, unge, embalsama reverente el Cuerpo del Señor, para su sepultura: no la reprendáis; dejadla, á despecho de lo que digan los impíos para quienes es desperdicio tributar grandes honores al cuerpo divino del Señor. Este evangelio se está predicando ya en todo el mundo: se alaba, se imita á esta mujer, y la casa toda de la Iglesia universal se aromatiza con el perfumoso unguento.

Para percibir mejor este aroma y aquilatar mejor lo rico de este óleo, que vale más de trescientos denarios, y que veinte siglos hace viene perfumando toda la casa del Señor, os invito á la Conferencia siguiente.



SEXTA CONFERENCIA

EL JUEVES SANTO EN LAS CATEDRALES

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.— La parábola del Samaritano, realizada con Cristo en la última Cena.— Aplicación á las unciones santas.

EXPOSICIÓN: I DÍA DE LA RENOVACION DE LOS SANTOS OLEOS. Ceremonia peculiar de las Catedrales.— Exclusiva del Papa en los primeros tiempos.— Cómo se la hacía en Roma: la gerarquía de aquel tiempo. Cómo se la ejecuta hoy en las Catedrales: huellas de la primitiva disciplina.— Preparativos: Consagración del Oleo de enfermos: lecciones que esto dá al cristiano; reflexiones.— Solemnes y pomposos ornenores de la consagración del Crisma y del Oleo de catecúmenos: la conducción, insuflación, exorcismo, forma de consagración, Salutations. Lección de su sublimidad: precauciones para manejar los S S. óleos.

II EL LAVATORIO DE PIES: escena evangélica, id apostólica, id eclesiástica; su introducción en la liturgia. Porqué son trece los mendigos.— Sus túnicas. Lecciones que este acto deja sobre la S. Eucaristía y que resumen la liturgia de este día.

Carísimos oyentes:

La parábola del Samaritano, en la que Jesucristo se pintó á sí mismo bajo la forma de aquel compasivo viajero de Samaria, parece que de manera clarísima tuvo su realización la noche de la última Cena, el perdurable Jueves Santo celebrado en el Cenáculo (1).

Un hombre había bajado de Jerusalén á Jericó: este hombre era Adán, el hombre por exelencia, el padre y cabeza del linaje humano; bajó de las manos de Dios, á este mundo, Jericó de espigas. Pero en el viaje, cayó

(1) Luc. X — 25 — 37.

en manos de ladrones: el pecado y el demonio, que le asaltaron emboscados; que lo despojaron de todo, de la gracia original, de la ciencia, de la rectitud, del derecho á la gloria; y lo maltrataron hasta dejarlo medio muerto, hiriéndole en la cabeza, con la ignorancia y el error, en el corazón, con la concupiscencia; dejáronlo así tendido en el camino, con las maldiciones sobre él y toda su descendencia. Pasaron junto á él, un levita y un sacerdote: junto á la humanidad herida pasaron la ley antigua, la patriarcal y la mosaica; viéronlo y pasaron de largo: no rehabilitaron la hombre. Hasta que acertó á pasar un forastero, aquel que por nosotros los hombres, y por nuestra salud descendió del cielo (2) y que hecho hombre emprendió el camino de nuestra mortalidad, Jesucristo nuestro Señor; encontró éste al despojado, y al verlo, tocado de compasión, acercósele, en esa efusiva plática que le hizo en el cenáculo, donde le llamó amigo, le franqueó su corazón, le ligó las heridas, con los lazos suavísimos de la caridad y compasión; y las curó empapándolas con vino y óleo, con el vino de la Eucaristía que fortifica y alegra, con el aceite de las unciones sacramentales, que en esa misma ocasión estableció; é imponiéndole sobre su jumento, la Humanidad sacratísima de Cristo que hoy se abatió hasta ponerse á los pies de los apóstoles, hasta cargarse con los pecados de la humanidad entera; lo llevó á un mesón, á su Iglesia cuyas columnas estaban ahí, á la vista en los doce apóstoles, cuyas puertas se abrieron esta noche y cuyas llaves le confió á S. Pedro; y el día siguiente, después de la Resurrección, sacando dos monedas, la palabra divina y los sacramentos; dijo al hospedero, á la gerarquía católica á quien ha sido confiada la humanidad en su viaje hacia la eternidad: cuida, le dijo, del enfermo, cuando yo vuelva del seno del Padre, á donde iré en breve, y no me veréis (3); cuando yo vuelva

[2] Símbolo niceno.

[3] Joann. XVI — 16.



en esta misma carne mortal, y me volváis á ver (4), *os abonaré todo*, hasta el último cuadrante de cuanto por la humanidad enferma hubiéseis hecho; cuando torne á juzgar al mundo, medicinas y vestido, albergue y cuidados que á este diéreis, como dados á mí los tendré y como á bendecidos de mi Padre os trataré (5).

Ya lo veis, amadísimos fieles; no solo mediante vino, sino también con aceite, curó el divino Samaritano las llagas de la humanidad.

Juntamente con el alimento con que se repara y el vino con que se refocila el espíritu, el médico piadoso vertió á torrentes el aceite que reblandece las escoriaciones del alma.

No solo es, pues, día del Santísimo Sacramento el Jueves Santo, es día de las Sagradas unciones; diré mejor: es día de los Sacramentos todos. ; Y qué divinamente dispuesto resulta el que así lo sea! la S. Eucaristía es el centro de los demás sacramentos, ella los completa; de aquí que el mismo día en que ésta se instituyó, fundose el sacerdocio católico, que los administra.

Por esto hoy, además de conmemorar la institución del Sacramento del altar, este vino fortificante; la Santa Liturgia renueva los óleos, este aceite santificador: los óleos con que se consagran los sacerdotes y obispos, que confieren todos los sacramentos; los óleos con que se unge al bautizado, se vigoriza al confirmado, se conforta al enfermo para la final jornada. ; Gran día, Señores, es este: día del gran Sacramento; día del sacerdocio, día del óleo santificador!

Vamos á ver cómo consagra la Iglesia los santos óleos para que penetremos su eficacia en los Sacramentos: "las unciones de la ley antigua, dice S. Juan Crisóstomo, "eran figurativas, pero no tenían virtud sanadora; por- "que la enfermedad del paciente era mortal y aquellas "unciones superficiales. Ungían la carne, cuando la herida era en la mente; por lo cual no curaban. . . . Para

[4] Joan. VII — 33.

(5) Math. XXV — 34.

“ que uno atine á confeccionar unguento curativo de esas
 “ dolencias, necesario era que emplee unciones espiritua-
 “ les con virtud vivificadora: y este fue Cristo Nuestro
 “ Señor. Pues poniendo en contacto nuestra mortalidad
 “ con la Vida, El, que es vida, murió y así se confeccio-
 “ nó esta droga que sabe resucitar muertos: de la muerte
 “ de Cristo saean los sacramentos la eficacia suficiente pa-
 “ ra vivificar”. [6]

La consagración de los SS. óleos solo se verifica en las catedrales; es una función exclusivamente episcopal, que se ejecuta con toda la amplitud, pompa y majestad pontificales. Tiempos hubo en que este acto de consagrar los SS. óleos estuvo reservado al Papa; solo él lo verificaba en Roma, entre los siglos octavo y nono (7). ¿Cómo lo verificaba el Romano Pontífice? Es importante saberlo; pues las varias complicaciones que hoy presenta esta grandiosa ceremonia, tienen cabal explicación y dan con su razón de ser, en la manera cómo el Papa de Roma lo ejecutaba.

Acudía el Pontífice este día á la Basílica de S. Juan de Letrán, Catedral de Roma y cabeza y madre de todas las iglesias del mundo; acompañábanle los *presbíteros titulares*, ó sea los sacerdotes encargados de las iglesias ó *títulos* en que estaba dividida la ciudad, á modo de circunscripciones parroquiales, cuyo número no siempre ha sido el mismo (8). A la cabeza de estos el Arquipresbítero, dirigía á los otros y asistía al Pontífice inmediatamente. De otra parte, había los siete diáconos, encargados de las otras tantas diaconías en que se hallaba dividida Roma para los ministerios de la caridad y beneficencia

[6] Buenaventura in Proem. ad 4 sent.

(7) Según los Cánones de Hipólito, en los tres primeros siglos, y acaso hasta el IV, la consagración del óleo lo ejecutaba el Obispo al tiempo de administrar el bautismo. Duchesne. Origines. pg. 112.

(8) Al principiar el siglo IV habla en Roma veinte y cinco iglesias presbiterales. El Liber Pontificalis hablando del Papa Marcelo (309) dice: “Viginti quinque titulos in orbe constituit quasi Diocesis”.

(9). Estos venían con su Jefe el Arquidiácono (arcediano como ministros subalternos á servir en los menesteres de la consagración del santo aceite. Bajo su jurisdicción tenían á los subdiáconos para ejecutar las órdenes superiores con mayor expedición; y los clérigos inferiores, acólitos, ostiarios, lectores y exorcistas iban desempeñando, conforme á sus cargos, los menesteres que ocurrían.

Entre los oficios divinos de este día, y cuando ya Nuestro Señor Jesucristo estaba presente en el altar, después de la consagración, antes de Pater noster, el Pontífice procedía á bendecir el Oleo de los enfermos. Los fieles, acaso por cada familia, llevaban de su cuenta el aceite de olivos. Los diáconos recorrían la Iglesia recogiendo en ánforas que eran colocadas en el altar pontificio; los vasitos restantes eran situados en la balaustrada del comulgatorio, con que se divide el santuario, del cuerpo de la Iglesia, y llegado el momento indicado, ahí delante de Jesús sacramentado el Papa bendecía el óleo contenido en los recipientes del altar, y encargaba á los obispos, presentes que hicieran otro tanto con los del *podium* ó balaustrada.

La consagración de los dos otros óleos, el Crisma santo y el de catecúmenos, se la reservaba para sí exclusivamente el Pontífice, y excepto la mezcla del bálsamo con el aceite, que entonces se la hacía antes de la función litúrgica, las oraciones eran las mismas de hoy,

Llamábase esta misa pontificia, la misa crismal.

Los óleos así consagrados distribuíanse entre las iglesias presbiterales de Roma, y de estas al mundo entero (10): de las manos del Pontífice destilaba el medicinal licor, se difundía por la de los presbíteros hasta ungió el cuerpo de los fieles: *sicut unguentum in capite quod descendit in barbam, barbam Aaron quod descendit in oram vestimenti ejus* [11].

(9) El Papa Faviano [236-250] fue quien dividió la ciudad de Roma en siete regiones [diaconías] para el reparto de limosnas y cuidado de pobres y enfermos.

(10) Ordo. Rom. Sti Amandi— Duchesne.

[11] Ps. CXXXII— 2.

Hoy, como hemos dicho, esta suntuosa ceremonia se ejecuta por los obispos en las catedrales, con abundante concurrencia de clero, con lujo de paramentos, con profusión de utensilios pontificales; pero con las mismas formas litúrgicas de la antigüedad.

Comparemos lo que hoy se practica con lo someramente expuesto. Grandioso es el aspecto de una Catedral en este día: deniás del Cuerpo capitular revestido de pontifical, como en las funciones papales, dispónense doce presbíteros con ornamentos sacerdotales, continuadores de los presbíteros titulares; concurren siete diáconos, como en Roma, y como en ella, siete subdiáconos con sus respectivas dalmáticas y tunicelas. El arcediano del Coro sirve inmediatamente al Pontífice, en recuerdo de los arqui-diáconos romanos.

La Misa se ejecuta con toda la pompa pontifical añadida á la que por sí reviste la de este día (12), y una vez que Jesucristo está presente en el altar, delante de El, que preside la obra santificadora: *unguentarius faciet pigmenta suavitatis et unctiones conficiet sanctitatis* (13). Va á proceder el Pontífice á operar esta sublime elevación de los elementos. El aceite, que por su naturaleza suaviza, cura, fortalece y preserva los cuerpos, va á ser elevado para que produzca en el orden sobrenatural estos mismos efectos, y así antes de decir el celebrante las palabras: "*Por quien todo bien ha sido creado*" (14), desciende reverentemente del altar y en espléndido cortejo se dirige al lugar de la consagración.

El Arcediano pide el Oleo de enfermos. Un subdiácono lo conduce con manifestaciones de gran veneración: entre cirios encendidos, en ánfora de plata, cubierta de conopéo morado, tomada reverentemente con paño humeral.

[12] Confor. V. pg. 49.

[13] Ecol. XXXVIII — 7.

[14] Canon de la Misa — después de la Consagración.

Antes de santificar la materia de la extrema-unción el Pontífice pronuncia un solemne exorcismo, impetrando del Señor que dé á este aceite virtud para fortalecer el templo de Dios vivo. ¡Templo de Dios que sois vosotros! [15] diré con el Apóstol: qué destino el de aquel óleo: corrobora á los gladiadores en el último certamen de la vida!

Junto al coliseo en Roma había una fuente que brotaba tibio aceite, (*meta sudans*) en la cual iban á empaparse los gladiadores para lubricar sus miembros antes de las peleas. ¡Esa ánfora del Oleo de enfermos es la *meta sudans*, para la gran lidia de los cristianos en su última jornada. ¡Ah quién nos diera que no nos falte en el postrer combate este auxilio! ¡Se ha enfermado alguno entre vosotros?: pregunta el Apóstol Santiago; pues conduzcan á los presbíteros al lecho del enfermo, que oren sobre él, que le unjan con el óleo de salvación. Cristo curaba ungiendo á los enfermos (16). Cristo divino Samaritano, nos legó esta lenticula del divino medicamento.

Cuanta razón tiene la Iglesia de emplear ceremonias tan augustas, oraciones tan hermosas, para confaccionar el aceite santificador. ¡Quién prepara perfumes, él mismo empieza por ser perfumado: así la S. liturgia despidе aromas de unción en estos actos! Al presenciarlos, cuántas reflexiones deben embargarnos: ¡oh! caridad la del médico divino!; ¡qué feliz hospedaje dá la Iglesia á los caminantes del camino de la vida! ¡No servirá este óleo, el de este año, el que hoy se renueva, para mí, para mi última enfermedad? ¡Ah; con qué precauciones, con que estima me está preparando mi Madre la Iglesia, el medicamento en todo caso eficaz: *unguentarius faciet pigmenta suavitatis et unctionis conficiet sanctitatis!*

Los óleos de catecúmenos y el santo Crisma se con-

[15] I. Cor. III — 17.

[16] Marc. VI — 13.

sagran con un aparato muy superior: se los conduce desde el sagrario ó sacristía mediante una procesión, en la que intervienen los presbíteros, los diáconos, subdiáconos y el clero menor; tráenlos los diáconos reverentemente; la cruz y los cirios les abren el camino; el incienso bendecido para el efecto por el Obispo, embalsama la vía; y realza el desfile, como en las grandes procesiones, el canto del épico himno del Obispo de Poitiers Venancio Fortunato, del siglo VI: ¡*Oh Redentor, dignate aceptar los cánticos de este festivo Coro!*

Sus valientes estrofas van como preparando los espíritus para el solemne acto que se está verificando: *¡Oh Juez de cuantos ya murieron, única esperanza de los que aún viven; oye la voz de quienes avanzan llevando en triunfo el rico sumo de la oliva, símbolo de la paz.*

Lo ha producido un árbol fertilísimo; lo ha fecundado el rutilante sol: os lo viene á ofrecer humildemente este devoto cortejo.

Un Pontífice decorado os lo dedica, ahí en pie, frente al altar propiciatorio: he aquí esta su unual ofrenda.

¡Rey de la Patria eterna!; dignaos bendecir este aceite, símbolo de vida, instrumento de segura victoria contra el enemigo.

Pues que la unción del Crisma Santo, es suficiente para reparar la dignidad decaída del hombre y la mujer.

Que si la fuente bautismal quita la mancha, la unción sagrada infunde los carismas divinos.

¡Oh vos venido del Eterno Padre! ¡Oh vos nacido de la Virgen pura: mantened vuestra luz; poned en fuga á la muerte para la unción de cuantos un mismo Crisma ha refundido.

¡Este día, esta fiesta sean perennes; manténganse entre nosotros, perdurables; alabados, santificados, sean estos cultos; que jamás sufran mengua estos festejos!

Con tan pomposo himno llega el desfile delante del Pontífice: un subdiácono trae reverentemente una re-

domilla de bálsamo fragantísimo de la India que perfumará el S.^o Crisma; dos diáconos, con humerales, depositan las ánforas ante el altar de la consagración y el arcediano los presenta al Pontífice consagrante, quien empieza por bendecir el bálsamo mezclándolo en una patena con algo del óleo.

Para este acto y para los que van á venir, rodea al Obispo consagrante el alto clero de la Catedral: los canónicos dignidades, formando una corona, deben presenciar, dice el Pontifical, como *testigos*, como *ministros cooperadores*; y los diáconos y subdiáconos, han de ocupar la circunvalación externa, como *ministros inspectores*. Se trata, como la veis de un acto de importancia máxima: el Obispo con la suma de sus poderes, con su potestad suprema de orden, no se basta; requiérense cooperadores, auxiliares, inspectores. ¡ Ah! qué acción del culto tan grave!

Viene entonces una rara y significativa ceremonia: el Obispo primero y luego los doce sacerdotes acércanse con suma reverencia al ánfora crismal y la insuflan con su aliento: tres veces aspiran sobre el óleo en forma de cruz. Como el Crisma será la materia de la confirmación, de las órdenes sagradas, de las unciones santificantes; va á recibir sobre sí la virtud del Espíritu Santo, quien se ha manifestado en forma de soplo vehemente, de brisa fecundante; de aquí que se inicie su consagración con este soplo procedente de las personas consagradas.

Asume entonces el Pontífice todo la grandiosidad de su carácter: exorciza á la materia que va ha ser consagrada, en términos vehementes, para alejar de ella cuanto de infecto pudiera tener por el influjo de los espíritus del mal, y entona luego uno de aquellos prefacios que datan de los primeros tiempos, con alusiones al antiguo testamento, y con intensos afectos al Dios santificador de los elementos. ¡ Qué gratitud para con Dios que entre los árboles fructíferos creó el olivo que diera el tan simbólico aceite!; ¡ qué analogías entre la oliva de la Paloma en el diluvic y la del aceite del agua bautismal que salva

del diluvio de pecados!; ¡qué oportunos recuerdos los de la consagración sacerdotal de Aarón, ungido por su hermano Moisés!; ¡qué elevación de conceptos los provocados por el recuerdo del bautismo del Señor en el Jordán, á donde descendió el Espíritu Santo para declarar á Jesucristo Hijo de las complacencias!

Con estos considerandos, implóranse las bendiciones del Señor y luego el Obispo, mezclando el bálsamo con el óleo del ánfora, pronuncia la solemne fórmula con que queda santificado y santificador el aceite.

Aquí, como si se sobrecogiera el mismo consagrante ante la magnitud de lo que acaba de verificar; como si quedara empequeñecido por la grandeza del elemento que tiene ya delante de sí; como si sintiera que el aceite se anima, bulle, se agita, que la fuerza vivificadora se pone en acción de santificar; como si ese elemento antes insensible empezara ya á luchar contra el mal: cae el Prelado reverente y cual si viera un personaje superior ante sí, saludalo: "*¡Salve, ¡oh! Crisma santo!*" y lo repite alzando más y más la voz, por segunda y tercera vez. ¡No se saluda así sino á lo muy grande!; pues bien, el Obispo queda empequeñecido, y hácelo con reverencia, con anonadamiento, como el vasallo; como el esclavo, con su Señor. Este ejemplo siguen los sacerdotes circunstantes; como ministros cooperadores, ellos también se maravillan de su obra y la aclaman repetidamente: *¡Salve ¡oh! Crisma santo!*

De manera análoga verificase en seguida la consagración del santo Oleo de catecúmenos, con el que se unge á los bautizados y algunos de los utensilios de la Iglesia. No canso pues vuestra atención: el origen, la forma y la majestad de este acto están probando su importancia.

Al són de las últimas estrofas del himno antes mencionado, se conduce de nuevo á la sacristía los óleos recién consagrados.

El Pontífice debe antes de concluir la Misa pontifical amonestar al clero y fieles de la reverencia con que ha de

ser tratado el óleo santo. Y en efecto: la Iglesia quiere que se lo conserve en lugar de honor, en un tabernáculo muy decente, en el Santuario; prohíbe que lo conduzcan quienes no son ministros sagrados; no tolera que los toques ninguna mano profana; ordena que el algodón con que se enjuga en la administración de los sacramentos, sea quemado, y arrojadas sus cenizas en el consumidor del altar; dispone, que cuanto del santo óleo restare del año anterior arda en las lámparas del santuario; y toma severísimas medidas para evitar que elemento tan santo sea empleado en usos para los que no ha sido confeccionado. ¡Oh! qué sacrílego sería el servirse del santo óleo para curaciones superticiosas! ¡Ah! qué nefanda profanación el emplearlo en usos profanos!

* * *

“Levantóse Jesús de la Cena, quitóse su ropa, y tomando una toalla, ciñóse. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó á lavar los pies de los discípulos y á limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido” (16).

Así cuenta San Juan el evangelista la escena que siguió, á la Cena legal, y que precedió, se entremezcló con la Institución del Santísimo Sacramento. Oyelo la Iglesia en el Canto del Evangelio de esta gran solemnidad; oye cómo el Salvador continúa diciendo: *“ejemplo os he dado, para que vosotros hagáis lo que yo he hecho, que si yo, siendo Señor y Maestro lavo á mis discípulos los pies, vosotros lo debéis hacer entre vosotros”*, y habiéndolo oído no ha podido por menos que mantener esta práctica, que la ejecuta en este mismo día, entre los oficios vespertinos.

Ni cómo la había de omitir. Por las epístolas de S. Pablo sabemos que desde los primitivos tiempos, apenas fundada la Iglesia, fue laudable práctica lavar los pies de los fieles (17). En los tiempos de las persecuciones, duran-

(16) Joan XIII — 1. et seq.

(17) I Tim. V — 10.

te los siete primeros siglos, las Actas de los mártires, las Homilias de los SS. Padres, hacen mención frecuente de esta práctica. Después, los santos, mientras más encumbrados en dignidad, como los reyes, el piadoso Roberto, el humilde Luis de Francia; las reinas Margarita de Escocia, Isabel de Ungría; los pontífices Gregorio Magno y los siguientes: todos han rendido este testimonio á la humildad de Cristo: si El Maestro y Señor lo hizo, ¿no lo harán quienes por El adquirieron reinos y poder?

Desde el siglo VII ya se ve esta tradicional práctica, que hasta entonces solo se ejecutaba como litúrgica en las Galias, introducida con honor en la liturgia Romana, y consignada en las pontificales para que el Papa, los obispos, los prelados, cuantos están constituidos en suma dignidad, la ejerzan con los pobres. El Sumo Pontífice lo ejecuta con sacerdotes ancianos y pobres de distintas naciones; los Obispos, con pobres mendigos, los más indigentes del lugar; los Superiores religiosos, con sus súbditos inferiores; hasta hace poco, reyes, príncipes, grandes señores, convocaban á los pobres, les lavaban los pies y los hacían sentar á su mesa.

Nuestras catedrales dan este edificante espectáculo en la tarde del Jueves Santo. Acto es este sumamente conmovedor: la enjoyada mitra, ese morrión de suprema dignidad pontificia, pónese á los pies de los pobres; estos mismos pies reciben ósculos pontificios: joyas, dinero y flores, á las plantas del pobre: ¡toda dignidad sea abatida en recuerdo de los abatimientos de Cristo!

No necesita de comentario este acto, es evidentemente una repetición de lo que en igual día hizo el Señor. Se pregunta ¿por qué se ha establecido sean trece los que reciben este lavatorio? Y tiene este particular varias explicaciones ó respuestas. Liturgistas hay que explican esta práctica de la manera siguiente: la primitiva iglesia quiso honrar el recuerdo de los apóstoles que la fundaron, y como, después de la deserción de Judas, fue reemplazado este por San Matías, y entró además en el apostolado activo S. Pablo, Apóstol por excelencia; hizo-

se necesario poner trece, porque de trece pudo decir la Iglesia primitiva "Bienaventurados los pies que anunciaron el evangelio de paz y reconciliación". Otros ven esta circunstancia explicada por el caso que ocurrió con el Papa S. Gregorio Magno. Solía este Pontífice convidar á su mesa, para recordar la de la última cena, á doce mendigos, á los cuales lavaba también los pies; pero sucedió un día que Jesucristo en persona se introdujo entre esos pobres, y el Pontífice encontróse, al tiempo del lavatorio, con que eran trece sus huéspedes. En recuerdo de esto, y desde aquel tiempo, parece que la Iglesia introdujo este número entre los que reciben tan solemne ablución.

Tanto en recuerdo del vestido apostólico, como por la alusión á la túnica nupcial de los convidados á la gran cena (18); el ceremonial manda que los mendigos representantes de los apóstoles concurren revestidos de túnicas blancas y ceñidos en la cintura. Porque, carísimos fieles, dejando para el predicador que entre esta ceremonia suele explicar los sentidos místicos, el que exponga las lecciones de caridad y humildad que encierra esta patética escena; evidente es, que una de sus principales lecciones se dirige á inculcar la limpieza suma, la pureza grande con que hay que acercarse á la mesa eucarística.

Es hoy el día de la Eucaristía; pruébese el hombre que á ella se acerca (19), revístese de la blanca immaculada túnica de la gracia; lave las mínimas manchas: el que ya está limpio, no necesitaba sino enjugar sus pies [20].

¡Grande, sublime lección gráfica del modo cómo debemos prepararnos para la Santa comunión! ¡Ah!: el Jueves Santo hubiera quedado incompleto sin esta lección: ¡el lavatorio de los pies á los apóstoles resume en una todas las lecciones litúrgicas del gran día de la Eucaristía!

(18) *Mth.* 22 — 12.

(19) *I. Cor.* 11 — 28.

(20) *Joan* 13 — 12.

SEPTIMA CONFERENCIA

EL VIERNES SANTO

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.— La Cena legal: circunstancias en que la celebró Cristo la última vez. Hechos que se sucedieron desde ésta hasta su muerte y sepultura.

EXPOSICIÓN: Consideraciones generales sobre el espíritu del culto de hoy.— 1.^a parte del oficio: Postración; las lecturas de la pasión: origen litúrgico.— 2.^a parte: Deprecaciones, su alcance.— 3.^a parte: La adoración de la Santa Cruz: origen, descripción del modo como se la hace; sus significados; los improperios.— 4.^a parte: La MISA PRAESANTIFICATORUM. No hay sacrificio. Traslado del Cuerpo de Cristo, del monumento al altar. Ceremonias con que se consume.

CONCLUSIÓN: ¡somos causantes de la muerte de Cristo!

Amadísimos Cristianos:

Nuestro divino maestro Jesucristo, que no vino á derogar la Ley, sino á cumplirla (1), dispúsose para celebrar la última Pascua de su vida, no solo con nimia atención por cumplir las ritualidades de la festividad, sino que hizo preparar minuciosa y anticipadamente cuanto se requería para celebrarla esta vez hasta con pompa y esplendor inusitados: *¡con gran deseo he querido celebrar esta Pascua con vosotros, antes de entregarme á la Pasión!* (2)

Aquel año, el día catorce del mes de Nisán, día en el que correspondía celebrar la Pascua, por ser el aniversario de la salida del Pueblo hebreo de la cautividad de

[1] Math. V — 17.

[2] Luc. XXII — 15.

Egipto; este año de la muerte de Nuestro Señor, decimos, el día inicial de la Pascua ocurrió en Jueves (3). Lo establecido era que empezase el día ritual á la caída del Sol; y como la Pascua era en la luna próxima al equinoccio de primavera, el día ritual daba comienzo á las seis de la tarde, y se extendía hasta iguales horas del siguiente. La festividad pascual duraba siete días; pero el primero de ellos era cuando se debía inmolarse el cordero pascual (4) y á este solían vulgarmente llamar, el día de los ázimos, porque desde él había que tomar el pan sin levadura, ó el día de la Pascua, como el principal de esta festividad (5). En el propio día legal se inmoló, pues, por nosotros Cristo (6) verdadero Cordero de Dios que quita los pecados del mundo: ¡Cristo fue nuestra víctima pascual! [7] ¡Cumplió la ley y la substituyó con la realidad, con el sacrificio mil veces más valioso que el de la pascua judía [8].

Pero, de otra parte, el Viernes, llamábase entonces, día de preparación ó *Parasceves*, á causa de que, siendo víspera del Sábado, en el que se debía descansar, todos los preparativos necesarios para el reposo del siguiente día, había que hacerlos la víspera. Nunca empero el Sábado era más augusto que el día Sábado de la semana de pascua; en relación á lo cual, ningún *Parasceves*, era más atendido que el que precedía al gran Sábado de pascua. De aquí que el evangelista S. Juan hablándonos del día

[3] Según algunos autores, equinoccio aquel Jueves al 2 de Abril, y el Viernes el 3, de nuestro Calendario. Baquet y Vigouroux. *Manuel Biblique*. 3. Pero Mayemberg en su *Práctica del Púlpito*, cita varios y connotados autores de cuyo cómputo resulta que Viernes Santo en el que murió Cristo fue el 7 de Abril del año 783 de Roma.

Vigouroux en la Biblia poliglota, cuyo último tomo acaba de ver la luz, también acepta ya el 7 de Abril como día de aquella Pascua.

(4) Vigouroux et Bacuez op. cit. *Derniere Ceno*.

(5) I Cor. — 7.

(6) Véase acerca del día fijo en que celebró Cristo su Pascua. J. A. Van-Steenkiste, *Comentario de S. Mateo*, pg. 1075.

(7) Joan 10. 21.

(8) El Papa Silvestro [335] prescribió llamar *ferias 1^a 2^a &c.*, hasta 6^a los días de la Semana, Sábado [del hebreo *Schabbat*, descanso] el séptimo, para no seguir con la nomenclatura pagana que da á los días nombres de los astros. En lo civil se ha conservado esta, pero en lo litúrgico subsiste el nombre de *ferias*, y Domingo, el día del Señor.

en que murió nuestro divino Redentor dice: *era el Parasceves víspera del Sábado, y comb el Sábado aquel era grande para los judíos, pidieron á Pilatos que se bajase de la cruz los cuerpos de los ajusticiados* [9]. Y de aquí, por último, el que se denomine al Viernes Santo, la *Feia VI en Parasceves* [10].

Antes de proceder á la explicación de la liturgia de hoy, creemos conveniente presentaros un cuadro compendiado de los hechos que se verificaron el gran día de nuestra Redención. Esto no sólo por la importancia que tienen en sí, sino también porque á estos hechos, tomados en conjunto, vistos dentro de un solo marco, se refieren las acciones piadosísimas del culto del Viernes Santo.

Desde la Cena con la que empezó el Jueves, el día de la gran Pascua, ved qué sucesión de hechos, qué atropellamiento de escenas divinas: 1º Al caer de la tarde el divino Maestro toma la Cena legal con los suyos [11].

2º Después de la primera refección [12], levántase y lava en persona los pies de los discípulos [13], á lo cual sigue una explicación por él mismo dada, en ternísimos términos, del acto que venía de practicar, concluyendo con la indicación amarga de que entre esos discípulos á los que acaba de honrar, está el traidor [14]. Por lo cual los discípulos conturbados se ponen á indagar quién lo será [15]; y el Señor con gran caridad, lo declara, primero á Juan, á solas, y luego al mismo Judas, quien en este momento salió probablemente del Cenáculo [16].

3º Descubre Cristo nuestro bien en seguida á los Apóstoles la proximidad de su Pasión, y, habiéndose sus-

[9] Math. 26, 15 — 20. Marc. 14 — 12 — 16. Luc. 22 — 7. 13.

[10] Luc. *ibid* 15 — 18.

[11] Joan 13. 3 — 11.

[12] Math. 26 — 21. Marc. 14 — 18 Joan 13 - 12 - 20

[13] Math - *ibid* - 22 - Marc - *ibid* - 19 - Luc - 22 - 21 - 23

[14] Luc - *cit*, et Joan - *ibid* - 21 - 26 - Math - *ibid* - 25

[15] Luc - 22 - 31 - 34 - Joan 14 - 1 - 31

[16] Math - 26 - 26 - 20 - Marc - 14 - 22 - 25 - Luc - 22 - 19 - 20

citado entre ellos la disputa de cual sería el mayor, les exhorta á la humildad, previene á Pedro del peligro en que estaba de negarle, y, continuando la Cena, sostiene una plática con los Apóstoles Tomás, Felipe y Tadeo [17]

4º Concluída la Cena, el sacerdote eterno Cristo Jesús instituye la Santísima Eucaristía, de su cuerpo y sangre divinos bajo las especies del pan y vino [18], á cuya institución se sigue, una vez levantados de la mesa, una sublime y devotísima alocución y súplica por sus discípulos [19].

5º Dispónese la Víctima divina á salir, camino del sacrificio; cantan el himno de acción de gracias, y se pone en marcha con la comitiva, hacia el huerto de Getsemaní. Durante el trayecto vuelve á tratar del escándalo que en su persona van á experimentar los discípulos y de la negación de Pedro, y llegados al Huerto, sepárase de los apóstoles, queda solo con los tres Pedro, Juan y Satiago; y luego, arrancándose, aún de estos, se retira á orar, y ora por tres veces, y entra en agonía hasta sudar sangre y ser confortado por un ángel [20]. Estas escenas han ocupado el primer cuadrante de la noche, de 6 á 9.

6º Llega con la cohorte Judas, el traidor, á prender á su Maestro, y, con un beso, lo entrega. A la pregunta del divino preso: ¿ á quién buscáis ?; caen los aprehensores. Pedro pretende herir con la espada y cortar la oreja á Malco; los soldados empero se apoderan del Señor: con lo cual huyen los discípulos (21).

7º El Salvador es entonces conducido á donde Anás (21), luego donde Caifás (22). Síguenle aún Pedro y Juan, hasta el atrio [23]. Ahí recibe el mansísimo Jesús una bofeta de manos de un palaciego, es negado por tres veces por Pedro y burlado por los soldados de la

[17] Joan 15 - 1 - 17

[18] Math 26 - 36 - 46 - Marc 14 - 32 - 42 - Luc 22 - 39 - 46

[19] Loc cit Math - 50 54 - Marc - 46 - 47 - Luc - 49 - 50 - Joan 18 - 10 - 12

[20] Joan 18 - 13 - 14

[21] Math - loc - cit 57 - Marc - 52 - Luc - 54 - Joan - 24

[22] Luc - cit - Math - 38 - Joan - 15 - 16

[23] Luc - cit, versos siguientes

cohorte y por los siervos del palacio [24]. ¡Se ha pasado el segundo cuarto de la noche; de 9 á 12!

8º El Viernes, muy de madrugada el Señor es condenado por Caifás y el Sanhedrín, y enviado á donde Pilatos. Al saber lo cual Judas se desespera y ahorca [25]. El divino acusado, no responde nada ante Pilatos, quien no encuentra causa en él; pero lo remite á Herodes, con el pretexto de que, como galileo, cae bajo la jurisdicción de éste. Herodes, empero se burla de Cristo, y haciéndole poner una vestidura de irrisión, lo devuelve á Pilatos. Este juez por satisfacer al populacho hace flagelar, atándolo á una columna, coronar de espinas y escarnecer como á rey de burlas al pacientísimo Cordero de Dios; preséntalo al pueblo diciendo: "He ahí al hombre!", y, á pesar de no encontrar causa justificativa, lavándose él las manos, entrégalo al pueblo para que sea crucificado(26)

9º Entre las 11 de la mañana, sale Jesús Nazareno con su cruz, camino del Calvario: en el trayecto debe ayudarle un peregrino de Cyrene, llamado Simón [27]; unas piadosas mujeres, le siguen, lloran por él; dos ladrones le acompañan en la vía y para el suplicio; al llegar al Gólgota el sufrido ajusticiado rehusa el vino mirrado con que quieren confortarle [28]. ¡Ha llegado el medio día del Viernes Santo! Cuando yo sea exaltado en la Cruz, todo lo atraeré á mí (29): había dicho aquel sublime reo que á esta hora se recuesta en el madero para que le atraviesen pies y manos.

10º A las 12 del día es elevada en alto la Cruz redentora; los ladrones son crucificados, uno á la derecha y otro á la izquierda; es colocado en alto el título de la Cruz "*Jesús Nazareno Rey de los Judíos*", escrito en letras latinas, hebreas y griegas. El dulcísimo crucificado, pide perdón por sus enemigos, mientras los solda-

[24] Luc. cit, versos siguientes.

[25] Math. 27 - 3 - 10

[26] Luc. cit, of Joan - 19 - 6 - 16

[27] Math. I. c. - 32 - Marc 15 - 21

[28] Mat. 27 - 34 Marc - 22 - 23

[29] Joan 12 - 32



dos se reparten por sorteo sus vestiduras. Los ladrones blasfeman de él, y uno de ellos acaba por convertirse y recibe promesa del Paraíso. Junto á la cruz está María la Madre de Jesús, Juan y, á cierta distancia, algunas mujeres. El hijo de María recomienda á ésta ante el discípulo y viceversa. Poco después de las 12 densas tinieblas cubren la tierra y el calvario. Momentos antes de las tres, Jesús clama: *Dios mío, Dios mío; ¿porqué me has desamparado?*; palabra que excita aún á burlas de parte de los circunstantes; un rato después, dice: "*Sed tengo*" ¡ le dan vinagre; clama "*Consumatum est*, y dando una grande voz, espira! (30). ¡ Son las 3 de la tarde de aquel día, por el cual se dijo: todo el día he estado extendiendo mis brazos ante aquel pueblo que me persiguió y contradijo! (31)

11º A la muerte del hombre Dios se siguen grandes signos, tales que hacen exclamar al Centurión: "*¡ En realidad que este era Hijo de Dios!*, y lo mismo repiten las turbas y los testigos de Galilea, quienes descienden dándose golpes de pechos (32).

12º Como era la preparación al gran Sábado de Pascua, se apresuran á romper las piernas de los ajusticiados, viniendo empero al cadaver de Jesús, un soldado le abrió el costado con la lanza (33). José de Arimatea y Nicodemus piden á Pilatos el cuerpo del inocente ajusticiado; bájalo reverentemente, lo embalsaman con honor y lo colocan en un sepulcro nuevo. María Santísima, la desolada madre de Jesús presencia todo, María Magdalena y María Salomé miran silenciosas cuanto se hace. También otras piadosas mujeres contemplan y vanse á preparar aromas. ¡ El día de la Pascua se ha pasado!: óyense los últimos validos de los corderillos en el Vestíbulo del Templo. (34) ¡ Una

[30] Mat. 27 - 50 Marc. 15 - 37 Luc. 23 - 46 Joan 19 - 30

[31] Isai. 65 - 2

[32] Luc. 23 - 48

[33] Joan 19 - 31

[34] La ley ordenaba la degollación del cordero pascual el primer día de la pascua, el 14 de Nisán; con sus últimas horas terminaban los sacrificios. Vide Van Stenkiſten en S. Math. pag. 810, Q 619

gran piedra cierra el Sepulcro del Hombre Dios ! (35)

¡ Ah ! qué día!, ya veis; día fecundo en hechos; el día más nutrido de acontecimientos magnos ! ¡ Día sin igual: ningún otro día se le ha parecido, ni antes, ni después ! ¡ Día en que muere Dios, tras prolijo padecer ! Cada circunstancia de este día merecería culto y recuerdo perenne, y la muerte de Jesucristo necesitaría consideración, duelo, culto y adoración eternos, infinitos ! !

La Iglesia está sobrecojida. La liturgia va á conmemorar en globo los hechos de este negro día.

Obsérvase en los actos del culto de hoy uno como imponente desconcierto; una turbación solemne. Todo es hoy en los templos católicos entrecortado, rápido: diríase que no solo hay duelo, sino también; miedo. Es un dolor rayano en atonía. ¡ Qué funeral, ¡ Dios Santo !: como si se celebrase el de un general muerto en el campo de batalla, en el mismo campo en que ha caído, y entre el fragor aún no alejado de los combatientes.

La magestad del Viernes Santo, no es como la de los otros días, ni siquiera como las de los funerales por los hombres: es una magestad desnuda, sencilla.

En este entierro no hay cadaver; el templo entero lo es, y frío, y rígido, é imponente. Ah ! si; así debía ser: por un Dios difunto se debe llorar de diversa manera de lo que se llora por los hombres siquiera sean estos grandes ó queridísimos. ¡ Nada se parece al funeral de la Iglesia sobre su Esposo, autor, y maestro; como ninguna muerte se ha igualado á la de Jesucristo !

Es una gran solemnidad, y sinembargo el templo está desnudo, el pavimento sin un tapete; púlpito, ambores, atriles, sin cobertores; en el altar ningún adorno, ni un mantel, ni antependio ó frontal; la Cruz enlutada; sobre candelabros de madera, groseros cirios amarillentos, apagados. En las Catedrales, el Obispo, aún el propio, ha

dejado su trono y dosel: está como desterrado de su lugar y ocupa un desnudo y sencillo asiento al lado izquierdo. Hoy sí la Iglesia toma ornamentos negros, sencillos. Nadie convoca el pueblo, éste acude en silencio. No hay una lámpara ni antorcha encendida: ha desaparecido del Santuario cuánto tiene aspecto de fiesta; y en cambio el duelo más austero domina todo.

Los ministros del altar preséntanse con sus respectivos ornamentos y empiezan por caer silenciosamente contra el pavimento del santuario. No ha precedido, oración, introito, ni cántico alguno: la Iglesia no tiene palabras para expresar el dolor de que está poseída; al ver esa cruz, ese desnudo altar, esos cirios extintos, cae desplomada, pecho y frente por tierra: ¡ que postración! ante el plan de Dios, ante la omnímoda caridad del Redentor que se entregó á muerte de Cruz, toda rodilla se doble, toda frente caiga al polvo: en los cielos, en la tierra, en los infiernos!: ¡ esta es la postura de la *adoración*!

¡ Es también la postura del *asombro*!: ante la Cruz redentora, ¿ quién es capaz de comprender cuanta es la longitud, la latitud, la sublimidad y profundidad de la Caridad de Cristo? (36). . . . ¡ Es la postura de la *Caridad*! Si la sangre de un Dios se ha derramado hasta la tierra por amor al hombre; ¿ cómo el hombre no ha de humillarse hasta el polvo por amor á Dios? . . . Así amó Dios al hombre hasta darle su Unigénito (37), y si Cristo así te amó y se entregó por tí (38), también tú debes rendirte á discreción á Él!

Después del mudo homenaje con que acaba de derroscarse por tierra, como para alentarse, para que un rayo de esperanza sublime su ánimo decaído, la Iglesia empieza el oficio con dos lecciones, no sin razón llamadas la prehistoria de la Pasión: la una del profeta Osens (39) en la que se habla de la próxima vivificación de Jesucristo después de su muerte; y la otra (40) en la que refiriendo-

(36) Ephes. III — 18

(37) Joan. III — 16 — (38) Galat II - 20 — (39) Osee. cap. VI.

(40) Exod. XII. —

nos la institución de la pascua primera, se hace entrever la libertad obtenida mediante la degollación del *Cordero pascual*.

¡Estas lecciones no son sino preludeo: hoy se conmemora la Pasión en sí, cuya preparación ha sido la Cuaresma toda: de aquí el que en seguida de las lecciones viene el canto de la Pasión según S. Juan. Para este día se ha reservado la Iglesia el testimonio de quien al referirnos la historia de Cristo dice: el que vió, lo atestigua; (41) y no solo vió, decimos nosotros, sino que oyó los latidos del Corazón paciente, se inflamó en la misma hoguera de caridad, al reclinarse sobre el pecho del Salvador, y sacó de la misma fuente el agua de la cual bebiendo él, hizo beber á torrentes á todos los demás. (42) Cántase la Pasión de manera análoga á la del Domingo de Ramos. Pónese á la vista del pueblo tan sublime drama, concluyendo con estas significativas palabras: "*Videbunt in quem transfixerunt*"; contemplarán al que atravezaron con la lanza! Como complemento á esta relación el diácono lee la continuación del Evangelio de S. Juan, donde se refiere la Sepultura del Señor.

Esto constituye la primera parte del oficio matutino del Viernes Santo. Debe su origen á la costumbre de Jerusalén en los primeros tiempos. Se reunía el pueblo, á medio día en el vestíbulo de la capilla de la Sta. Cruz, y hasta la hora de Nona pasaban en lecturas piadosas del antiguo y del nuevo testamento. A las tres de la tarde, llegados al pasaje de S. Juan, en el que se dice: "*habiendo Jesús probado el vinagre, dijo: TODO ESTÁ COSUMADO, é inclinando la cabeza, entregó su espíritu*"; se suspendía la reunión y se retiraban silenciosos. Pasaba entonces la concurrencia á la Iglesia principal, ó sea de la Resurrección y se leía al pueblo, el pasaje del descendimiento y sepultura del Señor. (43) Seguía-se, por consiguiente, la sucesión de las horas de este día para ir conmemorán-

[41] Joan XIX — 35. (42) Officio St. Joannis Brv. — Rom.

[43] Peregrinatio Sylvine.

dolas en las reuniones, mediante las lecciones sagradas. Conforme á estos vestigios, también hoy, se inicia el oficio después de haber rezado las horas menores, y concluida Nona; se divide con pausa después de las palabras: *entregó su espíritu*, y la parte que sigue, la canta el diácono en tono de Evangelio.

Después de haber conmemorado la Pasión Santísima, espontáneamente fluye el hacer su aplicación al pueblo cristiano. Siguen, pues, á la Pasión las *deprecaciones* piadosísimas de este día: merecen singular atención, ya que arrancan, al decir del Papa Celestino I, de la tradición apostólica. ¡Qué conmovedora escena: va á medirse la amplitud, la elevación y profundidad del árbol de la Cruz, que acaba de contemplarse maduro ya en el Calvario; Cristo quizo que todos los hombres se salven (44) La Iglesia urgida por esa Caridad de Cristo, empieza á enumerarle entre quienes quiere que la Cruz derrame sus frutos. Olvídase por un momento de su duelo, por amamantar á los hijos de sus entrañas y transmitirles el fruto salvador de la Cruz, y en tono solenne pone de manifiesto sus necesidades, las del pontífice reinante, las de la gerarquía católica en sus diversos grados y estados, las de los catecúmenos que en breve van á ser recibidos al gremio de la Iglesia; ruega por los afligidos con calamidades temporales; ruega por los herejes, y hasta por los mismos judíos, perseguidores de Jesucristo. A cada oración antepone un considerando para excitar la misericordia divina, é invita al pueblo á asociarse á la oración; el diácono excita á orar doblando las rodillas, con actitud suplicatoria y el subdiácono hace la seña de volver á ponerse en pie. Solo cuando va á pedir por los *pérfidos judíos*, no se lo hace hincando la rodilla para no mentar, ni hacer como alusión, que en el caso sería muy irrisoria, de lo que ellos hicieron con Jesucristo, en la noche de la Pasión, hoy día mismo.

(44) Tim. 2 - 4

¡ Sublime es este detalle de la liturgia católica !: no parece sino que la madre hace un recuento de sus hijos y de las necesidades de estos para obtener que el padre los bendiga á todos en su lecho de muerte; que á ninguno postergue en su testamento: á todos recomienda, sí: á los buenos, para que sean mejores; á los malos para que dejen de serlo; á los que están en la verdad, á que continúen en ella y conformen sus costumbres á la fe que profesan, y á los errados, á fin de que entren al camino de la verdad. Antiguamente estas deprecaciones eran parte de todas las misas: hoy constituyen un conmovedor detalle, y la segunda parte del oficio matutino del Viernes Santo. [45]

Refiérenos la peregrina Silvia que en Jerusalén, el Viernes Santo por la mañana, á las 7, se congregaron los fieles en la Capilla de la Santa Cruz; que el Obispo tomaba asiento en la Cátedra, y se traía, en un cofre chapeado de plata, la reliquia insigne de la Sta. Cruz, con el título; abrían la caja en una mesa decentemente cubierta con manteles de lino, y custodiando los diáconos, acercábanse á besar el santo madero. [46]

Tan interesante acto empezó por atraer millares de peregrinos á Jerusalén: ¡ todos querían ver, besar, adorar el madero redentor. Su invención milagrosa por Sta. Elena, llenaba de asombro al mundo, que acudía en masa á venerarla. No pudiendo ir todos á Jerusalén ese día, empezó por hacerse la ostentación del Sto. madero, al menos en imágenes y reproducciones, en las demás iglesias del Oriente.

Éxtendióse tan patética ceremonia á las Iglesias de Occidente donde se conservaba algún fragmento de la

(45) Según los ceremoniales de Roma, hasta el siglo VII, en Roma concluía el oficio matutino de Viernes Santo con estas oraciones, y se despedía el pueblo.

(46) Como una vez, cuenta Silvia, sucediera que al besar uno la santa reliquia, le dió un mordisco y quiso llevarse con la boca un peduzco de ella, se resolvió dotar diáconos para su custodia, y para impedir la repetición de tales arrebatos de piedad.

verdadera Cruz. En el siglo VII, ya la vemos introducida en Roma, primero en los *títulos* ó Iglesias principales, y después en las demás Iglesias, sin más diferencia de la manera como hoy se practica, sino el que se la ejecutaba al principio de la función, y que no iba acompañada de los improprios, los cuales fueron introducidos posteriormente, con tanta mayor razón, cuanto que, según la práctica primitiva, la adoración que el pueblo hacía de la Sta. Cruz, se continuaba, según lo dicho, mientras el canto de la Pasión. [47]

En la liturgia actual esta es la tercera escena litúrgica del Viernes Santo y constituye uno de los episodios más imponentes del culto externo católico. La Cruz, escándalo para los Judíos, locura para los gentiles (48) va á recibir de parte del pueblo fiel los tributos de adoración más efusiva: hoy, cuando Cristo la llevó sobre sus hombros y cuando él mismo la santificó con su muerte; hoy, y cuando apenas acabamos de sacudir ese árbol para que desparrame sus frutos sobre toda la humanidad redimida; ¡La Iglesia está embebida en la muerte de su esposo: en torno de su lecho nos congrega; á tributarle algún género de satisfacción por los dolores y afrentas de su crucifixión!

Veamos cómo se ejecuta este imponente acto. El *celebrante* se despoja de la casulla, que es manto de honor, gala de dignidad, para empezar por mostrar su anonadamiento é inducir á lo mismo el ánimo de los concurrentes, y va á situarse en el plano bajo del altar, tras del costado de la epístola. El diácono toma la Cruz del medio del altar, cubierta aún con el velo de luto; la entrega reverentemente al sacerdote. Este descubre la cabeza de la Cruz, desprendiendo el velo por la parte superior, la eleva un poco presentándola al pueblo, mientras canta en voz media: *Ecce lignum Crucis*, Hé aquí el

[47] En el Ordo Stí. Amandi se dice: *Deinde recurtantur presbiteri per titula sua, et hora nona adorant Sanctam Crucem.* Desde el siglo V estaba en uso en Constantinopla el *Trisagion* griego, que se alterna con los improprios. De aquí pasó á la liturgia romana. Ordo Eiusiendein, Véase Duchesne. Pg. 230.

(48) L. Cor. 1. 23.

madero de la Cruz, El coro contesta: *en el cual estuvo pendiente la salvación del mundo*"; entonces se arrodillan todos los circunstantes mientras se canta: *¡Venid adorémosle!* Esta primera ostentación de la S. Cruz, dicen los liturgistas, representa la manifestación que de ella hicieron los Apóstoles, antes de recibir el Espíritu Santo, como en silencio, en propaganda oculta, con temor aún de los Judíos.

El Sacerdote avanza hacia adelante con la Cruz, sube una grada, ayudado de los ministros desprende el velo del brazo derecho hasta que se vea todo este lado del travesaño de la Cruz, y repite, en voz más alta: *¡He aquí el madero de la Cruz!*; los cantores continúan como antes, y todos vuelven á caer de rodillas al decir: *¡Venid adorémosle!* Es, dicen los autores, una presentación de la S. Cruz, en recuerdo de la que se hizo después de Pentecostés á los israelitas, sobre la misma Sinagoga.

Procede el sacerdote, y se coloca en medio del altar; aquí separa todo el velo, muestra el crucifijo completamente descubierto, lo eleva y lo muestra solemnemente al pueblo: *He aquí el madero de la Cruz!* Todos la adoran. ¡Es la predicación al mundo universo, ocupando ya los Apóstoles la cima del imperio romano!

Otra explicación piadosa se da á esta triple y gradual ostentación del madero sagrado y á sus consiguientes genuflexiones. Hácense, dicen, en reparación de los ultrajes que Cristo nuestro Señor recibió hoy en la casa de Caifás, la primera; en el pretorio de Pilatos, la segunda; y en la crucifixión sobre el Calvario, la tercera.

Al descubrir así solemnemente la Cruz, quiere, de otra parte la Iglesia Santa hacer notar, cómo se quitó al pueblo judío el velo que le cubría impidiéndole reconocer á Jesucristo; ¡el Viernes Santo dejó de ser escarnio y locura la Cruz, empezó á ser el monumento del poder y de la sabiduría de Dios! (49).

[49] I Cor. 1. 24.

En seguida se descubren todas las demás cruces del templo, y desde este momento, hasta la misa del Sábado Santo está ordenado que á la Cruz se haga la genuflexión que se acostumbra hacer al Santísimo Sacramento.

Una vez descubierto el sacrosanto emblema de nuestra redención, el sacerdote con sus manos lo coloca en el pavimento del altar, no sin haber extendido antes un decente tapete: recuesta la Santa Cruz sobre cojines, la acondiciona con decencia suma, y no contento de haber dejado la casulla, por humildad, delante del Dios desnudo, despójase esta vez aún del calzado.

¡ Descálzate, habíá dicho el Señor á Moisés en la montaña santa; porque el lugar en que estás es sacrosanto. Así mismo ordena la rúbrica que lo haga el sacerdote delante del Señor Crucificado, y una vez descalzo, procede él primero á adorar la Cruz, haciendo antes de acercarse á ella tres genuflexiones devotísimas. Lo mismo hacen en seguida, los diáconos, el clero, el pueblo. Deberían hacerlo los cristianos todos, y es muy laudable lo hagan las mujeres también ¡ Quién no caerá de rodillas ante la Cruz este día !, ¿ quién no la saludará emocionado ?

Mientras se verifica este piadoso desfile, en el que todos saludan á la Cruz con genuflexión triple, y luego la besan postrándose por tierra; el celebrante recita los llamados *improperios*. Imposible descifrar la ternísima hermosura de éstos. Principian con un *trisagio* en lengua griega. ¡ Único resto de la liturgia oriental que queda en la nuestra ! — En este trisagio se ensalza la *inmortalidad* del Dios Santo, cuya muerte nos preocupa hoy. Usese este trisagio en el siglo V en Constantinopla, y la iglesia romana lo ha conservado, sin más que alternarlo con la traducción latina, como para simbolizar que ante la Cruz redentora no hay distinción de pueblos, de razas, de idiomas: no hay diferencias de bárbaros y romanos.[50]

Son los *improperios*, las reconvenciones que Jesucristo Señor nuestro dirige al pueblo judío, por la manera cómo éste ha correspondido á sus beneficios. Con sublimidad inenarrable se van poniendo, en parangón las finezas del Señor y la cruel correspondencia del pueblo: “ ¡ Pueblo mío, qué te he hecho?, en qué te he contristado? *Respóndeme!* (51) Es el lenguaje más expresivo del dolor, herido en los afectos: *¿Porque te saqué del desierto conduciéndote durante cuarenta años: porque te alimenté con el maná y te introduje en una tierra bonísima; por esto preparaste una Cruz para tu Salvador? . . . y se exige al pueblo que conteste: ¡ Pueblo, pueblo mío, contéstame: ¿ que más puede hacer por tí? Yo te planté una mi viña hermosísima; y tú me has dado agraces: me abrevaste con vinagre; perforaste el pecho de tu Salvador con una lanza . . . Porque yo flagelé al pueblo Egipcio y á sus primogénitos por darte libertad; ¿ tu me flagelas á mi? ¡ Pueblo mío ¿ qué mal te he hecho; Respóndeme!*

Notad, hijos amadísimos, ¡ qué sublime contraste!; mientras el pueblo cristiano adora la Cruz, se van haciendo estas reconvenciones tan patéticas. ¡ La verdadera causa de la muerte del Cristo es el pecado; sus verdaderos crucifixores, los pecadores!; apenas puede concebirse más elocuente reconvención; y ¡ en qué momentos! ¡ Qjalá siempre reparáramos en la enorme ingratitud, en la felonía sin nombre que envuelve el pecado. ¡ Ah! pecadores, qué mal nos ha hecho ese Dios que por nosotros murió?, y murió en la Cruz? . . .

Vamos á considerar ya la Misa de los presantificados, *missa praesantificatorum*, como se llama á la de este día, y que constituye la última y la principal ceremonia de este solemne oficio.

(51) Los improperios están tomados del Profeta Miqueas en su Cap. VI — 3 — *passiu* y adoptados por la Iglesia.

Según ya hemos dicho (52). en este día no hay sacrificio. Desde muy remota antigüedad, desde el origen del cristianismo, no ha sido costumbre el celebrar este día. El día en que se inmoló Cristo, llenó con su sacrificio cruento, de impresiones á la Iglesia, tanto que esta no ha querido repetir en los aniversarios, de manera incruenta lo que en este día fué cruento. "Es la misa un sacrificio de gozo, de gloria infinita, de acción de gracias: no debemos, pues, dice el Abad Ruperto, gozarnos del favor que nos hizo Cristo entregándose á la cruz, ni gloriarnos por la caridad con que se dió á la muerte por nosotros; sin que al mismo tiempo no nos dolamos de haber sido la causa de los tormentos y muerte de tan gran Señor. No gozarse, sería ingratitud, pero no dolerse, es crueldad." Por esto, por dolor, dice el Papa Penedicto XIV el Viernes Santo ha mandado la Iglesia que no se celebre la misa. No hay, pues, en este día sino la comunión del sacerdote, quien consume el Sacramento augusto que fué depositado ayer en el monumento: á esta comunión se ha dado el nombre de Misa de las especies consagradas la víspera, *missa praesanctificationum*. En tiempos antiguos fué usado el que los fieles comulgaran también ellos en este día; pero la liturgia romana ha suprimido esta práctica, para acentuar el duelo ; Día de grande, rigurosísimo, general ayuno ! ; Tamibén está vedado el convite eucarístico. !

Parece que la comunión única del celebrante representa la sepultura del Señor en el Sepulcro nuevo.

Acabada la adoración de la Cruz, se encienden por primera vez los cirios del altar. Anteriormente, durante la primera postración, se lo ha cubierto con una sabanilla corta distinta de los tres manteles con que debe vestirse para el sacrificio. Organízase la procesión para conducir desde el monumento al Altar á Jesucristo Sacramentado. ¡ No sé qué aspecto tiene hoy la divina Eucaristía !: el amor, la veneración que siempre inspira, es hoy un amor con ternura, con compasión; es una veneración con pena, con

duelo. ¡ El blanco Sacramento, el Cordero sin mancilla, el inerte Jesús, el mismo Cristo de la Pasión, el Cristo condenado á muerte; es tomado reverentemente del monumento: se le desaloja de ese último valuarte donde ha recibido afectos y adoración, y se lo conduce al altar, que hoy desnudo, parece la fría loza sepulcral! Lo llevan los ministros del altar revestidos de ornamentos negros, sin más cambio que el velo humeral del sacerdote, que es blanco, como la sábana en que fué depositado el cadáver de Cristo bajado de la Cruz. En el trayecto fúnebre del monumento al altar se canta el himno á la Cruz (53). No resuenan las campanas, ni háe músicas; ¡es un convoy de entierro! En nuestras catedrales, los canónigos concurren con el hábito fúnebre, las caudas desplegadas, y la bandera invertida, arrastrándola por el pavimento.



Llegada la procesión al altar, las ceremonias se suceden con tétrica rapidez: se inciensa al Santísimo Sacramento, y al altar, como para perfumarlos para la sepultura; pero esta vez no se tributa el mismo homenaje á nadie más: no se inciensa ni al sacerdote. A poco éste entona el Pater Noster: como Cristo desde la Cruz pronunció sus siete palabras. En fuerza del sacrificio de la Cruz, Dios Padre escucha nuestras oraciones; pues nada más oportuno que en los momentos en que se está conmemorando ese sacrificio, se recite la fórmula con que Jesucristo nos enseñó á orar.

¡ Va á consumirse la hostia Santa!; la víctima de la Cruz va á ser depositada en su sepulcro; el celebrante eleva la sagrada hostia, no como las otras veces con ambas manos; hoy lo hace tan solo con la mano derecha y teniéndola sobre la patena, como fué elevado en el Calvario el cuerpo divino enclavado á la Cruz. El pueblo lo adora inclinándose profundamente: ¡ es la adoración más

[53] Confer. III. Vexilla, pag. 27.

amorosa que puede ofrecerse á Cristo, uniéndose á los ángeles que rodearon su Cruz y presenciaron atónitos su espiración !

El sacerdote divide el Santo Cuerpo de Cristo, y pone una partícula de él en el vino y agua no consagrados, al modo como el día de su muerte lavaron cuidadosamente su cadáver para sepultarlo; y rezando una oración preparatoria de la comunión, golpeando su pecho al decir: "*Señor no soy digno*", como en las comuniones ordinarias, sume la hostia consagrada con reverencia sumia. El vino que luego toma es simple ablución; purifícase recitando una ligera plegaria, é interrumpe bruscamente la acción.

Todos se retiran en silencio. ¡ Jesús ha desaparecido de su templo !

¡ Hoy sí que éste queda desierto y frío. !

¡ Qué majestad la de estos cultos, ¡ Cielo santo !: no quedaría de otra manera el Calvario después de la catástrofe del Viernes Santo !

¡ Hemos pecado derramando la sangre del justo !; ¡ verdaderamente éste era el Hijo de Dios ! ¡ Las piedras se han despedazado: los sepulcros han arrojado desde la región de la Muerte hacia la Vida, los cadáveres !; los astros se han enlutado ! La Santa Iglesia ha recogido todos estos escombros, y recompone en el oficio matutino de este eterno día, las escenas del espanto y del dolor con que dejó marcada su huella la atrevida Muerte, cuando degolló al Autor de la Vida !

¡ Y nuestros corazones ? . . . ¡ ay ! carísimos: por nosotros murió Cristo con tanta magestad: no asistamos con la estolidez de simples espectadores á esos actos del culto. ¡ Todos pusimos en El la mano !: hagamos á nuestro corazón participante del quebranto causado por nuestras obras !



OCTAVA CONFERENCIA

EL SABADO SANTO

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.— Cristo mereció ser exaltado. Hechos evangélicos desde la muerte hasta la resurrección de Cristo.— EXPOSICIÓN. Misterios del Sábado Santo; su espíritu litúrgico. Evolución histórica de la Vigilia de la Pascua: su origen.— La noche de Letrán; sus diversas escenas.— Anticipación de las ceremonias al Sábado por la tarde.— Las funciones actuales: BENDICION DEL FUEGO, su origen, sus significados, aplicaciones y simbolismo.— BENDICION DEL INCENSO, su aplicación a esta liturgia.— EL CIRIO PASQUAL, origen y significado.— EL ELOGIO O PRAECONIUM, sus bellezas literarias y musicales.— LAS LETANIAS, MISA Y VISPERAS; ligeras observaciones sobre estas. CONCLUSION. ¡Goces pascales!

Carísimos fieles:

“ Cristo se hizo obediente hasta la muerte, y muerte en Cruz; por lo cual el Señor su Padre lo exaltó y le dió un nombre sobre todo nombre, para que al pronunciarlo doblen sus rodillas cuantas criaturas hay en el cielo, en la tierra y en los infiernos (1). Esta es la expresión favorita del oficio litúrgico el día de hoy.

Apenas ha pasado la muerte del Salvador con todos sus anonadamientos y humillaciones ya empieza á vislumbrarse entre esas tinieblas el crepúsculo de la glorificación: ¡porque aceptó la muerte de Cruz, fue exaltado su nombre!; ¡porque se humilló hasta el abismo, será encumbrado hasta las supremas alturas! Así estuvo escrito, y así era necesario que Cristo padeciese, y que me-

[1] Ad Filip. II.

diante esto, resucitase de entre los muertos al tercer día (2).

Y es en realidad digno de observarse como, aún en la sucesión de los hechos históricamente considerados, apenas se perpetra el supremo de los ultrajes, el insulto póstumo á la sagrada persona de Cristo, abriéndole con un golpe de lanza su costado, inmediatamente empieza el culto á su cuerpo sacrosanto. Los judíos rómpenle el pecho para ver si estaba muerto. Los enemigos, después de haber llevado su furor hasta robarle la última gota de sangre, le absorven el agua de su organismo, por el costado. Este cuerpo no puede vivir, ya no tiene jugos; parece que dicen; sorprendámosle el alma. á ver si ésta se ha escondido aún en el recóndito del pecho. Abrenle el corazón: ya no late; está exhausto; ¿ el alma ? El alma no está tampoco ahí, ha huído. Luego eso es un cadaver, nada más que un cadaver: abandonémosle á la corrupción !

¿ Nada más que un cadaver ? . . . ; Es un cadaver divino ! ; el primer cadaver divino que se ha visto !

E inmediatamente se presenta ante Pilatos un cierto hombre rico (3) de Arimatea, llamado José; y no solo rico, sino poderoso, noble decurrion (4), esto es, Jefe de mando militar; y no solo rico y poderoso, sino también bueno, justo (5), tan bueno y justo que como á tal le aclaman los evangelistas; y era bueno y justo no con justicia natural y bondad ingénita, sino con la sublime justicia sobrenatural acepta á los ojos de Dios, pues era discípulo de Jesús (6) y también él esperaba el reino de Dios (7). Con una circunstancia más: era José de Arimatea discípulo de Jesús; pero oculto, por medio á los judíos (8); y ese discípulo tímido, se envalentona ante el cadaver; cobra bríos, cuando los judíos acaban de destrozar al Maestro; ¡ oculto mientras vive el defensor; y hoy ante Pilatos, y hoy animoso, audaz, como le llama el evangelio (9). ! Y á José

[2] Luc. 24 — 46.

[5] Luc. 23 — 50.

[9] Joan. 19 — 39

[3] Math. 27 — 57

[6] Joan. 19 — 38

[7] Marc. 15 — 43

4] Marc. 15 — 43

[8] Joan. 19 — 38

de Arimatea se reúne otro discípulo de Jesús, así mismo de los tímidos, de los ocultos; pero grande por sus condiciones sociales: juez del Sanedrín [10], jurisconsulto [11], maestro [12] en Israel. Y entre estos dos grandes se apoderan del cadáver del ajusticiado y empiezan á tratarlo como al Cuerpo de Dios: hájalo reverentemente de la cruz; embalsámalo con aronias [13], con cien libras de una mixtura de áloes y mirra traída por Nicodemus [14], lo envuelven cuidadosamente en un sudario limpio, nuevo [15], lo ligan con bandas aromatzadas y espolvoreadas de sustancias que guardan de la corrupción (16); y lo sepultan en un sepulcro nuevo, que ahí mismo, junto al lugar de la crucifixión, á cuarenta y cinco metros de éste, había; en un huerto de propiedad de José de Arimatea. ¡ Todo es en este pasage minuciosa y providencialmente dispuesto, y dispuesto con doble fin: 1º para honrar el cuerpo de Cristo muerto; 2º para asegurar incontrovertiblemente las pruebas de su resurrección. !

• •

El Sábado Santo, está dedicado por la Iglesia á honrar la sepultura de Cristo, de aquí¹ que su culto tiene un doble aspecto; ¡ el duelo del sepulcro, los albores del triunfo!; ¡ los dos crepúsculos que se tocan; el vespertino de la tumba y el matutino de la Resurrección. ! En los maitines y laudes de hoy - que son las tinieblas cantadas el Viernes Santo por la tarde - todo es ya esperanzas. La Iglesia vigila sobre el sepulcro; pero vela confortada por la fe de la Resurrección. ¡ El sepulcro del Señor no es oscuro!; sus fosforescencias son rayos de esperanzas: el difunto ahí depositado sigue hablando: pronuncia aún cuanto dijo en vida acerca de su Resurrección. Ese cadáver está voceándose con la Muerte, á la que reta: *¡ oh! Muerte!, yo seré tu muerte!*" Luchando está con el Limbo, al que amenaza; ¡ "*yo seré tu mordedura, ¡ oh! infier-*

(10) Joann. VII - 50. [11] Joann. III - 1. [12] Joann III - 10. [13] Joann. XIX - 40.
 [14] Joann. XIX - 39. [15] Math. XXVII - 59. [16] Van - Steenkisten in Math.
 Pg. 2202.

no!" La Iglesia guarda ese sepulcro como si guardara el sueño del esposo; pero en medio del sueño, éste libra batallas. A través de la piedra sepulcral alcánzase á oír los cánticos de triunfo: ¡ *elevaos puertas eternas!*, grita el sepultado á la loza de su tumba. *Tengo firme esperanza de ver en breve los bienes del Señor, allá en la tierra de los que aún viven!*: exclama en seguida ese elocuente muerto. (17)

En conformidad con tales conceptos el Sábado Santo fue un día sin liturgia: en él no había sacrificio, ni aún comunión — *missa praesantificatorum* —; se debía pasar en oración: guardando el sepulcro y esperando la resurrección (18).

De dos escenas nos habla únicamente el Evangelio, como ocurridas en el intervalo que medió desde la sepultura de Jesucristo y su Resurrección: pusieron guardias y sellos en el sepulcro, y vinieron las mujeres á ver la tumba. Pues ambos actos estaban interpretados por el majestuoso silencio; la postura, diremos así, de expectativa de la Iglesia Santa en este día.

* * *

A principios empero del siglo IV y aun desde el III, se encuentra que en Roma se reunía el pueblo fiel con mucha devoción para pasar reunido la noche del Sábado Santo al Domingo de Pascua, noche en que se hacían los últimos preparativos para el Bautismo de los catecúmenos, y que concluía con la administración del mismo. Esa gran vigilia ha dado lugar á los actos litúrgicos que hoy presenciarnos: esa reunión primitiva ha venido desarrollándose hasta tomar la forma que hoy vemos en la singular liturgia matutina del Sábado Santo.

Si miramos rigurosamente la cosa, pudiéramos decir: lo que vemos el Sábado Santo, no es de ese día: entre el oficio del Viernes y del Sábado se pasa otro día litúrgico

[17] Palabras de la S. Escritura puestas por la Liturgia de hoy en boca de Cristo.

[18] Guaranget " *Lanned Itturgic. — Pasión* ".

entero; lo practicado el Sábado por la mañana es lo correspondiente á la noche, y á la aurora del día siguiente.

Una contradicción aparente hay, dicen los autores (19), entre los misterios de este día y las funciones que en él se celebran. La contradicción solo proviene del anticipo de horas; pues litúrgicamente, las rezadas por la Iglesia, las horas del oficio, este cronómetro litúrgico ha avanzado hasta la hora de Vísperas, hasta las tres de la tarde en lenguaje vulgar; y entonces es cuando empiezan los oficios del Sábado Santo. ¿El por qué de esta anómala anticipación? San Jerónimo dice que en los primitivos tiempos cundió por toda la cristiandad la idea de que el segundo advenimiento del Mesías, como Juez había de acontecer muy pronto, y en una noche del Sábado Santo (20). Y esto fundándose en la base de que nada era más propio como el que Cristo reapareciera la misma noche en que se declaró triunfador de la muerte, y en repetición de aquella en que pasó el cordero pascual derribando á los primogénitos de los egipcios y librando á los hebreos. Sea que esta vigilia tomó el aspecto que le dá S. Jerónimo después de estar fundada la pernoctación para prepararse al bautismo; sea que fuese consiguiente á esta expectativa la práctica del bautismo, lo cierto es que en los primeros tiempos los fieles pasaban esta noche en oración, se leían salmos profecías y trozos del Antiguo Testamento. Muy de mañana, se confería el bautismo á los catecúmenos que á ello se habían preparado toda la Cuaresma, leíaseles en seguida el Evangelio, al cual seguía una alocución ú homilla, y al amanecer se concluía el duelo cuadragesimal (21).

(19) Guéranger loc. cit.

(20) *Traditio Judeorum est Christum media nocte venturum in similitudinem Aegyptii temporis, quando pascha celebratum est et exterminator venit, et Dominus super tabernacula transit, et sanguine agni postea rostrarum frontium consecrati sunt. Unde reor et traditionem apostolicam permansisse ut in die vigillarum paschae, ante noctes dimidium populos dimittere non liceat expectantes adventum Christi. Et postquam illud tempus transierit, securitate praesumpta festum cuncti agni diem. Unde et psalmista dicebat: Media nocte surgebam ad consistendum tibi etc. S. Hierom. com in Math. IV - 25.*

(21) Cons. Apost. siglo III.

Trasladémonos por un instante á la Basílica de León en el siglo V: es la cuna de la liturgia de este día; observémos lo que ahí pasa, para darnos cuenta de cuanto hoy vemos en la Iglesia universal. Los catecúmenos se han preparado en toda la Cuaresma para al bautismo; los hay de diversas naciones y edades: el Sábado Santo, la gran vigilia pascual los atrae de todas partes, acuden griegos y latinos, godos, francos y sajones. Todos quieren concurrir á esta *estación papal*: ¡ver al Pontífice máximo; recibir de sus manos el bautismo y la confirmación! . . . Es, dicen los historiadores, la Vigilia más concurrida de todo el año. Vienen con vestidos de fiesta: *ex omni populo, genere et natione*: ¡qué concurrida está la ciudad!; ¡cómo rodean millares de peregrinos la Basílica!; por doquiera se han improvisado tiendas portátiles; las fogatas iluminan los contornos. ¡Qué distinta está la Roma de hoy de la pagana de orgías! Para alcanzarse á los últimos preparativos [pues los mediatos se habían practicado durante la Cuaresma toda, y luego para que haya tiempo de conferir el bautismo y la confirmación antes de la hora de la misa pascual, que debe ser según la hora en que Jesucristo resucitó, á la aurora] hay que iniciar la función por la tarde del Sábado.

En solemne desfile se dirigen los bautizados, el clero, y el Papa á la Basílica.

Como la oscuridad de la tarde sobreviene, prepáranse dos grandes cirios: con el uno, llamado *pascual* se dá principio á la función; un diácono canta su elogio comparándolo con Cristo y ponderando delante de los que van á bautizarse cómo Cristo es la luz en medio de la gentilidad; es encendido el otro cirio por las lámparas que habían permanecido ocultas desde el Jueves Santo, como símbolo de la ocultación de la divinidad de Jesucristo en los días de su Pasión, y con éste se encienden todas las antorchas del templo, el cual va poniéndose resplandeciente con los múltiples metales y mármoles que lo

adornan. Para preparar á los catecúmenos léenseles lecciones del Antiguo Testamento, las profecías, lo más notable de las Escrituras Santas.

Como paso previo hay que bendecir el agua bautismal, lo que se hace pasando procesionalmente al baptisterio de Constantino, no distante de la Basílica. En el gran ábside de esta, y que servía de arco para el desfile de los bautizados, se ha pintado en brillante mosaico, que aún subsiste, el monte del Cordero desde el cual descenden los ríos; imagen de las aguas bautismales, junto á esos ríos hay sedientos ciervos; ánades y cisnes flotan en sus aguas. Al pasar la asamblea bajo tan simbólica decoración, espontáneo sale del pecho de todos el bíblico canto: *¡ Como el ciervo sediento acude á las fuentes de agua viva, así vamos nosotros á las aguas bautismales!*

Los cirios simbólicos de la resurrección, van á sumergirse en esas aguas para santificarlas.

Ahí en esa célebre iglesia confiere el Pontífice el bautismo á millares de catecúmenos, á los que se los viste luego de una blanca túnica.

En seguida el Papa pasa á la Capilla de la Santa Cruz, donde les da la confirmación.

Ya se puede calcular cómo la noche se ha deslizado: los cantos del gallo anuncian la proximidad del alba. *¡ Se acerca la hora de la Resurrección del Señor!*

Ved ese cortejo: radientes de gozo regresan hacia el templo los neófitos con sus blancas túnicas; las encendidas antorchas que traen en las manos, les colorean los rostros, donde aún se pinta la piadosa emoción: *¡ ecce sponsus venit, exite obviam ei!* *¡ Qué desfile!* los levitas, los ministros del altar; los catecúmenos de uno y otro sexo; los ancianos dignatarios de las iglesias titulares dirigiendo á sus parroquianos neo-bautizados, *¡ el Pastor supremo!* *¡ Cirios en la tierra; estrellas en el firmamento!* *¡ la hora se acerca!*

No debieron andar menos solícitos los ángeles que adoraban á Cristo en su sepulcro, cuando se aproximaba la hora de la Resurrección. No estuvieron menos vigi-

lantes aquellas mujeres que corrieron antes del alba, á mirar el sepulcro, *¡prima quae lucescit!* (22).

En la Basilica espera el resto del pueblo: todos cantan deprecaciones para merecer las gracias de la Resurrección. Ya han entrado en el recinto los recién bautizados: ¡por primera vez ocupan éstos el contorno del altar! ¡Ah! semejan ángeles en cuerpo y alma!: están absortos, penetrados del sublime estado al que han llegado. ¡Oh! sí, vuelvo á decir, parecen ángeles!!

¡La hora del alba ha llegado!, y esos ángeles oyen que el Pontífice les clama: "*Gloria in excelsis Deo!*"; y esos ángeles responden con su himno propio, pero cantando hoy por ellos la primera vez! Al Gloria se sigue el *Alleluia*, como signo del gozo que causa la victoria de Cristo sobre la muerte. (23) Sigue la primera comunión de los neófitos; luego se les obsequia con una bebida de leche y miel, tanto para que comprendan que son recién nacidos en el orden de la gracia, cuanto para que se regocijen de verse ya en la tierra de promisión de la Iglesia católica. Esta era la noche de Letrán.

Después se hizo necesario dividir la solemnidad de la Pascua, de las ceremonias que con el bautismo se rozan. Se empezó por hacer las del bautismo en la tarde del Sábado Santo, dedicándole una misa propia. El anticipo de esto á las horas antemeridianas en lo natural, bien que siempre vespertinas en el sentido litúrgico, y la introducción en estas, de algunos ritos igualmente antiguos y ve-

(22) Math XXVIII - 1.

[23] *Alleluia*, es voz hebrea, compuesta de *hallelú*, que quiere decir, alabado, y de *láh*, abreviación de *Jáhorah*. Ha sido transcrito sin traducirlo á la Biblia vulgar y á la de los Setenta. Vino á ser algo como frase enclítica de gozo: en los Salmos, en el libro de Tobías [XIII - 18], en el de los Macabeos, y finalmente en la Apocalipsis se ha usado de esta palabra como significativa de gozo sagrado. La Iglesia, siguiendo probablemente el uso de la Sinagoga que usó los salmos mentados, ha introducido esta palabra en su liturgia. S. Juan en la Apocalipsis [XIX], dice que con esta palabra rinden su culto do latría los Santos á Dios en la Jerusalén celestial: doblo razón para que la Iglesia la haya tomado para sus alegrías pascuales. Véase sobre esta palabra Vigouroux Dictionnaire Biblique. Fasc. II y más extensamente en Dom Cabrol "*La prière antique*" pg. 63. Edit 1900.

verables, ha dejado la solemnidad del Sábado Santo en el estado que hoy la vemos.

Es lo cierto, que ningún día en el año nos trae recuerdos más netos de los primitivos tiempos. El sábado Santo es el más antiguo trasunto de los heroicos tiempos de la naciente Iglesia: bastara esta sola circunstancia para mirar con sumo respeto esta liturgia. Pasemos á explicar algunos de sus pormenores más salientes.

La bendición del fuego. En los primeros tiempos, conforme á los medios de que se disponía entónces; para cada día liturgico se encendía la luz del templo con un pedernal, y esto constituía uno como rito ordinario, al que obviamente se le encontró un simbolismo sacro, dadas las frecuentes expresiones de la S. Escritura en que se compara á Cristo, ya con la piedra, ya con la luz, ya con el fuego.

Encendidas las lámparas un día, se las conservaba así hasta las Vísperas del siguiente (24) El Papa León IV quiso que también el Sábado Santo se hiciera esta ceremonia; porque ningún día como este era más apropósito para simbolizar, mediante el fuego, á Cristo: ¡ en la Resurrección saltó la chispa luminosa más rutilante que nunca, de la piedra tallada en la roca sepulcral, al golpe de la Omnipotencia divina !

Justísimo fué, pues, que este fuego así tan expresivo fuese saludado con una palabra de la Iglesia y bendecido; tanto más, cuanto que el destino que se le iba á dar era sublime sobre manera: él debía alumbrar el cirio pas-cual, él repartirse en las antorchas del santuario. él mismo iluminar las lámparas del templo, y aún ser llevado á los hogares: ¡ el fuego nuevo ! (25)

(24) Esta ceremonia primitiva parece dió origen al rito de *lucernare* (alumbrar), que según notables liturgistas, fué el rudimento primitivo de lo que después llegó á ser las *Vísperas* (*oficium vespertinum*) del Oficio divino.

(25) Fué uso eclesiástico de esos tiempos (siglos III al V), el que los fieles al ir á la Iglesia para estas funciones dejaban apagado el fuego de sus hogares, para llevar al regreso, el *fuego nuevo*, recién bendecido.

En consonancia con los significados expuestos, la extinción de todo fuego y luz representa la abrogación de la ley antigua; la aparición del nuevo fuego es la implantación de la ley nueva; así tienen no solo suficiente, sino hermosa explicación los primeros actos de la liturgia de hoy.

Si Cristo es la luz: el ir á la credencia exterior, al pórtico del templo para bendecir el nuevo fuego, es representar el viaje los que Apóstoles y las mujeres piadosas hicieron antes de la Resurrección, al sepulcro que estaba fuera de Jerusalén. El entrar con la nueva luz clamando por tres veces, á la entrada, al medio del templo, y próximos al altar: *¡Lumen Christi!*, es la ostentación de la divinidad que Jesucristo hizo con su Resurrección.

Usase para esto de un cirio dividido en tres: uno en su raíz, triple en sus ápices. Al encender la primera y entonar el *lumen Christi*, se proclama la divinidad del Padre, manifestada por Jesucristo: "*nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquellos á quienes el Hijo revelar*" (25). Todos los circunstantes se arrodillan, adorando á la Primera Persona de la Trinidad divina. En el sitio designado, al medio de la iglesia, se enciende la segunda rama del cirio triple; vuelve á anunciarse con voz más alta: *lumen Christi*, vuelve el pueblo á adorar como antes. La segunda Persona de la augusta Trinidad se ha mostrado por sí misma, igual al Padre. Al encenderse junto al altar el tercer brazo, se repiten iguales palabras y acciones: se adora al Espíritu Santo, manifestado por el Hijo. *¡La Trinidad está suficientemente proclamada!*

Antiguamente entónces los catecúmenos hacían su profesión de fe sobre este misterio. *¡La luz, el fuego que se difunde sin dividirse ni padecer mengua, ha sido emblema de este gran misterio de la pluralidad en la unidad!* A esto nos ha conducido la ceremonia de la bendición del fuego.

"¡ Ah! el fuego, dice un autor (26), es profundo sím-

[25] Math. XI - 27.

[26] Dom. Cabrol. Prioro antiguo pg. 384.

helo litúrgico, que ha tenido gran importancia en todos los cultos de la antigüedad. Este elemento del cual no conocemos con exactitud ni las fuerzas, ni la naturaleza, sin el cual la vida humana sería poco menos que imposible; . . . el fuego, que en manos del hombre se convierte en instrumento dócil de industria y se acomoda á todo empleo, pero que es terrible cuando se rebela; el fuego, fué considerado por esos grandes niños que fueron nuestros antepasados, como una potencia misteriosa, y á menudo adorado como Dios. El sol que cada mañana se eleva sobre el horizonte, derrama sobre la tierra su bienhechora luz, fué asociado al mismo culto. Si el fuego, empero, y la luz no son dioses, son un hermoso símbolo de la divinidad, que es luz inextinguible, que aclara y calienta á los mortales en este frío y oscuro valle de la tierra. Con este carácter de símbolos, de ministros del Creador, se los considera esta magna noche de la Pascua, cuando la Iglesia celebra el gran misterio de luz y fuego, ¡símbolo valiente de Cristo resucitado!

Dios Nuestro Señor reveló, en cierto modo, lo acepto que le era ser obsequiado el día de su Resurrección bajo este símbolo de la luz con el prodigio unánimemente referido por los historiadores de aquel tiempo, como que se verificaba en la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Durante siglos enteros, desde la conquista del Santo Sepulcro por los sarracenos hasta que volvió á caer en poder de los infieles, todos los años, en este día se encendía por sí sola una lámpara de las que están suspendidas en torno del monumento tan venerable. Con esta lámpara se encendían las otras, y los fieles prendían en ella el fuego para sus casas (27).

Bendición del incienso. Incierta es la primera introducción de este elemento en el rito católico: lo han usado todos los cultos; es el incienso un símbolo universal de

(27) Dom. Gueranguer, La Pasión pg. 608. edit 1899.

adoración: parece que su origen, su perfume, el modo como se consume con el fuego, su naturaleza misma, en una palabra, lo está indicando como representación de sacrificio aceptable. Lo cierto es que el Sábado Santo, junto con el fuego, en el vestíbulo mismo del templo, se bendice el incienso, en cinco gruesos trozos destinados para representar luego muy hermosos fines. La oración con que la Iglesia lo bendice interpreta con precisión elegante la naturaleza de este elemento. Se lo rocía con agua bendita y se lo inciensia á su vez con otro incienso, y es conducido respetuosamente para colocarlo en el Cirio pascual; el cual siendo simbolo de Cristo resucitado, viene á dar al incienso el significado de los perfumes que las santas mujeres llevaron en la mañana de la resurrección para el cuerpo del Señor. Dé aquí el que sean cinco los trozos del bendecido perfume, para las sendas llagas gloriosas. El diácono las coloca solemnemente, en forma de cruz, al son del magnífico cántico que inmediatamente sigue.

* * *

El Cirio pascual y su elogio. Siendo la Vigilia pascual, la más solemne y concurrida del año, preparábase para alumbrarla un grueso cirio, una verdadera columna, que la colocaban delante del altar y venía á representar á Cristo resucitado. El diácono se presenta esta vez en vestido blanco que contrasta con los del celebrante y los paramentos del altar, que aún son morados: es porque viene á cantar las glorias de ese cirio; es el heraldo de la Resurrección. Autores hay que á este diácono lo comparan con María Magdalena que gozosa sirvió de primer nuncio de la Resurrección: ¡ella la comunicó á los Apóstoles!; ¡ella pretendió tocar los pies del Salvador, antes aún de la luz matutina!

Antiguamente cada diácono hacía en esta ocasión un himno al emblema de Cristo glorioso; hoy la Iglesia nos ha fijado la fórmula. Es esta un trozo lleno de poesía inspirada, en el que se van descifrando las analogías de la pascua nueva, en la Resurrección de Cristo con la pascua

de los egipcios (28). Su exordio es de un lirismo inimitable; ¡ *Que la milicia angélica salte de gozo en los cielos!; que se celebren en la tierra los divinos misterios entre torrentes de alegría!; ¡y que la trompeta mística publique ya la victoria del Rey soberano! ¡Que la tierra se regocije al verse alumbrada por tan refulgentes rayos de gloria!; sienta ella que ha perdido toda oscuridad al verse iluminada por el esplendor de un tan brillante Monarca, y que este templo repercute hasta los cielos las voces de los pueblos entusiastas de gozo!* ". Después de esta nerviosa introducción continúa, entremezclando la forma de oración y la de elogio, con la apología de la significativa columna que ante sí tiene. Entre la oración, se interrumpe el diácono y adorna, como se ha dicho, el cirio, con el incienso, y después lo enciende con el cirio triple de que hemos hablado, y que recibió su luz del fuego nuevo. Entónces se encienden también las lámparas del templo con la luz tomada del fuego recién bendecido.

Si de la letra del elogio del cirio se ha dicho que es una joya inestimable de la liturgia cristiana, otro tanto cabe decir de su inimitable y maravillosa música llena de melodías, con lujo de variantes y armonía: también de esta melodía se ha dicho ser la mejor de su género.

Extraña encontrarse en este episodio de la liturgia con la anomalía de que un simple diácono desempeñe con el cirio, papel tan importante; hasta su tono es impropio delante del sacerdote ó aún del Obispo. El cargo de heraldo que viene desempeñando, así lo exige: mientras todos gimen aún, él viene como paraninfo de los goces pascales.

De las profecías que á continuación vienen, en número de doce, y de la bendición del agua bautismal, nada añadiré á lo que sobre su origen os he dicho: él lo explica suficientemente, y no podemos alargarnos más, aunque es materia que mucha enseñanza contiene.

(28) Sentimos no poder reproducir aquí íntegra esta joya de la literatura sagrada, pero la señalamos á los fieles como obra maestra en su género.

Las Letanias, Misa y Vísperas. Por singular anomalía, explicable tan solo con la historia de esta noche, (que no debe llamarse día esta liturgia) estos tres actos, en sí tan diversos, hoy se reúnen y casi se compenetran.

Las letanías se cantan, como en la antigüedad mientras el clero y fieles, los recién bautizados, si los hay, vuelven de la fuente bautismal; pero como si el tiempo urgiera, como si el primer rayo de la aurora pascual, sorprendiera; no hay tiempo para el introito de la Misa. Los Kiries de las letanías han remplazado á los acostumbrados de la misa, y se sucede el *Gloria in Excelsis*, como apresurada é intempestivamente. A su entonación solenísima despiertan las campanas, resuenan los órganos, descúbranse los altares, aparecen de nuevo las imágenes. ¡ El gozo de la Pascua! ¡ Os anuncio un grande gozo! ¡ llegó el *Alleluja!* ¡ El *alleluya!* cántico del cielo y de la tierra, expresión de triunfo! y ¡ *alleluya!*, repiten desde entonces y á porfía, los ministros del altar, el coro, los fieles.

Como es función nocturna, antes de despedir á los fieles, la Iglesia quiere aprovechar de la reunión del clero para entonar las Vísperas. Tanto más cuanto que el origen de éstas se mezclan con las ceremonias del *lucernarium* que han precedido á la misa, en la bendición del fuego. (29) Dentro pues del sacrificio *matutino* viene el que pudiéramos llamar, *vespertino*. Después de la Comunión, con rapidez propia del gozo extremo, se cantan las Vísperas entremezcladas con los *alleluyas* de la Pascua; y entónces si, después de la más larga jornada litúrgica que tiene la Iglesia en la actualidad, el Diácono despide á los fieles, eucargándoles la alegría; recalca su expresión y les dice: *¡os, se acabó la Misa, ¡alleluya!, ¡alleluya!*

¡ Los gozos pascuales están iniciados; ¡ el triunfo del Señor!; ¡ el triunfo de la fe; ¡ el bautismo que es la resurrección del alma!; ¡ la gracia en los corazones, que es la verdadera *alleluya* en la tierra y en el cielo!

[29] Véase lo dicho en la Nota 22.



NOVENA CONFERENCIA

EL DIA SANTO DE PASCUA

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.—Relaciones inseparables entre la Pasión y la muerte de Jesucristo y su Resurrección.— **EXPOSICIÓN.** La Resurrección fundamento así de la fe como de la liturgia.— ¡ Fiesta de la Vida !— Hoy triunfó ésta sobre la muerte: así CORPORAL, poniéndose las bases de la resurrección de la Carne; como sobre la muerte ESPIRITUAL, que es el pecado: lo insinúa la liturgia con el ciclo y los sacramentos pascuales. Lo indicó la Pascua judía.— Digresión forzosa sobre esta: su realización en Cristo; de aquí la FESTIVIDAD CARDINAL. Modo é importancia de fijar la Pascua. Renovación de la Vida; formación del Domingo.— La Pascua y la Vida del Verbo en el año eclesiástico. **CONCLUSIÓN:** ¡ La Verdadera Páscoa en el Cielo !

Católicos oyentes:

La Pasión y la Resurrección de nuestro divino Redentor constituyen el fondo de las palabras, de las profecías, de las figuras del Antiguo Testamento; y en el Nuevo estos dos asuntos, la Pasión y la Resurrección, así como son el tema favorito de las predicciones del Salvador, ya con sus palabras, ya en signos, ya en su language acostumbrado de parábolas, son la materia trillada de los relatos y de las cartas apostólicas y de la misteriosa Apocalipsis.

No me voy á detener en comprobar la verdad de este aserto, lo que equivaldría á recorrer minuciosamente la Santa Escritura toda. Una sola cosa vengo á haceros notar sobre esta lazada misteriosa que existe entre la Muerte y la Resurrección, y es el hecho notable de que general y constantemente, siempre que en las sagradas letras se trata

de la Pasión, inmediatamente se añade algo de la Resurrección.

¡ Jesucristo como Profeta!: tema sublime para un estudio útil y edificante sobre el Evangelio. Pues bien, en los innumerables pasajes en que El mismo predice los sufrimientos que le aguardan, siempre prosigue y concluye con la exaltación gloriosa que coronará sus padecimientos. Contemplar á Jesucristo como Profeta equivale á acompañar á un experto navegante, á un avisado piloto: ve la tempestad en alta mar; pero en lontananza también ve el puerto . . . ¿ Rehuye aquella? . . . No, sereno la atraviesa: sus ojos están fijos en el cielo y en el playa; su mano diestra para manejar el timón en la tormenta; su pecho sosegado con la seguridad de arribar al puerto ¡ Más que sereno el Hijo de Dios, alegre, gozoso, se engolfó en el dolor! y ¡ victorioso llegó á las playas de la Resurrección!

Después de haber examinado el culto litúrgico rendido á la Pasión y muerte, no nos será, pues, dado á nosotros separar aquello que Nuestro Señor Jesucristo no quiso fuese separando, aquello que los Apóstoles, la Iglesia, la Liturgia misma no han podido separar. Las explicaciones de la Semana Santa, de consiguiente, se han de completar con la solemnísimas liturgia de la Pascua: una sola semana las contiene; á la Mayor, la llamaban, semana de Pascua; la denominación de *florida* que se dió á ésta, le vino de que el Domingo de Ramos, con que se iniciaba la pascua litúrgica, se traía plantas florecidas al templo; el Jueves y el Viernes Santos fueron llamados á las veces, la Pascua, la Pascua de la Cruz.

Vamos, pues, á completar nuestras Conferencias con las consideraciones del Día Santo de Pascua. Ya queda, por lo tanto, anticipado, que no miraremos los aspectos teológicos, apologéticos, místicos de este día, fecundo en todos ellos; vamos á considerar el aspecto litúrgico de la Pascua de Resurrección.

Si Cristo no resucitó, dice el Apóstol, *es inútil nuestra predicación, vana nuestra fe* (1). Pues bien, siendo tan perfecto el acuerdo entre el Dogma y la Liturgia católicos, lo que S. Pablo dijo de la fe, nosotros pudiéramos decir del culto: si Cristo no resucitó inútiles serían nuestras ceremonias, vana la liturgia. La Resurrección es, en efecto, el centro del culto, y el punto de partida del año litúrgico: *festividad de las festividades, fiesta de las fiestas*, como la llamó la antigüedad cristiana (2).

Entre torrentes de alleluyas inicia hoy día sus oficios la Iglesia: *¡Resucitó Cristo Alleluya!* [3]; es su primera palabra oficial sobre esta festividad. ¡Sublime, maravillosa, inimitable manera de empezar!: la Resurrección de Cristo es el acontecimiento central de toda historia, de la historia de Dios, de la historia de la humanidad. A la Resurrección de Cristo convergen los designios de Dios y su economía sobre los hechos humanos; con la sola Resurrección del Señor quedaron perfeccionados, el fin por que el Verbo vino al mundo y la rehabilitación de éste: decir, pues: *¡Resucitó Cristo!*, es decir: alégranse todos. ¡Qué magnífica manera de anunciar concisa, pero categóricamente el objeto de esta solemnidad, ¡alleluya!

Y nada más justo: porque el resucitar de Cristo es el resucitar de un Dios; el resucitar de Cristo es el resucitar de un hombre. Más todavía: resucitar implica dos extremos, la Muerte vencida y la Vida triunfadora ¡muerte y vida en todo un Dios!, ¡vida y muerte en el hombre!! . . . ¡ah! qué festividad! ¡qué excelente y amplia festividad! Con razón de todas las demás fiestas, así sagradas como profanas, se señala autor y origen; llé-

(1) I Cor. V — 14 (2) S. Gregorio Magno explica estas denominaciones en Homilía in die *Paschatis*, de la manera siguiente: *Santo de los Santos* es, dice, lo que es Sautó por excelencia en el templo; *ednlico de los ednlicos*, lo que en la S. Escritura es el cantar mejor; así festividad, fiesta de las festividades ó de las fiestas, es la que á estas sirve de centro, la festividad cardinal. [3] Invitatorio del Oficio de Maitines: el día Santo de la Resurrección.

gase á lo más á decir que se fundó por sí misma; pero á la Pascua, ni se le encuentra otro autor que á Dios, ni se le limita objeto especial: todo lo abraza; en la amplitud, uno y otro testamento, el tiempo y la eternidad; en la extensión, cuanto abraza el cielo, el firmamento y la tierra. ¡ La Pascua resuena con sus *Alleluyas* donde quiera que halla eco este grito de alborozo: ¡ *Resucitó Cristo Alleluya!*

Al considerar empero las palabras y las acciones que hoy recopila la Iglesia me inclino á formular este aserto: El día de la Pascua se celebra en Cristo resucitado, y en quien y por quien todo vive, el misterio de la Vida; ¡ el inefable misterio de la Vida!, de esta admirable participación de la actividad de Dios á cuanto fuera de El existe! ¡ La Resurrección es el triunfo de la Vida sobre la muerte; la Pascua es la celebración de este triunfo!

¿ Qué otra cosa es sino la Resurrección de Jesucristo? Bastaría fijarse en las palabras con que la Iglesia da principio á la Misa de esta solemnidad: ¡ *Resucité, y héme aquí entre vosotros nuevamente, ¡ alleluja!* (a) Este es el introito de este día: ¡ grito de un vencedor, apenas pone en fuga á su adversario!; ¡ reto audaz de un preso al escaparse de las garras del aprehensor!

Los triunfos de las armas suelen encadenarse unos con otros, como si obedecieran á leyes infalibles; del mismo modo que los reveses de la fortuna, bajo esa imperiosa ley que el vulgo llama fatalidad. Hasta el día de la muerte de Cristo, desatada, victoriosa anduvo la Muerte: obtuvo su triunfo en el Paraíso y de triunfo en triunfo recorrió su carrera hasta vencer al Autor de la Vida en el Calvario. El día de la Resurrección, empero, experimentó la enemiga del hombre su primer rota y desde entonces, de descalabro en descalabro se va precipitando al abismo de su total ruína, ¡ Cómo!, me decís: ¿ anda la Muerte de rota batida?; pues jamás ha tenido el hombre peor adversario . . .

[a] Introito de la Misa de Pascua.

Rechazada por el Hombre - Dios en el Sepulcro; desde entonces viene padeciendo vergonzosas repulsas en todos los terrenos de sus fúnebres conquistas, Ah; qué fundado es hoy lo que hace la liturgia: mezclar sus expresiones entre repetidos alleluyas! No sólo triunfó la Vida sobre la Muerte en Jesucristo: triunfó la Vida sobre la Muerte en la Humanidad entera. La Iglesia expone esta consoladora verdad, de que luego trataremos, con estas bellas expresiones de su liturgia en la Oración de la Misa: "Hoy, vencida la Muerte, nos abristeis, Señor, de par en par las puertas de la eternidad, *Aeternitatis aditum, devicta morte, reserasti*"! (b)

Y así es, en efecto, católicos: desde el día de la Resurrección de Cristo, ya no merece nombre de Muerte aquella transformación momentánea por la que el hombre se ve obligado á pasar: inclinarse un momento bajo la loza sepulcral para resurgir glorioso. *Habiendo entrado en el mundo la muerte por un hombre, por un hombre mismo comenzó la resurrección; al modo como todos los hombres murieron en Adán, así todos los hombres reciben la vida en Jesús. Si no resusitaran los muertos, no fuera cierto que resucitó Jesús. Mas hoy celebramos la resurrección de Cristo, que es la primicia de los muertos resucitados* (4)

Mas, ¿ cómo se verificó el triunfo de Cristo sobre la Muerte? . . . ¿ Recordéis la historia del singular combate entre David y Goliath? : ¿ no fué el pastorcillo David, pequeño, delicado? ; no tomó por únicas armas su báculo rústico de Pastor y cinco piedrezuelas del torrente? ; no se presentó ante el enorme contendor que venía ufano, no sólo de su estatura y esfuerzo, sino de sus dobladas corazas de bronce, de su asta inmensa como el enjullo de los telares? . . . Con todo, una piedra lanzada por la rústica honda bastó, y cayó el coloso, y el pueblo de colosos púsose en precipitada fuga (5). Así mismo hizo Cristo,

(b) Oración del oficio y Misa de Pascua.

[4] I Cor. VI — 21 y 22 [5] I Lib. Reyes C. XVII

Pastor de Israel: gigante vencedor era la Muerte, y Él, como David toma el madero de su cruz por báculo, las cinco llagas recogidas en el torrente del dolor, por municiones, su Omnipotencia divina, por honda. La Sagrada liturgia lo está diciendo: "La Muerte con la Vida trabaron singular certamen; batiéronse en duelo nunca oído: el Caudillo de la Vida acometido primero por la Muerte, salió vencedor, y reina vivo; *Mors et Vita duello conflixere mirando; Dux vitae mortuus regnet vivus!*" (6). David no tenía espada: sirvióse de la misma del vencido para rematarlo. De la misma manera hizo Jesús con la Muerte: ésta tuvo por arma el árbol del paraíso, en un madero venció; por esto desde otro madero, el árbol de la Cruz, asestó sus dardos contra el Señor: creyó que el árbol era su inexpugnable valuarte; pero ¡infortunada traidora!, esta vez fué vencida y muerta con el mismo árbol. ¿Por quién?

... Por Cristo, que muriendo en la Cruz destruyó nuestra muerte y resucitando reparó nuestra vida; *qui mortem nostram moriendo destruxit et vitam resurgendo reparavit*, como canta hoy gozosa la Iglesia (7)

Una de las circunstancias que más llaman la atención en el duelo entre Goliat y David es la contraposición de expresiones entre los combatientes: soberbio, audaz, seguro de su poder el bastardo gigante; humilde, desconfiado de sí y de sus armas, arrojado en el poder de Dios, el pastorcillo de Belén. En el Sepulcro de Jesucristo están los guardias, la gran piedra, los sellos; pero la Sagrada liturgia con su inspirada penetración nos hace oír en los oficios de hoy cómo están voceándose en las regiones de la muerte los combatientes de ultratumba: "¡yo he de ser tu Muerte, oh muerte y tu mordedura he de ser yo, oh infierno!; ¡preinaré hasta poner á mis enemigos bajo mis plantas, y por fin he de destruir á la Muerte! (8) Y luego nos descubre que Cristo es el primogénito de los resucita-

[6] Secuencia de la Misa de Pascua
XV, 25—26

[7] Prefacio pascual

(8) I Cor.

dos, la primicia de los triunfantes, el Caudillo de los que derrotaron á la muerte.

En efecto: así como, vencido Goliat fué vencida toda la nación de los filisteos; y victorioso David triunfó todo Israel; así vencedor Jesucristo en el Sepulcro, quedamos vencedores nosotros todos y dueños del derecho á la Resurrección. Oh ¡ Tu, divino vencedor, te hiciste modelo de toda resurrección! ¡ Desde hoy, los sepulcros ya no son fosas de corrupción! Cristo fecundó las tumbas: convirtió cada sepulcro de los cristianos en búcaros de flores inmortales: jardines de palmas y de flores son desde entonces nuestros cementerios: ¿ se deposita en ellos el cuerpo en estado de corrupción?; eso es sembrar una semilla que brotará planta incorruptible: ¿ se acuesta en la tumba un cuerpo deforme?; así se hace germinar un árbol glorioso: ¿ arrójase á la fosa un inerte despojo?; no es sino para que de ahí brote un vigoroso renuevo: ¿ se sepulta en la tierra un elemento animal?; es para que de allí surja hacia el cielo un ser espiritualizado! [9] Pero ¿ cómo puede un mortal cuerpo adquirir estas cualidades? Mediante el cuerpo de Cristo resucitado, virtud y modelo de resurrección: *como es inmortal el cuerpo del segundo Adán, así lo serán los de sus hijos!* (10): este será el tipo al que nos hemos de conformar todos los cristianos.

¡Qué justos son, pues, hoy los transportes de alegría de la Iglesia en su liturgia!: ese altar, ayer sepulcro desnudo y oscuro, hoy está brillante, florecido, iluminado, engalanado de blancos y lujosos tapetes! El evangelio según San Marcos, del discípulo de S. Pedro, de este testigo afectuoso de la Resurrección ha referido al pueblo el hecho misterioso, é inmediatamente se ilumina en el Santuario, junto al sitio del Evangelio, el Cirio pascual, símbolo de Cristo glorificado; y durante todo este tiempo, hasta la Ascensión veréis ahí esa misteriosa columna que se enciende desde el Evangelio hasta la Comunión de las Misas conventuales. ¡ Flores, luces, paramentos blancos, los mejo-

(9) I Cor. XV — 47 et seq. (10) I Cor. XV. 51

res utensilios !: son geroglíficos sagrados, con que la liturgia repite, aún con los seres materiales, el ¡ *Alleluja!* de esta gran festividad !

No temáis, dijo el Señor, á quienes pueden matar al cuerpo, pero que son incapaces de matar al alma; á quienes pueden dar muerte á ésta, sí, temed en buena hora (11). ¡ Matar al que debe morir, no es hazaña; matar al inmortal es lo temible ! ¿ Y qué es lo inmortal en nosotros ?: el alma. ¿ Quién da la muerte á esta inmortal ?: el pecado. ¡ Cierto, cristianos; sólo el pecado es muerte temible !; ¡ muerte de lo inmortal !

De manera análoga pudiéramos hoy raciocinar y decir: resucitar el cuerpo, ¡ grande, admirable cosa es; pero ! resucitar á las almas ! . . . ¡ este es el verdadero motivo de los *allelujas* de la Pascua ! La Resurrección de Cristo, celebrada hoy con tanto esplendor por la Iglesia, es el símbolo de la resurrección de las almas por medio de la conversión verdadera. En efecto ¿ qué fué la festividad pascual de los primeros tiempos ? Lo hemos visto en sus primeros rudimentos en la Conferencia anterior. La asamblea de los fieles está reunida en fervorosa expectativa. Con el lucero del alba amanecerá la luz de la pascua: para saludarla se han preparado los neo-bautizados, los recién convertidos, los reconciliados por la penitencia pública. Ante estos, el Diácono entona las alabanzas á la Luz que va á surgir del sepulcro: *¡ alégrese la tierra, clama, alumbrada por tan esplendorosa luz ! . . . ¡ Esta es la noche en que los pecadores fueron iluminados por la columna resplandeciente de la gracia ! . . . Esta es la noche de la que se escribió: será más clara que el día, y sus tinieblas me servirán de deliciosa claridad ! . . . ¡ Oh ! noche, en la cual amaneció el lucero de la mañana palidísimo por aquel otro lucero engendrado de autemano en el Seno del Eterno, y que no conoce ocaso ! . . . Oh ! no-*

(11) Math. X — 28

che alumbrada por aquel que después de aclarar los ombos vino á iluminar al género humano! (12). Pues de igual manera la Liturgia actual, ha establecido que la Pascua se celebre con el banquete de los recién convertidos, con el banquete eucarístico pascual.

Los tres Sacramentos, el del Bautismo, el de la Penitencia y el de la Eucaristia han venido á ser como el objetivo práctico de la liturgia con relación á los fieles. El Bautismo que da la primera vida al alma, era el término de la Cuaresma antigua: los bautizados, el coro que circundaba á Cristo triunfante. La Penitencia de los pecadores, su pública reconciliación con la Iglesia, era el botín recogido en la lucha de Cristo con la Muerte: los penitentes venían á ser el hallazgo precioso, que ponía á la Santa Madre Iglesia en el caso de convidar á las amigas y vecinas para congratularse con ellas, en el banquete pascual, por las joyas encontradas. Pero nada ha sido más característico de la Pascua que el festejarla con el banquete místico de la Santa Comunión. El Sacramento de Vida por antonomasia, aquel en el que se nos da quien es la Vida, y en el cual aún materialmente se traslada, al que lo recibe, la Vida de Cristo, hasta decirse que quien come ese cuerpo y bebe esa sangre come y bebe la Vida, que vive en él no su existencia ordinaria sino Cristo con su vida divina (13); este sacramento, decimos, se declaró ser propio del banquete pascual: *Epulemur in azymis sinceritatis et veritatis, ut sitis nova conspectio*, Banquetemos hoy con el mejor pan ácimo, para que nazca en nosotros una nueva vida exenta de los gérmenes de putrefacción (14).

Sí, notemoslo bien, cristianos hijos míos: solo en dos casos nos exige, nos obliga severamente la Iglesia á concurrir al banquete eucarístico; solo en dos casos el Padre de familias no admite excusas de los convidados á la gran

(12) Preconium paschale. Véase lo dicho en la Conferencia anterior pg. 106

(13) Galat. II — 20

(14) I Cor. V — 7

Cena. En el extraordinario de peligro de muerte, cuando el cristiano va á empezar la Vida eterna, cuando va á entrar la Pascua celestial; y, cada año, en el tiempo pas-cual: hoy día, si á todos fuera posible. ¡ Ah! si á diario nos acercáramos al banquete de la Vida!; nuestra existencia sería Pascua permanente. ¡ Si todos los días comulgáramos, todos los días renovárase en nosotros la Resurrección: viviríamos entre los goces, los triunfos y las glorias que ella comporta!

Parece que este significado de la Pascua: resurrección del alma, fué el que principalmente quiso acentuar el Señor; y por esto la festividad de la Pascua fué una de aquellas que El mismo reglamentó prolijamente en el Antiguo Testamento: desde entonces fué festividad cardinal, festividad de la Vida. En esa ley empero todo era en figuras y como material; en la actual todo es realidad y en espíritu.

Veamos lo que fué la Pascua de la Ley mosaica. Había el Señor intimado á Faraon para que dejara en libertad al pueblo de Israel; pero era tanta la dureza del rey opresor que no permitía que el pueblo elegido dejara de ser su esclavo; nueve plagas había soportado ya como otras tantas intimaciones que Dios le hacía para quebrantar su voluntad, y todo resultaba insuficiente. Al fin Dios llamó á Moisés y á Aaron, y les dijo, que cada familia de los israelitas tome un corderillo de un año, blanco, sin mancha, y que el día 14 del mes presente - era el de Nizán - sea degollado el cordero por la tarde; que con su sangre, se tiñan los dinteles de cada casa. Yo pasaré, añadió, y heriré de muerte á los primogénitos de los egipcios, á los de los hombres y á los de los animales; pero donde encontrare la señal convenida, el dintel teñido en la sangre del Cordero, no entraré, pasaré de largo. Con el Cordero aquel mandó el Señor, se hiciese un banquete de familia, pero; singular banquete!, en forma de refec-ción de viaje, de prisa, en pie, con báculos en las manos.

Añadió el Señor mil otras prolijas ritualidades á este acto, encargando al pueblo un exacto cumplimiento de todas ellas; pues es, dijo solemnemente, *La Pascua, esto es, el tránsito del Señor*. (15) Los hechos pasaron exactamente como le había anunciado Dios: los primogénitos egipcios fueron heridos desde el hijo de Faraon que se sentaba en el trono, hasta los primogénitos de las bestias. ¡Solo esto dobló al tirano y el pueblo elegido salió de la cautividad! Entonces el Señor mandó guardar el rito prescrito anualmente, como ley sempiterna: cuando vuestros hijos pregunten, le dijo, ¿qué significan estos cultos? habéisles de responder: es la Víctima del Tránsito del Señor, en recuerdo de que cuando estuvimos en Egipto, pasó Él hiriendo de muerte á los primogénitos; y tendréis este día como monumento perpetuo, lo celebraréis solemnemente ante el Señor de generación en generación con culto sempiterno!

¡Con culto sempiterno!, notadlo cristianos: vino la nueva Ley y no lo derogó, no! Era la Pascua, esto es el tránsito del Señor; y el verdadero Tránsito del Señor fué su Resurrección. ¡Nuestro Cordero pascual es Cristo!, exclama San Pablo, (16). Él ha sido inmolado por nosotros, Él es nuestra Pascua; por tanto celebremos esta Pascua y su convite no ya con levadura añeja, sino con ácidos de sinceridad y de verdad. ¡Qué cordero más blanco y sin mancha que Jesucristo?: los dinteles que median entre la Vida y la Muerte fueron teñidos con su sangre; ¡á vista de ella el Angel exterminador de la humanidad pasó de largo, porque vió la señal grabada por el primogénito entre los muertos! (17) Todos los requisitos del banquete pascual se cumplieron en su victimación: quedó la Pascua de monumento sempiterno, porque fué el *Paso del Señor*: paso de la muerte á la Vida; de la antigua á la nueva ley; de las tinieblas á la Resurrección,

[15] Exod. XII

[16] I Cor. V — 6

[17] Apoc. I — 5

de la pasividad á la gloria. ¡Pero en esta degollación los primogénitos salvados son las almas; la libertad obtenida es de la esclavitud del Demonio!

No solo con la Pascua judía que se transformó en la cristiana, manifestó Dios que era la fiesta de la renovación de la Vida del alma; manifestó también porque hizo de ella el centro de todas las demás festividades. La liturgia mira esto más en la Pascua; he aquí un aspecto fecundísimo de consideraciones acerca de esta festividad cardinal.

Por lo que acabamos de ver, decreto inescrutable del Señor fué el que la Pascua fuese *monumento sempiterno, culto perpetuo*. Cuando la Iglesia de Cristo vino al mundo pudo acerca de esta festividad decir lo que de los astros cuando se los ve por primera vez, nadie piensa que ese día han sido formados: dícese que aparecen; que salen de la nebulosa; que su luz llega recientemente á nosotros. Siempre miró la Liturgia esta festividad como el primero, el más brillante y central astro de su sistema planetario de solemnidades: ¡la Pascua es su Sol; las demás fiestas jiran en torno á ésta!

En efecto: puesta la Pascua, necesario fué anticiparle una conveniente preparación, los ayunos y abstinencias de la Cuaresma; fijada la Pascua hubo por fuerza lógica que disponer en el ciclo eclesiástico lo que á ésta precedió, y que, como hemos visto, le fué tan inseparable, la conmemoración de la Pasión y muerte, de ahí las semanas de Pasión y Santa; fijada la Pascua, nada más natural que anticiparse á fijar un día para conmemorar el Nacimiento de aquel que debía morir para resucitar: se imponía la conmemoración de la Natividad, Epifanía, Infancia, Vida privada y pública de Jesús. Pero, ¿cómo rememorar la Encarnación, el Nacimiento, el advenimiento del Mesías sin permitir un tiempo de preparación, en recuerdo y repetición de los cuatro mil años que esperaron á Cristo?, de aquí las cuatro semanas de Adviento; puesta la Pascua,

obviamente celebró la Iglesia, á los cincuenta días de ella, la fiesta de Pentecostés su fiesta complementaria, y dentro de esta etapa, la Ascensión. Conmemorado el Pentecostés donde el Espíritu Santo se hizo ostensible derramándose en dones sobre la Iglesia, hácese necesario considerar la vida de ésta en el mundo, hasta que llegue la segunda venida de Jesucristo como Juez, al fin de los tiempos: á esto se centra el tiempo que hay desde Pentecostés hasta el Adviento, concluyendo en la última semana por considerar la postrer venida de Jesucristo á juzgar la tierra.

¡ Ved qué círculo es el año eclesiástico, órbita de planetas: ahí el rojo como Marte, Pentecostés; ahí el luciente Orión, grupo de festividades de Navidad; y dentro de ese firmamento!, ¡ cuántas estrellas en las festividades de María!, ¡ cuántos luceros en las de los ángeles!, ¡ qué de constelaciones de Santos! ... ¿ Su centro? ... El engendrado antes que el lucero de la Mañana y aparecido en la madrugada de la Resurrección.

De aquí que una de las grandes preocupaciones de la Iglesia, en todos los tiempos, desde los muy próximos á su fundación, ha sido el problema de fijar con precisión el día de la Pascua en cada año. Así debía ser: ¡ día central de la vida del cuerpo y del alma, de la glorificación del Verbo, del sistema litúrgico: requería mucho detenimiento la solución de este problema. Entonces llamó la Iglesia en su ayuda á los astros, como dice la S. Escritura que hace Dios: los llama por su nombre; les indaga sus carreras y sus secretos; ellos fueron contestando: ¡ *Adsum!* ¡ *presente!* (18) y dieron á la S. Liturgia sus datos y señales á que el tiempo de la tierra no discrepe en esto de rendir culto á su Hacedor, del tiempo del firmamento; para que todas las criaturas á una, hincen la rodilla y al grito de ¡ *Alleluja!*, rindan sus adoraciones á Cristo, *per quem omnia facta sunt*. ¡ Qué linda realización del sue-

[18] Barnab. III — 35

ño de José: el Sol y la Luna le están adorando! ¡Cristo resucitado es el verdadero José pasado de la cárcel al trono, á recibir adoraciones de propios y extraños!

De Dios estaba que la Pascua por El establecida continuará perpetuamente. Mas al hacerle realidad con la Resurrección del Señor, introdujo un detalle, antes no determinando; este detalle, cuyos profundos motivos y sentidos hemos de examinar más tarde, consistió en la fijación del Domingo para realizar su gran Pascua. En la judía debió ser siempre el 14 del mes de Marzo. La Iglesia, guardando el fondo de la institución y el plenilunio de Marzo, quiso que siempre se verificara la pascua en Domingo, y á fin de descartarse de la práctica judía, el Concilio de Nicea estableció definitivamente que la Iglesia católica celebraría su Pascua perpetuamente el primer Domingo que sigue al plenilunio de la primavera. El Patriarca de Alejandría recibió el encargo de verificar este cómputo cada año: lo enviaba al Sumo Pontífice y éste lo hacía publicar por medio de los Obispos de todo el orbe. Con la reforma del Calendario ejecutada por Gregorio XIII en 1581 quedó de tal manera arreglado el cómputo eclesiástico, que desde entonces para siempre, por ordenación de la Iglesia, quedaba fijado el día de la Pascua y el modo de encontrarlo exacta y científicamente en lo futuro. (19) Así establecióse una armonía perfecta entre las fiestas del año eclesiástico y las evoluciones de los astros. ¡ *Ordinatione tua perseverat dies, quoniam omnia serviunt tibi!* (20)

La obra primitiva de Dios, la obra de los seis días del Génesis había, en cierto modo, perecido con el pecado:

(19) Esta reforma consistió en enmendar un error que con el correr de los años se había deslizado en la fijación del equinoccio de primavera. Con el adelanto de la ciencia se encontró que el Calendario de Julio Cesar dejaba sin computar unas horas cada año, de las que se requirieron para que el Sol dé su vuelta completa. El Papa enmendó lo pasado haciendo que se omitieran diez días, del 4 al 15 de Octubre el año de 1582, y que para el porvenir, cada cuatro años, excepto los centenarios, fuesen bisiestos; esto es, con un día más en febrero.

(20) Ps. 118 - 91.

quedaba sí el árbol, pero seco; sus frutos habían sido devorados por la Serpiente. La Resurrección de Jesucristo venia á repararla, y así dispuso Dios que ésta se realizase el primer día de la semana *quæ lucescit in prima sabbati* (21), como para rehacer su obra, por donde la había empezado. El Primer día creó Dios la luz; en su obra de reparación, el primer día volvió á verse la luz verdadera, Jesucristo, que como astro brillante primero, apareció en el cielo de la nueva vida. *Plugo á la Iglesia de Dios*, nos dice el Catecismo Romano (22), *que el culto del día Sábado y sus prerrogativas se trasladaron al Domingo. Pues así como en este día brilló por primera vez la luz al orbe; así con la Resurrección de nuestro Redentor, que ocurrió en igual día, se nos abrió la entrada á la vida eterna, y nuestra vida pasó de las tinieblas á la luz.* Esto ha hecho que se adoptara el nombre de *día del Señor* para el de la Resurrección; llamósele Domingo, se repite siempre después del Sábado. Parece aún que la Iglesia, guiada por Dios, no se ha contentado con que tan grande fiesta tuviese su festejo una sola vez al año: todos los Domingos son dedicados al recuerdo del día en que resucitó el Señor. Hermosamente dice al respecto S. Agustín: "La resurrección de Cristo nos prometió un día eterno, y consagró el Domingo. Llámase así porque pertenece al Señor, y le pertenece porque en él resucitó". (23) Hasta entonces se descansaba el Sábado, en recuerdo del descanso de Dios el séptimo día de la creación; ¡desde que Jesucristo empleó el Sábado en el descanso sepulcral, el pueblo que vió la luz al amanecer del primer día de la semana, descansa en el gozo, con la actividad y alegría de la nueva luz!

• •

Es pues el día Domingo, no solo propiedad, sino

(21) Math. XXVIII—1

(22) Cat. Rom. pg. III. c 4. 18.

(23) S. Ang. Serm. 169.

obra, invención del Señor Jesús: *Hec dies quam fecit Dominus*, este es el día que hizo el Señor! Y lo hizo para Sí, para su glorificación, para centro de las manifestaciones que se le rendirían no solo en el tiempo, sino en la eternidad.

En efecto: tres etapas podemos considerar que tuvo, ó mejor dicho tiene la vida del Verbo divino: una en el seno del Eterno Padre, antes de encarnarse: *el ayer de Cristo!*; otra, una vez que asumió la naturaleza humana, se encarnó y pasó su vida en el mundo: *el hoy del Señor!*; otra en fin, cuando glorificado, se fue Dios y Hombre al cielo y goza de todos los honores que se conquistó: *¡el eterno porvenir del Verbo! ¡Christus heri, hodie ipse et in saecula!* (24).

La Santa Iglesia se ocupa constantemente en honrar á este Verbo divino; la liturgia no es otra cosa. Desde el día de la Resurrección viene diciendo: *este día que se hizo el Señor para Sí, alegrémonos, regocijémonos en él!* Pero en este mundo es tan difícil regocijarse!; los días vienen tan cortos y malos para el gozo!; las dichas no pueden ser nunca muy intensas en la tierra! de manera que para alegrarse mucho, más que de corazón se requiere de tiempo. Por esto, la sabia Iglesia no pudiendo en un solo día del año alegrarse como debe *por ese día que inventó el Señor* para su gloria, reparte sus alegrías entre los cincuenta y cuatro Domingos del año, á los que hace como *sucursales* del gozo de la Resurrección, y no bastándole estos, como que no bastan para tanta gloria, cada día en la Iglesia es fiesta, toda fiesta celébrase con misa, y cada misa, como hemos dicho, es una verdadera Pascua.

Así y todo fugacísimo es el tiempo, y muy estrecho el currículo del año para honrar debidamente las múltiples vidas de Aquel que es fuente de la Vida [25]. Vedlo sino: desde el Adviento, apenas tiene cuatro sema-

[24] Hebr. XIII—8.

[25] Ps. XXXV—10.

nas para honrar la vida eterna en el Seno del Padre, y los cuatro mil años de espera con que le aguardó la humanidad: ¡una Samana para cada mil años!; ¿y los años eternos anteriores? . . . Desde la Navidad, el 25 de Diciembre, hasta la Septuagésima, cinco ó seis semanas para honrar toda la vida oculta: ¡33 años de la fecunda vida del Dios humano! Desde la Cuaresma á la Pascua, todos los misterios inenarrables de su Pasión, muerte y sepultura! Desde la Pascua hasta la Ascensión, las grandezas de su vida gloriosa en la tierra! Y desde la Ascensión hasta el nuevo Adviento, la vida, de nuevo eterna, de Cristo á la diestra del Padre, hasta el fin de los tiempos, y desde entonces por la eternidad sin fin!



Corto, vuelvo á decir, muy corto es el tiempo: ¡que compensen las series de años; que acudan los siglos para honrar al Rey inmortal; *Regi Saeculorum!* . . . ¡Qué justo es considerar al Cielo como Pascua eterna!

En realidad: el tiempo con sus limitaciones no podía bastar para la glorificación del Verbo. Para festejar tan solo la Resurrección de Este, estrechísimos vienen los siglos con sus años, meses y semanas. Hubo de prepararse el Eterno un Cenáculo grande, bien aderezado para que su Hijo hiciese el banquete de su Pascua; hubo de hacer la Gloria, eternamente durable, para que se cumpliera lo de *monumento sempiterno, culto perpetuo*: ¡é hizo para ello el Cielo!

¡Oh! Gloria!, qué justo es considerarte como la perdurable fiesta pascual! En tus montes padece el Cordero sin mancha victimado desde la formación del mundo: Pascua eres!; en tus collados florecen las virtudes todas en grado eminente: eres Pascua florida!; en tus moradas viven Dios, los ángeles, las almas victoriosas; serás la perpetua mansión de los cuerpos resucitados!: eres Pascua inmortal de Resurrección!; brilla tu centro con la antorcha del Cordero, *lucerna ejus est Agnus*: Cristo glorioso es tu indefectible cirio pascual: tus glorias y alabanzas

alternan con los *Alleluyas* de los Bienaventurados! . . .
¡Oh! sí, cristianos míos: ¿sabéis lo que es el Cielo?: ¡es
una continuación de la Iglesia de Cristo, en el eterno día
de Pascua de Resurrección: por esto lo llamamos *Iglesia
triunfante!*

¡Ah!, si tendremos la dicha de exclamar cuando la
muerte nos intercepte la mirada hacia las cosas criadas:
¡*Gloriam vidi Resurgentis!!!*



DECIMA CONFERENCIA

COMPLEMENTARIA

LAS RELIQUIAS INSIGNES DE LA PASION

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.— Nexo entre la Liturgia de la Semana Santa y la veneración de los instrumentos de la Pasión de Jesucristo.— EXPOSICIÓN: 1° LA VERDADERA CRUZ. Porqué Cristo eligió este suplicio; sus formas; condiciones materiales de la del Salvador; suerte que corrió el S. madero, su encuentro por Sta. Elena; su estado actual. 2° LA LANZA Y LOS CLAVOS. Instrumentos de las gloriosas heridas; su suerte en lo pasado, y su paradero actual; sublime misión de la lanza. 3° EL TÍTULO Ó INSCRIPCIÓN DE LA CRUZ (vulgo el INRI): su origen, historia; estado actual; excelso documento de la realeza de Cristo! 4° LA CORONA DE ESPINAS. Prendas de irrisión: ésta existe, su forma probable; dónde se encuentra?; dónde están las espinas?: ¡única prenda que llevó Jesús al morir! 5° LA SAGRADA TÚNICA. Vestidos que usó el Señor; sorteo de las vestiduras. Las túnicas de Argenteuil y Tréveris. 6° EL SANTO SUDARIO. Lienzos de la sepultura: la Sábana Santa de Turín; el sudario de Cadouin. 7° LA COLUMNA DE LA FLAGELACIÓN. El primer suplicio corporal de la Pasión; cómo se ejecutaba la flagelación. La Sta. Columna de Roma. 8° LA SANTA FAZ. Tradición sobre la Verónica. El velo del Vaticano: tipo corporal de Cristo. CONCLUSIÓN. ¡ La verdadera faz de Jesucristo !

Piadosos oyentes, muy amados en Cristo:

La Sagrada liturgia católica no se ha contentado, en tratándose de la Pasión y muerte del divino Redentor, con la veneración de los hechos y de los sublimes misterios que estos encierran para nuestra edificación y enseñanza; ha querido honrar con culto especial hasta los instrumentos aún materiales de la Pasión y venerar con devoción profunda los vestigios que Jesucristo dejó en la tierra. Y ¡ cómo no hacerlo, si los dejó impregnados de

Pasión, si así puedo expresarme, si los dejó santificados, divinizados ?

Uno de aquellos que pudiéramos llamar instintos del alma cristiana es manifestar cierta devota curiosidad por estas prendas ungidas por la persona del Dios humanado; de aquí que la Santa Iglesia ha cultivado estos afectos piadosísimos dedicando santuarios, prescribiendo culto especial para las prendas que se relacionan inmediatamente con la sacratísima humanidad de Jesucristo, y fundando fiestas solemnes, con oficio propio, para honrar estos trofeos.

En el ciclo eclesiástico dedicado á la Pasión de Cristo, desde la Septuagésima, viene la Iglesia intercalando estos recuerdos, y el culto de la Semana Santa alude á ellos con frecuencia.

Sí, católicos: incompleto quedaría el recuerdo del héroe si no rememoráramos sus armas; desagradecidos no mostráramos para con el Padre, si no veneráramos las prendas que nos legó; no corresponderíamos al espíritu de nuestra Madre la Iglesia, si no tributáramos culto á los sagrados instrumentos de la Pasión.

La Cruz dijo el Señor que aparecerá en el cielo cuando El venga á juzgarnos; (1) creencia piadosa es que la verdadera Cruz, que los instrumentos de la Pasión, que todos los vestigios que tocaron la humanidad del Verbo, serán recogidos, prolijamente inventariados, recompuestos ellos también, el día de la resurrección de los muertos; y llevados por los ángeles al cielo.

Miguel Angel, el genio de las atrevidas concepciones, el atrevido ejecutor de las escenas sobrehumanas, inmortalizó gráficamente este pensamiento en su *juicio final* de la Capilla Sixtina. Esta es su escena superior; mientras todo en esa obra es el desarrollo de la Justicia divina; ¡ allá en las alturas se ve arremolinados grupos de ángeles llevándose al Cielo la Cruz, la Columna, la Corona; todos los Instrumentos de la Misericordia redentora !

(1) Mat. XXIV - 30.

¡Oh! sí, cristianos, así ha de ser: el cielo es para honrar al Verbo humanado; cuanto con El se refiere tiene que participar de esas glorias!

Vamos pues á ver muy someramente la suerte que mientras tanto han corrido tan venerandas reliquias. ¡Compañeras nuestras de peregrinación en la tierra, esas afortunadas criaturas irracionales, instrumentos fueron, aunque inconscientes, de la Redención; si nos salvamos, ¡ah!, estas prendas serán el único mobiliario que hemos de ver en la Corte de nuestro eterno glorificado y glorificador Cristo Jesús!

Paremos nuestra atención en algunos de los principales de ellos; los que más atraen la atención del pueblo cristiano y ocupan á la Liturgia misma. Si de todas quisiéramos tratar! ¿no es el globo terrestre una ara en que se ejecutó el sacrificio, peana de la Cruz, altar de la Redención? ¡El Sol, el aire, la naturaleza toda material, acaso no tomaron parte en el drama del Calvario? ¡Todos los reinos de la naturaleza contribuyeron; todos los ordenes creados se constituyeron en instrumentos de la Redención!!! Veamos tan solo los inmediatos.

1º *La verdadera Cruz* [2] Nuestro Redentor Jesús dió por nosotros su vida divina muriendo en el suplicio de la Cruz: el más ignominioso, cruellísimo, vergonzosísimo, le llamaron los antiguos "¿Ha cometido un ciudadano romano un crimen?, dice Cicerón: ¡cuidado con mentar siquiera el nombre de Cruz para su castigo!, ¡cuidado con aplicárselo al cuerpo; no pase tal proyecto ni por el pensamiento, ni ante la vista, ni de oídas [3]!". "Atar á un Romano, dice en otro lugar, es un crimen; gran de-

(2) Varias fiestas ha establecido la Iglesia para honrar exclusivamente la Santa Cruz: el 3 de Mayo celebra su *invenición*, el 14 de Setiembre, su *exaltación*, el 16 de Julio su *triumfo*. Todas tres se relacionan con la Historia del Santo madero desahrollada en el texto, y prueban el respeto que merece esta insignia reliquia y su historia, Esto fuera de los honores que le dedica en toda la liturgia y especialmente en las Semanas de Pasión y Santa, como instrumento de la Redención.

(3) Cic. pro Rab. 5

lito el azotarlo; un cuasi parricidio, matarlo: ¿ qué d'ría yo de crucificarlo? No tengo palabra apropiada para designar lo que fuera esta tan nefanda acción" [4]

Muchísimas razones encuentran los comentadores para justificar el porqué Nuestro Señor aceptó esta forma de suplicio: *sustinuit cum gaudio Crucem confusione contempta*. ¿ Porqué aceptó con gozo la Cruz, haciendo caso omiso de la vergüenza que ella comportaba? [5] ... La calidad del sacrificio que trataba de ofrecer, y la prueba que se reservaba dar con su Resurrección, parecen responder á esta pregunta suficientemente.

Interesa empero en sumo grado al pueblo devoto saber pormenores de este instrumento convertido en Signo de Redención, emblema de la nueva ley, enseña de la Religión Cristiana.

Este patíbulo solía tener varias formas: la cruz llamada *decusata* era en figura de X, es en la que sufrió su martirio S. Andrés y por eso se la conoce con el nombre de este Santo. La cruz *commisa* ó sobrepuesta, era á modo de la letra T, y fué signo simbólico en el antiguo testamento [6] y entre los egipcios. Por último hay la cruz *inmisa* ó cruzada, la que conocemos sencillamente con el nombre de cruz, latina cuando el travesaño horizontal corta al madero vertical en partes desiguales †, ó griega cuando se entrecortan sus líneas dejando brazos iguales ‡. De estas últimas, en la forma latina, según toda probabilidad, fué la de Cristo Señor Nuestro. (7)

Por los fragmentos que de ella subsisten y demás disquisiciones de la flora de la Palestina, resulta que fue de una madera del género de *coníferos*, pero no de aquellos que toman el nombre de pinos. (8) Según una antigua tradición el madero principal ó montante de la Cruz debió tener 4 metros 80 centímetros de largo, el travesa-

(4) Cio. in Verr. 5 — 66

(5) Heb. 12 — 2

(6) Ezech. 9 — 6

(7) Van-Stenkisten in S. Math. Q. 844

(8) Vigouroux Polyglote en Math. 22 — 32 N



ño, algo como 2 metros 30, á 2 metros 60 centímetros. Hay graves razones y multitud de datos así en pro como en contra para pensar que en la Cruz de Nuestro Redentor hubo además una pieza de madera para asentar las plantas de los pies (supedáneo), y otra al medio que sirviera como apoyo ó asiento. Sea de esto lo que quiera, la Cruz de aquella madera y dimensiones debió pesar cien quilogramos. En el agotamiento de fuerzas que experimentó en la Pasión su divino y delicado dueño, pensad ; cuán grave le sería ese peso !

Una vez bajado Cristo muerto del madero infame, fué éste enterrado en la cumbre del Calvario; pues aunque se solían dejar los cadáveres en la Cruz para que esta les sirviera de sepultura, ó mejor dicho, á que las aves de rapiña los devorasen en el cadalso; desde el tiempo del emperador Augusto se introdujo la práctica de dejar que se sepulte á los ajusticiados, cuando así lo pedían los deudos: esto pasó con Nuestro Redentor. El fue honrosamente sepultado, y en la cumbre del Gólgota mismo lo fueron los ladrones y las tres cruces con sus respectivos clavos y títulos.

Enterrado estuvo el madero redentor muchos años; tantos, cuantos la Iglesia estuvo sepultada en las catacumbas ; qué coincidencia tan divina !; hasta que el año 326 Santa Elena, madre del emperador Constantino, quien dió la paz á la Iglesia y libertad á los cristianos, la encontró providencialmente. Sí, providencialmente; vedlo: el emperador Adriano había hecho construir en el lugar mismo de la crucifixión, en el año 136 un templo á Venus, para así borrar el recuerdo de Jesucristo. Ese templo fue la señal histórica, y fue la protección del sitio, ya contra la intemperie, ya contra la ocupación privada, ya contra la transmisión de mano á mano entre poseedores; accidentes que habrían bastado para hacer desaparecer el recuerdo del sitio fijo.

Encontrados las tres cruces, la lanza, el título y los clavos, Dios manifestó cuál era la verdadera Cruz del Redentor, porque aplicando las tres á una mujer gravemente

enferma, al contacto de una de ellas, sanó súbitamente: ¡no hay duda, esa era la Cruz redentora! La Cruz así hallada, en su mayor parte quedó en Jerusalén; una buena porción fué enviada por la reina á Roma, donde se le construyó, para custodiarla, la Basílica llamada S. Cruz de Jerusalén, que aún conserva insignes trozos de aquella; otra parte fué enviada por la misma reina á su hijo á Constantinopla, donde se mantuvo, hasta que cayó esta ciudad en poder de Cósroas rey de los Persas en 614, quien se llevó consigo la insigne reliquia. A los 14 años el [rey Heraclio la arrancó del poder de aquel rey y restituyó la Cruz adorable á Jerusalén.

Por muchas partes se han repartido porciones más ó menos grandes del Santo madero. De un cálculo hecho con mucha prolijidad resulta que reuniendo todas las partículas de la Santa Cruz, de cuya autenticidad consta, apenas, apenas se obtendría la décima parte del volumen que debió tener la Cruz verdadera. [9]

Para precautelar esa creciente difusión y consiguiente extravío de tan veneranda reliquia, la Iglesia ha tomado entre otras precauciones, la de que el lignum Crucis que los Obispos poseen en su Cruz pectoral, se trasmitan como herencia á sus sucesores, cuando aquellos mueren.

La Sagrada liturgia eclesiástica considera al *lignum crucis* como insigne reliquia del Señor, manda tributarle un culto análogo al que se tributa á su divino cuerpo: para exponerlo hay que encender cirios, se lo inciensa, se hace genuflexión ante él, se lo conduce bajo palio, se bendice al pueblo con su relicario y se lo presenta al ósculo de los fieles en las solemnidades principales del instrumento redentor. ¡Si el Apostol S. Pablo lo dijo, cómo no ha de exclamar con íntima convicción y afecto la Iglesia, esposa del Crucificado: *Lejos de mí el que yo me gloríe sino con la Cruz de mi Señor Jesucristo!* (10)

(9) Schault de Fleury. *Memoire sur les instruments de la Passion*

(10) Galut. VI — 14

2^o *La Lanza y los Clavos.* (11) Quiso el divino Redentor que le taladrasen los pies y manos con gruesos clavos, y que el costado le rasgasen con el hierro de una lanza: al quererlo se había propuesto no solo que le sirvieran esas aberturas para ser atormentado cruel y dolorosamente, sino para que ellas sirvieran de místicas entradas para la fe de los hombres, para salidas de las bondades del Señor y para eterna glorificación de su humanidad. A estas heridas les hizo trofeo de sus hazañas; á estas cicatrices les convirtió en gemas de su pecho y extremidades; ellas quedaron en el Cuerpo glorioso, como la prueba y muestra de sus dolores; ¡admirables, hermosísimos designios del Señor! ¡Quienes perforaron esas llagas? : el instrumento material fueron la lanza y los clavos; ¡quó afortunados hierros que de las entrañas minerales de la tierra pasaron á las divinas del Verbo!

Estos dignificados instrumentos fueron enterrados en el Gólgota con la Cruz, y con ella misma encontrados por Santa Elena.

Grande es la divergencia acerca del número de los clavos; unos sostienen que fueron cuatro para las sendas extremidades enclavadas; otros, que solo fueron tres, pues con un solo clavo se atravesó ambos pies.

Datos auténticos nos da la Historia: de uno que la Santa reina hizo colocar como adorno y talismán en la corona, de otro, en el freno de la cabalgadura y los envió á su hijo Constantino; de otro se nos refiere que la Santa lo traía consigo, pero que levantada una tempestad en el Adriático, lanzó el iusigne clavo al mar para calmar, como sucedió, la tempestad. De este, añaden, es probable que no fué lanzado al fondo, sino mediante una cuerda ó cadena, á la superficie del agua para calmarla; por lo mismo, no se perdió la reliquia sacrosanta.

[11] El Viernes que sigue al primer Domingo de Cuaresma, dedica la Iglesia á honrar la *Lanza y los Clavos* de la Pasión. El hermosísimo oficio con que lo háce fue prescrito por el Papa Inocencio VI, y en sus lecciones se ve los motivos de venerar estos instrumentos y los estímulos que la Iglesia añade á su culto.

Lo cierto es que aún pasan como auténticos, uno que se conserva en el tesoro de Nuestra Señora en París, mide 90 milímetros de largo, y no tiene cabeza; otro en la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén en Roma, este tiene 120 milímetros de largo, 8 y $\frac{1}{2}$ de grueso en su parte superior y cabeza á modo de un sombrerillo. La catedral de Tréveris conserva uno idéntico al anterior, cuya tradición es el haber sido regalado por Santa Elena al Obispo de esta Iglesia; á éste le falta la punta inferior, la cual, cortada del cuerpo del clavo de Treveris se la ve y venera en la Catedral de Toul, á la cual fué obsequiada: En Monza, en la Lombardía, existe la corona de hierro que servía para la coronación de los reyes lombardos y que tiene incrustado en oro, como piedra preciosa, y entre muchas de estas, un clavo de la Pasión. Varios otros se veneran como tales: no queda duda, ni faltan indicios de la tradición para explicarlo, que fueron facsímiles tocados en los originales y regalados con singular estima.

En cuanto á la lanza, no han quedado vestigios sino de su hierro ó extremidad punzante; la caña ó asta ha desaparecido totalmente. Complicado es el trámite de su historia desde que la encontró Santa Elena; lo cierto actualmente es que la extremidad superior estuvo en París, fué parte del gran tesoro que S. Luis colocó en la Santa Capilla, desgraciadamente fué robada en la Revolución francesa; la parte inferior, la que recibía el asta, con algo de la parte tajante, está en la Basílica Vaticana, donde la exponen á la veneración pública. El papa Benedicto XIV comparó prolijamente los dos fragmentos y declaró que se correspondían tanto que no quedaba duda de que pertenecían á una misma pieza.

A esta singular y diremos providencial prenda cupo la inefable suerte de abrir para la humanidad el Costado que guardaba el Corazón de Cristo: ¡llave que nos franqueó tal tesoro!, ¿de qué veneración y estima no es acreedora?

3º *El Título ó inscripción de la Cruz* [12] Usaban los judíos fijar en el patíbulo una inscripción concisa, en la que se indicaba la causal porque era ajusticiado un reo. Un licitor ó soldado la llevaba delante de éste por la vía que debía recorrer; ó se la suspendía al cuello del mismo criminal para que el pueblo lea, desde la vía, el crimen que iba á pagar el ajusticiado. La destinada para la cruz del Redentor, la dictó Pilatos, y se escribió en caracteres latinos, hebreos y griegos; decía, *Jesús Nazareno Rey de los Judíos*. Chocó á los príncipes de los sacerdotes el que así se redactara, apelaron al Gobernador, regresándose ya del camino; pero el antes débil, hoy les contesta fuerte é impertérrito: *quod scripsi; scripsi*, lo que he escrito, escrito está; un rato antes desdecía lo que él mismo dijo, que Cristo era inocente, que no hallaba causa en él. Pilatos escribió lo que escribió, dice S. Agustín, porque también el Señor lo que dijo, dijo [13], y lo que dijo el Señor es que era Rey . . . ¡qué causa tan singular para ser condenado á muerte!

El título de la S. Cruz pasó las mismas vicisitudes que ésta: enterrado en el Calvario y encontrado por Santa Elena, fué enviado á la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén en Roma. En este santuario lo escondieron, por temor de la invasión de los bárbaros en tiempo de Alarico [año 410], en un nicho sobre el arco principal, y no fué hallado sino en 1492, desgraciadamente muy deteriorado. En esta Basílica se lo conserva aún, al menos en su mayor fragmento.

De lo que él es aún, dedúcese que fué de madera, cuya especie no se ha definido, parece ser de encino, cynamomo ó abeto; está apolillado. El trozo que existe es de 235 milímetros de largo, por 130 de alto. Los comentaristas dicen que según los restos que existen de la

[12] Que vulgarmente, á causa de las iniciales latinas de su inscripción, se lo dá el nombre de INRI.

[13] S. Aug. tract. in Joan. 117 — 5

inscripción, la tabla primitiva debió tener 65 centímetros de longitud y 20 de latitud. Las letras están grabadas con una especie de tinta roja, y es digno de notarse que todas ellas están escritas de derecha á izquierda, según la usanza hebrea. En el pedazo que existe, se leen aún claramente las palabras *Nazareus Rex*, en la línea inferior, que es la escrita en latín, y las letras correspondientes á las anteriores, en la línea superior, en griego; quedando apenas incomprensibles rasgos de las bases de los caracteres hebreos de la línea superior. Los tipos, son mas ó menos de una altura de 20 á 30 milímetros, lo cual manifiesta que pudieron ser muy visibles desde el suelo.

Oh! que venerando vestigio de la Pasión y muerte es este título poligloto de Rey!: él inició antes de que muriera siquiera el Salvador esa eterna polémica de los que no quieren reconocerle como á tal: á despecho de ellos se colocó en la Cruz y se empapó en la sangre del Nazareno divino: ¡credenciales de la realeza universal de Aquel por quien se dijo: dominará desde un mar hasta el otro mar, desde el río hasta los confines de la tierra! (14) ¿No equivalía á esta misma inscripción aquel astro que apareció sobre la gruta de Belén? . . . Pero en el Calvario todo fué eclipse: ¡qué iba á brillar ahí la estrella de los magos, si el Sol que le hubiera reflejado su luz estaba muerto!

4º *La Corona de Espinas* (15). Pusieron á Nuestro amabilísimo Salvador los soldados del pretorio de Pilatos, insignias de Rey: manto de púrpura, cetro, corona, y ellos mismos fingiéronse sus vasallos y le rindieron homenajes de rey. El diablo dice S. Juan Crisóstomo les inducía á este bacanal, en el que sus adeptos representaban una escena de teatro, sin darse cuenta de ello. ¡Mientras tanto, Jesucristo estaba de Rey, y lo era!

14] Ps. LXXI — 8

15] De este instrumento de la Pasión y reliquia insigne del Señor recuerda con pompa la Iglesia el Viernes primero de Cuaresma, el que sigue al Miércoles de cenizas. El oficio divino con que lo venera es un primor de poesía sagrada.

De las prendas con que así se burlaron, la corona tuvo doble objeto, de irrisión y de dolor: ¡la irrisión, esa espina que pica al alma!; ¡el dolor, esta vergüenza del cuerpo! ¡Insólito suplicio y más insólita ironía!: apenas hay uno que otro rarísimo ejemplar del mismo hecho en la Historia antigua (16).

Según los datos recogidos y opiniones muy caracterizadas la corona no debió ser un simple cerco de espinas en torno de las sienes y cráneo del Señor, sino un tejido de ellas que le circunvalaban toda la parte superior de la cabeza, una semi-esfera espinosa. Formáronla de un círculo de juncos marinos trensados, entre los cuales prendieron ramales de una planta de largos espinos (*zizyphus*), con los cuales formaron, sirviéndole de fuste ó cuarenten el anillo de juncos, la semiesfera indicada; que así fué confeccionada la corona, lo insinúa la facilidad de hacerlo; pues si así no la formaban, no la habrían trenzado los soldados sin lastimarse horriblemente las manos; y lo comprueban también los restos de ella que pasamos á describir.

Desde el tiempo de S. Luis Rey de Francia consta que esta isigne reliquia se conservó en París. Este Santo hizo construir para conservarla, la hermosísima *Santa Capilla*, joya de primer valor en la arquitectura gótica. Hoy se conserva la corona en el tesoro de la Catedral de *Notre Dame* de París. Es un círculo cuyo diámetro interior mide 210 milímetros, formado de un haz de varios junquillos marinos, de un grosor de 15 milímetros, con 15 ó 16 nudos del mismo mimbres, para tener unidos á los del cerco.

En la ciudad de Pisa, en la iglesia llamada de la *Espina*, se conserva una rama de los espinos que, sembrados en el cerco antedicho y encorvados hacia el centro, formaban la corona; la rama es de la planta llamada *zizyphus spina Christi*, y mide 80 milímetros de largo; hoy ésta rama no conserva sino una espina íntegra, la cual mide 20 milímetros de largo, pero tiene las huellas de

(16) Philo in Flao. 6

cinco espinas más, que le han sido arrancadas.

La Catedral de Tréveris posee otro ramal bastante extenso, en él se vé la curvatura de la corona y mantiene una gran espina en su base y tres ó cuatro menores en el cuerpo y extremidades.

En Tolosa se venera otra espina de 20 milímetros

En el Seminario Mayor de Autun hay dos de estas espinas, una de 34, otra de 38 milímetros, y en el Sagrario del Vicariato de Roma, se conserva una como de 30 milímetros.

Hay un motivo especialísimo que debe en nosotros aumentar la veneración, el amor, el culto á la Corona de espinas. Cristo la conservó en su cabeza en la crucifixión: ¡única prenda que llevó sobre sí el rato que expiró! ¡Las aves tienen su nido y las zorras sus guaridas donde morir; el Hijo de hombre solo tuvo cerco de espinas donde reclinar su cabeza, cuando ésta cayó inerme sobre el pecho al espirar!

5º *De las vestiduras de Cristo.* Nuestro Señor Jesucristo debió vestir, según el uso y costumbre de su tiempo y lugar: exteriormente, una túnica amplia que le descendía de los hombros y llegaba á los pies, ceñida en la cintura por un cingulo tejido de lana ó de simple piel; interiormente vestía, demás de los paños femorales, una tunique simple, corta, sin más forma que los cortes para pasar por ella los brazos y el cuello. Llevaba además, un manto, consistente en una amplia tela cuadrada, y las sandalias para proteger las plantas al andar; probablemente también Nuestro Señor para resguardar la cabeza contra la intemperie llevaría en sus viajes por el campo un turbante formado de simple tela. Quienes lo usaban solían dejarlo al estar en la casa ó en las ciudades.

En cumplimiento de la ley desnudaron á Cristo Señor nuestro para crucificarlo; y para que se cumpliesen las escrituras, dispuso la Providencia divina que los soldados se sortasen entre ellos los vestidos del Crucificado: esos eran su botín, el gaje de los verdugos: los despojos

de poco precio prevenidos por la ley romana (17).

Los soldados, según la práctica y uso romano, debieron ser cuatro para cada victimado. Entre estos hubieron de sortearse las vestiduras é hicieronlo echando primero la suerte para decidir á cuál correspondía cada pieza menor del ropaje: sandalias, cingulo, túnica interior y manto; hay quienes creen que éste pudieron dividírselo y que así lo harían. Hecharon de nuevo la suerte para ver á quién tocaba la túnica exterior, que no la dividieron por ser tegida de una sola pieza, sin costura alguna. Por altos designios de Dios, esa túnica inconsútil, probablemente tegida por las manos de la Santísima madre de Jesús, é imagen de la unidad de la Iglesia, pasó íntegra al poder de uno de los soldados de la cohorte.

Según autorizadas tradiciones, la hija de Carlomagno, Irene, se la envió del Oriente á su padre el emperador, éste la depositó en Argenteuil, ciudad pequeña de Francia, no lejana de Paris. La Iglesia de Tréveris (Alemania) conserva otra túnica, la tradición le reconoce análoga autenticidad. Las dimensiones prolijamente tomadas de la de Tréveris, dimensiones que por otra parte describen la forma del sagrado vestido, son las siguientes: 1 metr con 55 cnts. de largo por delante y 1 metro con 62 cnts. por atrás; de las extremidades del uno al otro brazo tiene 1 metro 75 cnts.; la anchura varía: debajo de las mangas apenas tiene 73 centímetros, y en lo bajo 1 metro, 16 cnts.; las mangas son cortas, apenas tienen medio pie de largo y un pie de ancho.

Lo probable es que la de Tréveris fué la exterior, y la interior, la otra. La forma de ésta es algo como amplia blusa que descendía hasta los tovillos, las mangas anchas y cortas que apenas llegarían á la mitad del brazo.

La de Argenteuil mide 1 metro, 45 cnts. de largo y 1 metro, 15 cnts. de ancho; es tegida empezando

(17) Digest. 48 - 20.

por lo alto, y de una especie de malla algo rala, sus hilos son de lana de algún animal y muy retorcidos al hilarlos: es de color de lana amarillenta, empretificada por el tiempo.

La de Tréveris es de más fino tejido, pero asimismo sin costura, tiene pedazos suprimidos probablemente para llevarlos como reliquia; su color algo gris, parece ser de algodón.

No consta cual de estas dos fué la sorteada en el Calvario, ó si lo fueron ambas.

La túnica de múltiples colores fué la tierna prueba de deferencia que Jacob dió á su predilecto José: esa misma túnica fué el cebo de la envidia y odio que sus hermanos tuvieron hasta perderlo. En Cristo, á la inversa: empieza su inconsútil vestidura por ser el objeto de las disputas de la venalidad judía y termina por ser la prenda simbólica de la unión de la Iglesia. ¡ Ah! la mutua caridad: ¡ nos la dió Cristo, como Jacob dió su túnica polimita al preferido de sus hijos!

6º *El Santo Sudario* (18). Los lienzos con que tan reverentemente amortajaron el cuerpo muerto del Señor debieron ser varios, como lo insinúa la Escritura Santa, y en conformidad de los usos orientales: el sudario ó sábana en que se envolvió el sagrado cuerpo, las bandas con que se lo ligó, las que sirvieron para contener los perfumes, y el capuz con que se cubrió y rodeó la cabeza, inclusa la faz del divino muerto.

Aunque se conservan en distintas partes lienzos llamados la sábana santa ó sudario; de dos hay mayores probabilidades de autenticidad, y á estos ha honrado la Iglesia Santa con mayor esmero. Es el uno la *Sábana Santa* que se conserva en Turín [Italia], mide 4 metros 10 centímetros de largo por 1 metro 40 centímetros de

(18) Celébrase la fiesta del Sto. Sudario, con oficio y misa, el viernes que sigue al 2º Domingo de Cuaremas.

ancho, es de lino muy fino, amarillado por el tiempo y con huellas marcadas de sangre, huellas que dibujan en cierto modo el cuerpo sagrado del Señor; pues, parece que este fue colocado hacia la mitad del lienzo y doblada la otra mitad sobre la cabeza para cubrir con ella el cuerpo por delante, quedando el doblez de la media tela sobre la coronilla de la cabeza. De esta disposición resulta que en una parte la tela ha recibido las huellas de la parte posterior ó sea de espaldas, y la otra de la anterior ó sea de frente, del divino cadáver.

El otro se considera como sudario en que sólo fue envuelta la cabeza de Jesús para la sepultura. Está en Cadouin [Francia]; es una tela asimismo blanca amarillenta, de 2 metros 81 centímetros de largo, por un metro 13 centímetros de ancho, tiene orillos en sus bordes longitudinales. Nada diremos de los demás lienzos tenidos por los sudarios del Señor, mientras mayores indignaciones y autoridades se pronuncien más claramente.

Esos lienzos quedaron recogidos por los Angeles, cuidadosamente doblados por ellos, á la cabecera del Sepulcro: iban á servir de prueba y de trofeo: ¡ primeros corporales de la Víctima del Calvario!; ¡ cuánta veneración merecen!

7º *La Columna de la flagelación* [19]. El primer suplicio corporal que se dió á Nuestro bondadosísimo Redentor fue la flagelación, el *horrible flagelo* llamado por Horacio. Se ejecutaba este ignominioso acto atando las manos del condenado á una columna, luego le bajaban las vestiduras de los hombros dejándole descubiertos pecho y espaldas, ó le arrancaban, rasgándolas, las túnicas; una vez dispuesto así el condenado, los lictores acercaban á la debida distancia piedras grandes en que ponerse

(19) La Iglesia concedió hace pocos años un oficio especial para honrar la Sta. Columna de la flagelación. Dedicado el martes de Quincuagesima, llamado de Carnaval.

ellos de pie para dominar al cuerpo de la víctima.

Los azotes eran ramales de recio cuero doblados, en cuyas extremidades usaban intercalar huesecillos, fragmentos de clavos ó rodajas metálicas, ó eran varas elásticas de algunas plantas. Colocados uno ó más liectores convenientemente, descargaban sobre el pecho, hombros y espaldas del reo con ímpetu feroz. De Nuestro Señor se cree que fue azotado por seis de los más esforzados y diestros de los soldados.

Existe la columna en que fueron atadas las manos de Jesús. es una especie de base cilíndrica de 70 cent. de alto y 45 de diámetro en la parte inferior, en la superior hay huellas de haber tenido una argolla, contra la cual se ataban las manos del flagelado; dicese que en Jerusalén, en la iglesia de los franciscanos, junto al Santo Sepulcro hay otra parte que probablemente fue el zócalo de la que está en Santa Práxedes de Roma; es de mármol oscuro, casi negro, con vetas blancas.

¡Cristo flagelado!..... ¡Dios azotado por los hombres!..... La tierra empapada con la sangre de Abel, dice la Santa Liturgia, clama al cielo; más alto gritará la Columna empapada con la sangre de Jesús! Pero aquella pidió venganza ante el severo Juez, ésta calma las iras y busca paz y reconciliación para sus perseguidores! (20)

8º *La Sagrada faz* (21). Una respetabilísima tradición nos ha transmitido un tierno episodio de la Pasión

[20] " *Cruore Abelis illita
Tellus ad astra clamitat:
Clamas, Columna, ad sidera,
Inuicta Jecu sanguine.*

*Señ illa ad iram rindicem
Clamat severi Judicis;
Iram forez, tu, Numinis
Pacemque quæris sordibus".*

Himno de Vísperas en el Oficio de la Santa Columna.

[21] Acerca de la Santa Faz nada ha pronunciado aún la Iglesia: ha permitida su culto, pero sin determinar nada acerca de la autenticidad de tal ó cual reliquio, ni de las facciones de Cristo. El Emmo. Cardonal Antonelli, Secretario de Estado de S. S. Pio IX, el 14 de febrero de 1861, recomendó el tipo llamado de Edessa, como adecuado para difundir piedad y amor hacia N. Señor Jesucristo. Varias Cofradías se han fundado para rendir culto á la Santa Faz; sus aprobaciones no llevan aún carácter definitivo, y menos los tipos adoptados del rostro del Señor.

del divino Salvador. A poco de ser ayudado Jesús á llevar la Cruz por Simón Cirineo, una piadosa mujer abrióse paso entre la muchedumbre, rompió las filas de la cohorte que escoltaba al ajusticiado, y con el velo de su tocado, enjugó el rostro de Jesucristo que venía empapado de sangre y sudor, ensuciado por el polvo y otras inmundicias del pretorio. La sagrada faz de Cristo quedó impresa milagrosamente en la toca de aquella intrépida mujer y más impresa aún en su corazón, que debió conservar la efigie del Redentor vivísima mientras ella vivió.

El velo este de tela blanca se conserva en la Basílica Vaticana, sumamente deteriorado por el tiempo; especialmente la parte donde está el rostro, hállase tan oscurecida que apenas, mediante esfuerzos, lentes y focos de luz, ha podido distinguirse las huellas del dibujo de las facciones.

Según datos antiquísimos y reproducciones tradicionales de la divina faz, el rostro de Nuestro Señor es del tipo llamado *hierático* [voz griega que quiere decir, sagrado, religioso, sacerdotal]; faz cenceña ojival, alargada ligeramente; fisonomía melancólica, pero amable, grave y majestuosa, pero atrayente; barba mediana y á lo natural, terminada en punta, medio bifurcada; cabellos castaños, oscuros, divididos sobre la frente y que caen con gracia y majestad á los lados y á las espaldas en porciones ondulantes; ojos negros de franca mirada y expresión dulce; cejas de arco perfecto; nariz alargada, fina; perfil de los labios delicado varonilmente; amplia, plana, é inmaculada frente, abultada y comba en la parte superior, hacia la raíz del pelo; piel requemada por la intemperie, más morena que blanca; continente modesto sin decaimiento: nada hay en él demasiado atrayente, por extremo de belleza; nada repulsivo, por exceso de austeridad ó rudeza de contornos. Fue divino, sin dejar de ser humano; asimilóse á todos los hombres, sin aparecer extraordinario; contuvo á la divinidad sin dejarla destellarse en el exterior sino excepcionalmente.

¡ Ah! ¡ la faz divina de Cristo !: no ha querido Este en sus inescrutables designios dejarnos un verdadero, canónico retrato suyo en lo material.

! Su Evangelio, su Iglesia, la Eucaristía santa: ahí están sus facciones morales; sus huellas !: empleemonos en conocer la fisonomía moral del Señor en estas sus obras; empecemos ya; clavemos la mirada de nuestra consideración en estas imágenes del divino arquetipo de belleza

¿ Hemos empezado ?; nos falta luz ? ofúscase nuestra vista ? ¡ Oh Jesús !, en quien fijan sus miradas los Angeles [22], resplendor de la luz del Padre, [23] cándido y sonrosado, [24] derrámase la gracia por tus labios, [25] todo hermoso y apetecible, elegido entre miles ! . . .

¡ Qué maravilloso Ser es Jesucristo !: *Hombre mezclado con Dios*, como lo llamó Tertuliano [26]. ¡ Cómo dudar que de su cuerpo salía virtud de divinidad ?: [27] ¡ lo enclavan á la Cruz para atormentarlo, y la Cruz queda hecha Virtud de Dios ! (28); ¡ le llaman por irrisión Rey de los Judíos, y esa realeza se extiende á todo pueblo !; ¡ ciñenle las sienes con espinas, y éstas se hacen más valiosas que las joyas !; ¡ entran bravíos los clavos y la lanza para perforarlo, y salen de su cuerpo como dardos caldeados de amor !; ¡ su pobre túnica hácese emblema de un ropaje que enaltece, abriga, salva á toda la humanidad !; ¡ la columna de su flagelación conviértese en piedra muy más fecunda que la roca de Horeb, pues de ella brota el río de sangre que alegra la Ciudad de Dios ! (29). ¡ Cómo dudar que de El sale divinidad al pensar lo que pasó con la toca de aquella Mujer de la calle de la amargura ?

¡ Oh ! Dios-hombre !, en quien habita corporalmente la divinidad ! (30): ¿ Qué haré yo para conocerte ? . . . ¡ Oh Cristo-Verbo !, el más hermoso de los hijos de los

[22] I Petr. I - 12 [23] Hebr I - 13 [24] Cant V - 10 [25] Ps. LXIV - 3
[26] Tertul. Apol. - 2 [27] Luc. VI - 10 (28) Rom. I - 16 [29] Ps. LX
V - 6 [30] Coloss. II - 9

hombres! (31): ¿donde te hallaré visible?

¡Qué ansias tengo, cristianos, por ver á Jesucristo!; ¡ya no me sufre el corazón tanto esperarlo!; ¡qué lejana está la eternidad Aquí, aquí, en el mundo, en esta carne, pronto, hoy: quiero mirarlo!! . . . quiero conocerlo, para ver si así le amo cuanto deseo amarle, cuanto debo amarle.

Pero no quiero verlo y conocerlo, amarlo y adorarlo yo solo; ¡quiero que vosotros también tengáis esa dicha!; quiero que todos le amemos; quiero que desde hoy lo conozcamos; que desde hoy le amemos todos; ¡todos, sin excepción!!!

¡Ah!, hijos míos: Jesús me ha oído desde ese tabernáculo lo que os estoy diciendo Ay! deveras: nos ha oído El! ¡qué cerca ha estado!! ¡Dios mío! que cercano has estado de mí! y ¡aún no te conozco; ¡Dios mío y Señor mío! ¡Te adoro en unión de cuantos aspiramos á conocerte! Hasta que pueda verte, al menos te adoro!! ¿Cuándo te conoceré?

¡Oh! Carísimos: aquí está Jesús; aquí en este Tabernáculo! ¡presente está! Sus perfecciones invisibles se nos hacen visibles por las obras que El ha hecho [32]. Podemos conocer á Cristo en sus obras: en su Iglesia, en sus Templos, en su Oulto, en su Liturgia. ¡En la Liturgia sí, mucho!: la Liturgia de la Iglesia es algo como la fisonomía de Cristo: majestuosa, venerable, misteriosa; ¡en la que habita la divinidad!

[31] Ps. LXIV-3. (32) Rom. I-20.



INDICE ALFABETICO

DE LAS COSAS MAS NOTABLES EXPLICADAS
EN ESTAS CONFERENCIAS

- ALLELUYA:** su uso y significado, 102, 111.
Alta : su adorno, 13. — en la reseña, 32. — su denudación el Jueves Santo, 57. — el Viernes Santo, 83. — su lavatorio 60. — el día de la Resurrección 115.
Año: eclesiástico, su ciclo y configuración 120, 125,
BANDERA, de la reseña 25, 31.
Bautismo: 3. — 101. — 117.
Bendición. — de los ramos, 13. — del fuego 103. — del cirio 100. — del incienso, 105. — del agua bautismal, 101.
CALIZ: el del monumento, 54.
Canto: de la Pasión, 19, 85. — de las lamentaciones 30. — del Praecorium ó exultet, 106.
Calzado: se lo deja el Viernes Santo, 90.
Candelabro: triangular, 36.
Cirio: pascual, 100. — 115. — triple del Sábado Santo, 104.
Clavos: los de la Crucifixión, 133.
Columna: de la flagelación, 141.
Corona: de espinas, 136.
Comunión: la del Jueves Santo 53. — de los mendigos 54, — de los catecúmenos, 102. — pascual, 117.
Cruz: Porqué se la cubre? 4. — 89. — el Domingo de Ramos, 18. — Arbol de la 42 — Triunfo de la — 32. Adoración de la — 87. — La verdadera — 120.
DEPRECCACIONES: del Viernes Santo 86,
Domingo: el de Ramos, 9. — origen del — 122 y sigs.
Dueto de la Iglesia 3.
ENTRADA de Jesús á Jerusalén — 9.
Eucaristía. 47. — Su institución, 51, 80. — dignidad, 75 — su aspecto el Viernes Santo, 92. — Vease, *Comunión*.
FAZ: la sagrada de Jesucristo.
Fiesta, de las fiestas, 111. — Cardinal del año, 120.
Fuego: su bendición, 103.

- GLORIA:** in exelsis: del Jueves Santo 52, — del Sábado Santo 102.
- HIMNO.** El Vexilla, 27. — el final de Landes, 42. — el de la Consagración de óleos, 70.
- Historia** — del Domingo de Ramos, 11. — de la reseña, 22. — del Jueves Santo, 48. — de la Consagración de óleos, 66. — De la Pasión y muerte del Señor, 79. — De la sepultura de Cristo, 95. — De la liturgia del Sábado Santo, 98. — De la Pascua, 118. — De los Instrumentos de la Pasión, Conf. X., 127.
- IGLESIA:** esposa, 3. — reina 21. — madre, 51.
- Improperios:** 90.
- Instrumentos** de la Pasión: Conf. X. 127.
- JESUCRISTO:** su entrada á Jerusalén, 9. — su Cena, 47, 73, 77. — el samaritano piadoso, 63. — su Pasión y muerte, 79. — su sepultura 96. — resurrección, 113. — faz de — 146
- LANZA:** la Santa de la Pasión, 133.
- Lamentaciones:** de Jeremías, 38.
- Laudes:** véase *Maitines*. — los de la Semana Santa, 42.
- Lavatorio:** de los altares, 60. — de los pies, 73.
- Lignum Crucis,** véase *Cruz*. — 25. — 129.
- Liturgia.** importancia especial de la de Semana Santa, 2. — del Jueves Santo, 51. — Del Viernes Santo, 83. — De la Adoración de la Cruz, 88. — Del Sábado Santo, 97. — Sus fundamentos en la Resurrección, 111. — su centro, 120.
- Luz:** su extinción en las Tinieblas, 36 — 43. — significados del *lumen Chirsti*, 104 — la de la gracia, 116.
- MISA:** Del Domingo de Ramos, 19. — del Jueves Santo, 52. — *Præsanctificatorum* 91, 93. — del Sábado Santo — 108. — De Pascua 112. — *Maitines:* del Triduo sacro, Conf. IV. 35. — del Jueves Santo, 49. — Del Sábado Santo, 97.
- Monumentos.** — del Jueves Santo, 54
- Muerte:** la de Jesucristo, 82. — vencida por la Vida, 111. — id. la del pecado, 116
- NOCHE:** de Letrán, 10u.
- ORACION:** la de bendecir los Ramos 15. — de Jeremías 41. — la de Tinieblas, 45.
- Oscuro:** no se dá *el de paz* el Jueves Santo, 53.
- Oleos Santos,** 65. — Como se consagran, 68 et seq. — reverencia que merecen 73. —
- PASCUA:** la última de Cristo, 77. — de Resurrección, Conf. IX, 109. — la judía, 113. — modo de fijarla, 121. — en el Cielo, 123.
- Parasceves:** 78.
- Pasión** de Jesucristo. — su conmemoración, objeto de la Semana Santa, 2. — su canto, 19. — 85. — Causó su exaltación, 95. — sus relaciones con la resurrección, 109. — Instrumentos de la — Conf. X, 127.
- Pecado:** causa de la Pasión, 45, 91, 94. — muerte del alma, 116.
- Prostración:** en la Reseña, 28. — el Viernes Santo, 84.
- Procesión** — de Ramos, 16. — la del Jueves Santo, 57. — la del Viernes

- Santo, 90.** —de los catecúmenos en Letrán, 101.
- RAMOS:** el Domingo de — Confer II, 9. —
- Reseña:**— Conf. III, 20. Descripción de la— 23. — significado de la—30.
- Resurrección:** Conf. IX, 109.— de la carne, 113 — del alma, 118.
- Ruido:** en las Tinieblas, 45.
- SACRIFICIO:** su unificación, 53 — su suspensión, 58. — 92.
- Sacramentos:** Día de los —, 65 — Pascuales, 117.
- Salmos:** los de Tinieblas, 38. id. 40 id. 41.— el miserere, 44.
- Sepulcro:** el de Jueves Santo, véase *Monumentos* — el de Cristo, 97, 114.
- Sudario:** el Santo, 140.
- TINIEBLAS:** oficio de — Conf. IV — 97.
- Título:** de la Cruz, 81.— 135.
- Túnica:** la Santa de Nuestro Señor, 58.— 138
- VEXILLA:** (himno), 27 — ó Reseña. Conf. III — 20.
- Vida:** la Resurrección fiesta de la — 111. — la de Cristo y la Pascua, 124.
- Visita:** á los monumentos 56.
- Vísperas:** del Miércoles Santo, 23 — del Sábado Santo, 103 — 108.
-

INDICE GENERAL

A MIS DIOCESANOS..... III

CONFERENCIAS

PRIMERA.— Mirada general sobre la Semana Mayor.....	1
SEGUNDA.— El Domingo de Ramos.....	9
TERCERA.— La Reseña	21
CUARTA. — Las Tinieblas	35
QUINTA. — El Jueves Santo	47
SEXTA. — El Jueves Santo en las Catedrales	63
SEPTIMA — El Viernes Santo	77
OCTAVA — El Sábado Santo	95
NOVENA — El Día Santo de Pascua	109
DECIMA — Los Instrumentos de la Pasión	127
Índice alfabético de las principales cosas explicadas en este opúsculo	147

LIBRERIA NACIONAL
QUITO-ECUADOR